

PROCESOS PARTIDISTAS INTERNOS DEL ALA CONSERVADORA. LIDERAZGOS Y CARACTERÍSTICAS DE SUS ADMINISTRACIONES EN EL PODER (1980-2011)

El Partido Conservador de Canadá ha experimentado durante las últimas tres décadas gran número de divisiones, cambios, adaptaciones, derrotas y victorias electorales extremas, que han conformado sus principales rasgos identitarios. Éste, como hemos mencionado, surgió de la unión entre partidos de extracción conservadora: la Alianza Conservadora Reformista Canadiense (antes Partido Reformista) y el Partido Conservador Progresista de Canadá, los cuales se fusionaron en diciembre de 2003.

La consolidación de esta nueva agrupación ocurrió después de un proceso de introspección conservadora a nivel nacional, con motivo de los logros y éxitos electorales de sus rivales liberales durante los años sesenta, setenta y parte de los ochenta. Desde su establecimiento formal como Partido Conservador, ha ido evolucionando favorablemente hasta desplazar a sus opositores en las funciones de gobierno a partir de 2006, con tres victorias electorales federales consecutivas (2006, 2008 y 2011) y han asegurado un periodo de gobierno de mayoría cuando menos hasta el año 2015.

El Partido Conservador de Canadá cuenta entre sus principales logros históricos la conformación de la Confederación, el otorgamiento del voto a la mujer, el establecimiento de la Carta de Derechos canadienses y la promoción del libre comercio:

A través de los años, los conservadores en Canadá han luchado en elecciones bajo diversas siglas partidistas, pero han mantenido los mismos principios: pugnan por la soberanía, una defensa nacional fuerte, un federalismo abierto y la unidad nacional, libre empresa, realización del individuo y oportunidades para todos los canadienses sin tomar en consideración su origen, garantizando sus sueños, su salud y la prosperidad del país. En suma, apoyamos un Canadá fuerte, unido, independiente y libre.¹

De acuerdo con lo anterior, la plataforma doctrinaria conservadora con la cual se sostienen sus discursos y programas de gobierno es:

- a) Fortalecer la soberanía de Canadá, ocupando su lugar en el mundo.
- b) Reforzar la federación y las instituciones democráticas.

¹ La página oficial del Partido Conservador consigna estos valores en Conservative Party of Canada, 2003a.

- c) Proveer un efectivo liderazgo económico y prosperidad para el futuro.
- d) Combatir el crimen y garantizar la seguridad de los canadienses.
- e) Mejorar el medio ambiente y la salud de los canadienses.

De esta manera, el Partido Conservador señala a sus electores cuáles son los tres elementos que deben garantizarse para alcanzar la prosperidad:

1. La libertad individual, como condición indispensable para asegurar los legítimos intereses particulares en una economía competitiva.
2. La libertad de poder disfrutar los frutos del trabajo de los canadienses de la forma más extensa posible.
3. El derecho a la propiedad privada.²

Así, el Partido Conservador busca allegarse apoyos sociales mediante estrategias mediáticas de impacto masivo, enfocando sus mensajes a un sector de la sociedad menos progresista y más cauteloso ante propuestas que supongan cambios abruptos al estilo de vida y a la forma de manejar la economía o la política del país. El dilema radica en cómo lograr que amplios sectores sociales, acostumbrados a recibir generosos apoyos por parte del Estado, no vean amenazado su estilo de vida y bienestar con propuestas conservadoras que, en teoría, contradicen las políticas de apoyo social.

En cuanto a las dinámicas para elegir los liderazgos conservadores, hablaremos de las pugnas internas que llevaron al Partido Conservador Progresista a su desaparición, lo que se preveía por la conformación de nuevas agrupaciones electorales conservadoras: el Partido Reformista y la Alianza Reformista Conservadora. Sin embargo, al final, toda esta serie de acomodos entre los protagonistas conservadores confluyó para crear el Partido Conservador. Analizaremos los procesos internos que dieron paso a la elección de los liderazgos conservadores en sus distintas agrupaciones, dentro y fuera del tradicional Partido Conservador Progresista, en este orden:

Partido Conservador Progresista:

1980-1983	Joe Clark
1983-1993	Brian Mulroney
1993	Kim Campbell
1993-1998	Jean Charest
1998-2003	Joe Clark
2003	Peter MacKay

² La plataforma doctrinaria conservadora y los elementos para alcanzar la prosperidad canadiense se encuentran también en Conservative Party of Canada, 2003c.

Partido Reformista:

1987-2000	Preston Manning
-----------	-----------------

Alianza Conservadora:

2000-2002	Burt Day Stockwell (Stockwell Day)
2002-2003	Stephen Harper

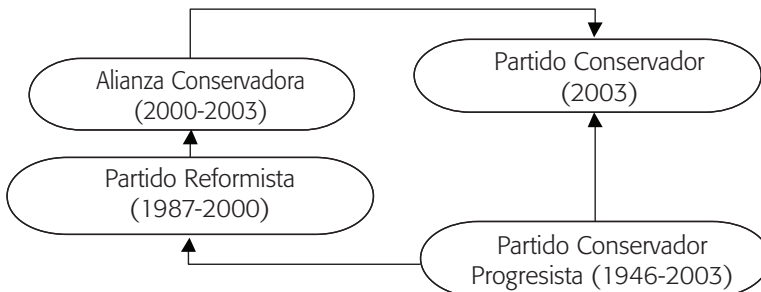
Partido Conservador:

2003-2015	Stephen Harper
-----------	----------------

Se señalarán las principales características de los líderes conservadores que han logrado ocupar el cargo de primer ministro, ya sea por elección o sucesión (como es el caso de Kim Campbell):

1983-1993	Brian Mulroney
1993	Kim Campbell
2006-	Stephen Harper

A diferencia del análisis de los actores liberales realizado en el capítulo previo, para el caso del sector conservador se hace necesario ampliar el estudio a cuatro entes políticos partidistas distintos: el Partido Conservador Progresista, el Partido Reformista, la Alianza Conservadora y el Partido Conservador. A fin de ubicar e identificar a los protagonistas, es importante detenerse a observar el esquema que sigue, donde se muestra cómo la separación de un grupo de políticos del Partido Conservador Progresista en 1987 estimuló la creación del Partido Reformista, agrupación que obtendría representación en la Cámara de los Comunes en las elecciones federales de 1993 y 1997. Este partido se sumó a la Alianza Conservadora para contender en el proceso electoral del año 2000. Y la Alianza Conservadora, junto con el Conservador Progresista, fundaron el actual Partido Conservador en 2003:



LOS LIDERAZGOS DEL PARTIDO CONSERVADOR PROGRESISTA

Este apartado se concentrará en analizar los procesos de acceso al liderazgo del Partido Conservador Progresista durante su última etapa de existencia, que va de 1980 a 2003. Para tal fin, se analizarán las circunstancias alrededor del ascenso de sus líderes, así como las decisiones más controversiales y las características de las administraciones de sus primeros ministros. Cabe destacar que, pese a la larga existencia del Partido Conservador Progresista, fundado en 1942, sus últimas décadas de vida únicamente vieron a dos líderes *tories* como primeros ministros: Brian Mulroney (septiembre de 1984 a junio de 1993) y Kim Campbell (de junio a noviembre de 1993). Se considera la breve gestión de Joe Clark (junio de 1979 a febrero de 1980) como parte de la década previa, por lo que la abordamos en el primer apartado de este libro, ya que los meses de enero y febrero de 1980 fueron prácticamente de campañas y transición en el poder para Clark.

Estos datos nos permiten observar cómo los liderazgos que ocuparon la primera magistratura del país en algún momento de las últimas décadas del siglo xx son un excelente marco de referencia para dimensionar el estado de las cosas en los años que precedieron a la desaparición de este histórico partido en Canadá.

Así, respetando el siguiente orden cronológico, estudiaremos los siguientes liderazgos del Partido Conservador Progresista:

Joe Clark	1980-1983
Brian Mulroney	1983-1993
Kim Campbell	1993
Jean Charest	1993-1998
Joe Clark	1998-2003
Peter MacKay	2003

LA GESTIÓN DE JOE CLARK (1980-1983)

Después del revés de 1980, con la pérdida del voto de confianza de su gobierno en el Parlamento federal que provocó su renuncia como primer ministro —a tan sólo nueve meses de haber asumido el cargo— y tras las nuevas elecciones de febrero, Joe Clark continuó como líder del Partido Conservador Progresista y también como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes. Desde ahí, Clark centró sus esfuerzos en retrasar las reformas constitucionales propuestas por el gobierno liberal, al menos hasta que los liberales lograran alcanzar acuerdos provinciales-federales, lo cual garantizaba la participación de las autoridades de todas las pro-

vincias en las nuevas reformas de carácter constitucional que el gobierno liberal pretendía establecer.

Esta actitud de Joe Clark, de ejercer presión al gobierno liberal a través de todos los medios posibles para obligarlo a escuchar la opinión de las provincias canadienses, obedeció a la intención del gobierno federal por acelerar las reformas, sobre todo después de la experiencia del primer referéndum de Quebec en mayo de 1980, una manifestación clarísima de la existencia de múltiples pendientes relativos al tema del federalismo en Canadá.

En este sentido, al menos a nivel mediático, Clark buscó capitalizar el éxito de las negociaciones entre el gobierno federal y las nueve provincias que aprobaron dicha reforma constitucional.³ En buena medida, esta inclusión de los gobiernos provinciales en las negociaciones fue posible gracias a la presión ejercida por Clark y el Partido Conservador Progresista dentro de la Cámara de los Comunes.

Mientras el gobierno federal negociaba reformas con las provincias, Joe Clark encabezó a la oposición en su lucha parlamentaria en contra del Plan Energético Nacional (PEN) propuesto por el primer ministro liberal, Pierre-Elliot Trudeau, que a juicio de la oposición significaba una excesiva intervención de la federación en asuntos provinciales de carácter económico.

Como era de esperarse, el simple hecho de que las autoridades federales pretendieran intervenir en la explotación de petróleo, gas natural y nuevas fuentes de energía mediante la imposición a las provincias de nuevas contribuciones con mayores recursos energéticos fue un asunto que generó un profundo malestar y protestas, sobre todo en las provincias del oeste (Alberta, Columbia Británica y Saskatchewan), que encontraron en los *tories* y en su líder Joe Clark a sus aliados naturales. Él fue convirtiéndose en el portavoz de los reclamos de las provincias del oeste, en una estrategia política que buscaba ganar mayores adeptos hacia el grupo conservador. Se llegó a afirmar que: “Las encuestas se veían bien. Como líder de la oposición, Joe [Clark] había hecho una labor extraordinaria en su lucha al interior del Parlamento, oponiéndose a los planes constitucionales de Trudeau. Probablemente ése haya sido su momento más sobresaliente como líder” (Mulroney, 2007: 208).

En esa dinámica, en repetidas ocasiones, Clark hizo pública su posición respecto a los planes tributarios y energéticos del gobierno liberal en una presentación llevada a cabo en el Club Imperial de Canadá, en febrero de 1981:

Como ustedes saben, una de las consecuencias de las propuestas energéticas y constitucionales ha sido el crecimiento de movimientos separatistas en Canadá [...] Hoy, el oeste se siente fuerte y al menos algunos de los que protestan consideran que la región

³ Debe recordarse que la *Constitutional Act* de 1982 no contó con la aprobación y reconocimiento de la provincia de Quebec.

podría encontrar mayor fortaleza fuera de Canadá [...] por primera vez algunos de nuestros conciudadanos ven en esa opción como algo real (Clark, 1981).

Por medio de este tipo de manifestaciones, Joe Clark asumió una posición mediática como defensor de la federación, que a su juicio, se encontraba amenazada debido al malestar generado por la imposición del PEN defendido por el gobierno liberal. No debe resultar extraño que Clark usara el tema de la inclusión de las provincias en la toma de decisiones federales como una bandera política del Partido Conservador Progresista para que todas las voces del país fueran escuchadas por el gobierno liberal, pues esto fue generando simpatías electorales hacia su causa, sobre todo en zonas de extendida influencia conservadora, como las provincias ricas en recursos naturales del oeste del país.

A pesar de que la estrategia del líder *tory* iba logrando éxitos frente a sus rivales liberales, Joe Clark comenzó a ser considerado, dentro y fuera de Canadá, un político más progresista que conservador ya que, si bien sus críticas hacia el gobierno eran fuertes, carecían de la belicosidad requerida a juicio de muchos integrantes del Partido Conservador, sobre todo por la amenaza que representaba el PEN a los intereses de los poderosos grupos empresariales canadienses. Su rival interno, Brian Mulroney, capitalizó gradualmente esa situación. Él parecía, a los ojos de los círculos neoconservadores cercanos a Ronald Reagan en Estados Unidos, un conservador dogmático con mayores afinidades con el propio Reagan (Bothwell *et al.*, 2001: 430).

En este sentido, las críticas al modelo del Estado benefactor desde el gobierno de Washington encontraron en el Partido Conservador Progresista a un asiduo portavoz ideológico en Canadá, pues a través de sus estructuras políticas insistió constantemente en la necesidad de disminuir la intervención del Estado en asuntos económicos, justo en momentos cuando la economía canadiense se encontraba en un proceso de estancamiento. De este modo, Joe Clark, en su carácter de líder de la oposición, trató de ejercer cada vez mayor presión contra las políticas económicas del gobierno liberal, para obtener mayores simpatías de sus contrapartes en Washington.

Una vez consolidada la reforma constitucional de 1982, y ante claros signos de desgaste político del primer ministro liberal Pierre-Elliot Trudeau debido sobre todo al malestar generado por la imposición de su PEN, Joe Clark buscó reafirmar su liderazgo al interior de su partido, con la meta de fortalecer su figura de cara a las elecciones federales que se aproximaban. Pese haber alcanzado el 66 por ciento de aprobación por parte de los delegados conservadores en 1981 y en 1983, Clark convocó a una elección interna en junio de 1983, con el fin de vencer de manera clara a su rival Brian Mulroney. De lograrlo, Joe Clark esperaba aglutinar a todas

las fuerzas de la derecha del país, con el objetivo central de alcanzar la primera magistratura en el corto plazo. Sin embargo, varios analistas políticos calificaron tal estrategia de arriesgada, pues cabía la posibilidad de que Clark fuera derrotado por Mulroney en esas elecciones internas (CBC, 1983).

La convención nacional *tory* se realizó el 11 de junio de 1983 en la ciudad de Ottawa, y después de cuatro rondas, Joe Clark fue derrotado por Mulroney, quien a partir de ese momento asumió el cargo de líder del Partido Conservador Progresista. Tal derrota puso de manifiesto la firme intención conservadora, promovida desde los sectores más orientados hacia la derecha del partido, de ejercer una dinámica más agresiva en contra del gobierno liberal. Con este resultado, se apreció también que algunos sectores del partido ya estaban algo cansados de la figura de Joe Clark y sus prácticas moderadas en su relación con el gobierno liberal. Además, la derecha del partido no le perdonaba que hubieran sido derrotados en las elecciones federales de 1980, a tan sólo nueve meses de haber asumido el gobierno. Este dato es un récord poco halagador para la causa conservadora de Canadá.

Pese a su derrota en las elecciones internas, Joe Clark decidió continuar como diputado en la Cámara de los Comunes, clara señal de que él no provocaría rupturas al interior del Partido Conservador Progresista. Esto se vio también como una muestra de que sería un apoyo para el nuevo líder en las batallas políticas que estaban por venir.

LA LLEGADA DE BRIAN MULRONEY Y EL TRIUNFO CONSERVADOR (1983-1993)

Aún antes de su victoria en las elecciones internas del Partido Conservador Progresista de 1983, Brian Mulroney se caracterizó por ser un político con gran carisma, por lo que contrastaba con sus rivales contemporáneos tanto dentro como fuera de su propio partido. Mulroney fue abriéndose espacio entre sectores conservadores dentro y fuera de Canadá, de manera específica en Estados Unidos, en donde su figura gozaba de la aprobación de los líderes del Partido Republicano asentado en el poder en Washington.

En el plano interno, Brian Mulroney gozaba de buena acogida por parte de amplios sectores de la ciudadanía, situación que lo animó a afirmar en sus memorias, refiriéndose a su ascendencia irlandesa:

Saben cómo son los irlandeses: fuman mucho, beben mucho y juran mucho. Tienen todos esos defectos, pero tienen buenos corazones. Son generosos, cálidos y simpáticos; yo tengo todas esas cualidades y defectos en proporciones similares. Mucha gente me percibe como un tipo razonablemente tranquilo e imperturbable; no grito muy seguido (Newman, 2005: 57).

Esto contrastaba con la personalidad más bien introvertida de Joe Clark y con el formalismo de los políticos liberales en el poder.

Una vez hecho oficial su liderazgo al frente del Partido Conservador Progresista, Mulroney tuvo que asegurarse un lugar como miembro del Parlamento en una elección especial (*by-election*) por el distrito electoral de Central Nova, en la provincia de Nueva Escocia. Posteriormente, ya formalizado su asiento en la Cámara de los Comunes, Mulroney tomó posesión como líder de la oposición. Su origen quebequense lo hacía un político plenamente bilingüe y bicultural, debido a que su seno familiar anglosajón católico con antepasados irlandeses se adaptó a las necesidades de convivir en una provincia con una mayoría católica de origen francés. Mulroney conquistó una atípica simpatía por parte de ciudadanos quebequenses, quienes tradicionalmente se inclinan un poco más por los candidatos o políticos de extracción liberal.

El pasado y origen de Brian Mulroney lo llevó a comenzar sus labores como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes empujando y promoviendo la Ley sobre las Lenguas Oficiales de 1969, que otorgaba un estatus similar al inglés y al francés en actos de gobierno, lo que significaba que ambos idiomas serían considerados como oficiales en Canadá. Empero, a principios de los años ochenta, se suscitaban debates al interior de la Cámara Baja a fin de establecer nuevos lineamientos al respecto, aprovechando que las discusiones para concretar una nueva *Constitutional Act* se encontraban en pleno apogeo. Los debates permearon hacia la reforma de este instrumento de 1982 y, al año siguiente, la Cámara de los Comunes se encontró en medio de acaloradas discusiones respecto a los beneficios o perjuicios que tendría en un futuro la Ley sobre las Lenguas Oficiales. Ante esto, Brian Mulroney encabezó una defensa frontal del carácter bilingüe del país y de que éste se extendiera a todos los ámbitos de la vida nacional, imponiendo su visión personal al resto de su partido, lo cual lo ayudó a reposicionar a su agrupación política en la preferencia de sectores donde el Partido Liberal gozaba de mayores simpatías, principalmente en la provincia de Quebec.

Por consiguiente, la labor de Mulroney como líder de toda la oposición en contra del gobierno liberal, que intentaba limitar la Ley sobre las Lenguas Oficiales, comenzó a perfilar su figura como posible primer ministro. Para ello, aprovechó las fracturas internas que comenzaban a intensificarse en el partido gobernante. Al mismo tiempo, el abierto beneplácito del gobierno de Washington hacia la figura de Mulroney creó poco a poco las condiciones suficientes para la llegada de los conservadores al poder en Canadá.

Desde la oposición, Mulroney capitalizó las debilidades y contradicciones del gobierno y su desgastado liderazgo, de modo que, una vez que el primer ministro liberal Pierre-Elliot Trudeau en funciones decidió renunciar a la primera magistra-

tura y que su sucesor, John Turner, de manera precipitada, adelantó las elecciones generales sin haber asumido aún el cargo de primer ministro, el Partido Conservador Progresista comenzó una nueva campaña con el objetivo de recuperar el poder, después del fallido intento de Joe Clark y sus nueve meses de gobierno entre 1979 y 1980.

Es un hecho que ni siquiera el propio Mulroney esperaba la convocatoria adelantada para elecciones que promovió Turner en julio de 1984, pues había sido designado primer ministro encargado tan sólo diez días antes. Sin embargo, la solicitud de disolución parlamentaria supuso el anuncio de nuevas elecciones y no sólo interrumpió las vacaciones de verano de Mulroney (Newman, 2005: 65), sino que también suspendió una visita de Estado a Canadá por parte de la reina de Inglaterra, ya que la Corona no debe llevar a cabo giras a países que se encuentren en medio de procesos electorales internos.

Una vez hecha oficial la convocatoria para un nuevo proceso electoral general, Brian Mulroney y el Partido Conservador Progresista centraron su campaña en atacar la figura del contendiente liberal, pues lo acusaron de ser un personaje poco hábil y con limitada capacidad de maniobra y liderazgo al interior de su propio partido, lo cual no estaba tan alejado de la realidad, dadas las pugnas internas imperantes en el seno liberal.

Las campañas dieron inicio de manera formal el 5 de julio de 1984, una vez que la gobernadora general, Jeanne Mathilde Sauvé, determinó que las elecciones federales tendrían lugar el día 4 de septiembre. Durante las casi nueve semanas que duró la campaña, Brian Mulroney fortaleció su imagen y carisma en detrimento de su oponente, gracias, en buena medida, a una efectiva estrategia elaborada por su asesor Norman Atkins. De hecho, "Atkins fue el verdadero padrino político de Mulroney. Fue la dedicación que puso en practicar modernos sondeos de opinión y técnicas de mercadeo de imagen lo que permitió a Mulroney llevar a cabo una cruzada política con defensas impenetrables" (Newman, 2005: 70). Esto se conjugó con la desorganización interna del Partido Liberal al encarar una imprevista campaña electoral a nivel federal, lo cual demostró que su supuesta impecable destreza para la planeación resultaba ser más un mito que una realidad (Jeffrey, 2010: 23).

En tales circunstancias dieron comienzo las campañas electorales de 1984 y pese a que el Partido Conservador Progresista se encontraba en niveles inferiores de intención de voto que sus contendientes liberales, Brian Mulroney poco a poco reposicionó su imagen y la de su partido frente a los electores. Para lograrlo, apeló a un discurso renovado, apostando a que su carisma e imagen como político confiable le darían un impulso extra. Si bien la campaña de Mulroney mostró superioridad de diseño y organización en comparación con la de sus contendientes, el resultado del debate televisivo del 25 de julio de 1984 terminó por volcar la intención de voto a su favor

al poner en evidencia la poca preparación y habilidad de su contraparte liberal John N. Turner. Mulroney le pidió que externara sus disculpas al pueblo canadiense por una serie de errores administrativos y falta de acción por parte del gobierno que él buscaba encabezar. Sin embargo, la respuesta lacónica del candidato liberal fue: “No tuve opción”, ante lo que Mulroney reviró de inmediato, sin dar oportunidad al moderador de concluir el segmento con lo siguiente: “Usted sí tuvo opción señor; lo que tendría que haber dicho es ‘Yo no voy a hacer esto, esto es malo para Canadá y no voy a pedir a todos los canadienses que paguen el costo’. Usted, señor, tuvo la opción de decir ‘no’, pero dijo ‘sí’” (CBC, 1983). Después de esta intervención por parte de Brian Mulroney, Turner, visiblemente preocupado y con la boca seca, se limitó a repetir varias veces: “No tuve opción, no tuve opción”, por lo que a partir de ese momento fue estereotipado en diversos medios conservadores como “El Señor No Tuve Opción”.

El tema más comentado a nivel nacional después del debate fue el grave error de Turner al pretender retar a Mulroney como orador sin estar preparado ni tener la capacidad de hacerlo. “Mulroney forzó a Turner a tomar una actitud claramente defensiva. El intercambio completo apenas duró un par de minutos, pero fueron los dos más electrizantes minutos en la historia de los debates televisivos” (Penniman, ed., 1988: 182). Como resultado de este contundente triunfo en el debate, Brian Mulroney incrementó su nivel de preferencias, hecho que, sumado al deseo de cambio por parte de la población —después de prácticamente poco más de veinte años de gobiernos liberales—, hizo muy factible que el resultado electoral otorgara una victoria absoluta al Partido Conservador Progresista y a su líder Brian Mulroney.

Los resultados de dicho proceso electoral para ocupar los asientos de la Cámara Baja canadiense quedaron de la siguiente forma:

Partido Conservador Progresista	211
Partido Liberal	40
Partido Neodemócrata	30
Otro	1

Fuente: Parliament of Canada, 2011.

Los números de la trigésima tercera elección federal otorgaron el triunfo más amplio al Partido Conservador Progresista desde la gestión de John Diefenbaker en los años cincuenta. Al mismo tiempo, estas elecciones dieron a Mulroney un gobierno de mayoría, situación que facilitaba su acción de gobierno, al menos durante los siguientes cinco años. En sus memorias, Brian Mulroney señala que durante la campaña de 1984, él mismo tuvo una simpatía particular por su contendiente John

Turner, quien a su juicio era un hombre inteligente, bien intencionado y con buenos principios. Sin embargo, Mulroney consideraba que el líder liberal estaba heredando los problemas de su antecesor y terminó pagando el precio (2007: 304).

Así, encabezando al Partido Conservador Progresista, Mulroney asumió el poder el 17 de septiembre de 1984, para dirigir a la XXXIII Legislatura, que entraría en funciones a partir de la primera sesión en la Cámara de los Comunes el 5 de noviembre, una vez formalizado su inicio con el respectivo Discurso del Trono.

En política interna, el primer reto para el gobierno de Mulroney fue la presión de grupos conservadores, sobre todo de las provincias de Columbia Británica y Alberta, por derogar el PEN, ya que no veían razón para continuar con tan controvertido esquema. Ante esto, el nuevo primer ministro pidió paciencia y programó su desmantelamiento de manera progresiva, decisión que generó profundo malestar, principalmente entre los conservadores de Alberta quienes, incluso, amagaron con salir del Partido Conservador Progresista y conformar una nueva agrupación partidista para defender y promover los valores e intereses conservadores del oeste canadiense.

Pese a estas amenazas, Mulroney insistió en llevar a cabo un desmantelamiento progresivo del PEN, concentrando sus esfuerzos en evitar mayores conflictos internos. Como una manifestación de esta estrategia de distensión interna, Mulroney nombró a Joe Clark, originario de Alberta, como su ministro del Exterior, pese a las divergencias entre ambos durante la campaña interna previa. Esto supuso la inclusión de más políticos originarios del oeste canadiense en el nuevo gobierno. Sin embargo, esta dinámica tarde o temprano tendría que contraponerse a las tradicionales demandas de la provincia de Quebec, tan antiguas como la primera BNA de 1867.

En un intento de dar respuesta a las demandas de mayor atención federal hacia Quebec, Mulroney decidió otorgar el contrato de mantenimiento de los cazabombarderos F-18 a una compañía quebequense (Bombardier) con sede en Montreal, pese a que la compañía Bristol Aerospace, situada en Manitoba, ofrecía un mejor servicio a menor precio. Tal decisión causó nuevas discrepancias entre Mulroney y las provincias de mayoría anglosajona del oeste del país, mientras en Quebec los montrealenses veían con desdén al gobierno federal conservador ya que, a juicio del propio Mulroney, ni siquiera se habían molestado en darle las gracias (Newman, 2005: 116-117).

Al mismo tiempo, la insistencia del primer ministro por defender el carácter bilingüe en Manitoba, así como de garantizar los derechos lingüísticos de las minorías fuera de Quebec generaron mayor encono entre los conservadores del oeste, quienes comenzaron a percibir a Mulroney como un político más progresista que conservador, pues ya en el poder actuaba de manera muy similar a los liberales que tanto criticaba en sus discursos.

Por otra parte, en el ámbito interno, el escándalo nacional por la venta de atún contaminado en el suroeste de Ontario —y que provocó la muerte de una decena de personas— obligó a Brian Mulroney a cesar de su cargo al ministro de Pesca y Océanos, John Fraser, ya que éste dio una versión distinta de la del primer ministro respecto a lo sucedido. Esto puso de manifiesto la importancia que tenía para Mulroney su imagen pública y, también, el poco margen de tolerancia que prevalecería en su administración respecto a los errores de sus colaboradores más cercanos (Newman, 2005: 111-113).

En cuanto a las relaciones internacionales, Brian Mulroney desde el principio dejó muy clara su posición respecto a privilegiar su relación con el gobierno de Estados Unidos. Una vez que tomó posesión del cargo, emprendió una gira a Estados Unidos, en diciembre de 1984, en la que expresó, desde la lectura del primer párrafo de su discurso frente a su contraparte estadounidense, cuál sería la prioridad de su gobierno: “Quisiera destacar, en primer lugar, que como primer ministro de Canadá, he ubicado en la más alta prioridad mantener buenas relaciones entre Canadá y Estados Unidos” (Library and Archives Canada, 2001). Esto tiene un especial significado al analizar las características y cercanía de Brian Mulroney con sus contrapartes estadounidenses de la Casa Blanca, así como las dinámicas que empleó para estrechar la relación bilateral.

Las buenas relaciones entre los gobiernos de Ottawa y Washington incluso llegaron a rebasar las barreras institucionales y de protocolo, una vez que se hizo evidente que Mulroney y Ronald Reagan compartían una amistad cercana como jefes de Estado. Fue tal el nivel de compatibilidad y coincidencias entre ambos políticos, que durante la reunión bilateral con motivo de la celebración del día de San Patricio, llevada a cabo en la ciudad de Quebec el 18 de marzo de 1985, ambos mandatarios cantaron la famosa canción “When Irish Eyes Are Smiling”, en clara alusión a que compartían antepasados irlandeses (CBC s.f.g). Este tipo de manifestaciones públicas mostró una tendencia proestadunense de parte del primer ministro, situación que se hizo más evidente cuando se dio a conocer el inicio de negociaciones para concretar un acuerdo de libre comercio entre ambos países, el cual se hizo oficial en septiembre de 1985. Incluso, el propio Brian Mulroney hizo público que él mismo había solicitado vía telefónica a su contraparte en Washington, que se llevaran a cabo las negociaciones (Bothwell, 1992: 145-146).

Así durante la administración de Mulroney fue evidente que se pretendió privilegiar las relaciones con Estados Unidos y que él se apoyaba, en buena medida, en su capacidad negociadora, su carisma y en sus coincidencias ideológicas con sus contrapartes conservadores en la Casa Blanca. Tal dinámica contrastaba con el nivel de discreción y distancia política con que los primeros ministros liberales tradicionalmente se conducían en sus relaciones con el gobierno de Washington.

De acuerdo con lo anterior, los temas en materia económica y comercial fueron concentrando cada vez más la atención del gobierno de Mulroney, sobre todo por su intención de que Canadá tuviera un lugar privilegiado para el comercio estadounidense; buscaba negociar un acuerdo comercial que hiciera más predecible la relación económica con Estados Unidos para asegurar mejores y mayores espacios de acceso a su gigantesco mercado, limitando de esta forma las tradicionales prácticas proteccionistas estadounidenses.

Mientras las negociaciones para establecer el acuerdo comercial se daban a marchas forzadas, dentro del Partido Conservador Progresista existían voces que se sumaban a los conservadores de las provincias del oeste para derogar por completo el PEN puesto en marcha desde el gobierno liberal de Trudeau. Este malestar conservador fue tomando mayores dimensiones cada vez que el primer ministro expresaba su intención de reconocer el carácter de Quebec como sociedad distinta, en un intento para que esta provincia reconociera por fin la *Constitutional Act* de 1982. Esta identificación de Brian Mulroney con su provincia de origen, Quebec, se tomó a mal por los conservadores del oeste, quienes reiteradamente argumentaban que el primer ministro violentaba los derechos de los conservadores y empresarios de las ricas provincias del oeste, incluida Manitoba, cuyos habitantes no olvidaban que el gobierno federal conservador había preferido otorgar el mantenimiento de los aviones F-18 a una planta de Quebec.

Aunado a lo anterior, el anuncio del Acuerdo de Lago Meech en 1987, que en buena medida pretendía devolver a Quebec su derecho a veto constitucional, terminó por fragmentar aún más a la derecha canadiense, cuya manifestación más clara fue la conformación de un nuevo partido político: el Partido Reformista.

Debido al duro golpe que representaba la creación de otro partido de derecha, Brian Mulroney —aprovechando la caída en los precios del petróleo—, decidió derogar por fin el PEN, en un intento por resolver el malestar de los conservadores del oeste; sin embargo, el camino para la creación de una nueva agrupación conservadora no tenía marcha atrás. Por ello, y en buena parte debido a la división nacional entre las provincias del oeste, Mulroney

[...] asumió una postura más tradicional en las maneras de solucionar los conflictos de las provincias, dando por terminado el plan energético nacional y ofreciendo un acuerdo atlántico [el Acuerdo de Lago Meech] que solucionara las demandas de las provincias del oeste y del este. [Sin embargo,] Muchos conservadores del oeste estuvieron en desacuerdo con Mulroney por su apoyo a los derechos de las minorías francófonas desde que fungía como líder de la oposición [...] sus intentos para traer reconciliación nacional terminaron dejando al país más dividido (Blake, 2007: 6-7).

Así, y en medio de una delicada situación de franca división provincial, Brian Mulroney buscó crear mecanismos de cohesión nacional mediante un acuerdo que —con el consenso de todas las provincias— lograra resolver los asuntos aún pendientes del federalismo canadiense. Por tal razón, el primer ministro *tory* dio a conocer (en la primavera de 1987) el Acuerdo de Lago Meech, intentando así manifestar la voluntad del gobierno federal para llevar a cabo una serie de nuevas reformas constitucionales que dieran respuesta a las tradicionales demandas de Quebec. Como ya se ha señalado, el acuerdo estableció cuatro puntos generales que proponían, en diecisiete apartados, una serie de reformas que otorgarían en general mayores facultades a las provincias, con objeto de resolver diversas problemáticas internas.⁴

Cabe destacar que las propuestas elaboradas por Brian Mulroney a través del Acuerdo de Lago Meech en un principio generaron reacciones positivas en todas las provincias, hecho que parecía indicar que su aprobación era algo inminente. Pero, conforme fueron revisándose cada una de las reformas contenidas en el acuerdo, las voces en contra comenzaron a escucharse con mayor fuerza, pues afirmaban que su aprobación terminaría debilitando al gobierno federal, coartando su capacidad de elaborar y hacer cumplir políticas de alcance nacional. Uno de los principales detractores fue el primer ministro anterior, Pierre-Elliot Trudeau, quien por medio de una campaña nacional alertó sobre lo que, a su juicio, representaba una amenaza para todo el país. Las élites del resto de las provincias con mayoría anglosajona no terminaron de convencerse respecto a la pertinencia para otorgar a Quebec el estatus de sociedad distinta, además de que no aprobaban la cláusula de unanimidad demandada por Quebec para llevar a cabo nuevas reformas constitucionales a futuro.

Una vez conocidas las voces a favor y en contra del Acuerdo de Lago Meech, Brian Mulroney convocó a un periodo obligado de tres años de discusiones provinciales para alcanzar su aprobación o su rechazo definitivo. En esta dinámica institucional, el Acuerdo no se concretaría si los gobiernos provinciales de Manitoba y Nueva Brunswick cancelaran sus respectivas audiencias legislativas, exigiendo que el gobierno provincial de Quebec revocara una medida implementada en diciembre de 1988 que impedía los anuncios en inglés en la vía pública. Ante la negativa de Quebec, el primer ministro provincial de Terranova anunció que su provincia revocaría el consentimiento al acuerdo, sumándose así al descontento de Manitoba y Nueva Brunswick, disposición que dejó finalmente sin el consenso provincial necesario al Acuerdo de Lago Meech, hecho que significaba su rechazo como propuesta constitucional (Hristoulas *et al.*, 2005: 33-35).

⁴ Para una revisión de los cuatro puntos generales del Acuerdo y la propuesta de enmienda de los diecisiete artículos con sus respectivos apartados, véase *Constitutional Accord*, cit. en Maton, 1987.

Sin duda, el fracaso del Acuerdo de Lago Meech fue un duro golpe para el gobierno de Mulroney, ya que fue su primera gran derrota política con alcances nacionales. Por ello, la puesta en marcha de un acuerdo comercial con Estados Unidos se convirtió en la meta más importante de su gobierno, ya que si este nuevo acuerdo tenía repercusiones mediáticas, podrían hacer olvidar a la opinión pública el grave revés que representó el rechazo del Lago Meech. Por consiguiente, la firma del tratado comercial entre Canadá y Estados Unidos, concretada en enero de 1988, fue una victoria política para Mulroney, ya que si bien había voces en Canadá que lo consideraban una amenaza a la soberanía canadiense, las negociaciones se habían llevado a cabo en tiempo récord (dos años): se dio a conocer que la fecha de inicio para las operaciones del Acuerdo de Libre Comercio Canadá-Estados Unidos (ALC) sería a partir del 1° de enero de 1990.

Llegó el tiempo en que Brian Mulroney se vio en la necesidad de convocar a nuevas elecciones federales, una vez transcurridos cuatro años del primer periodo de su gobierno de mayoría, y lo hizo para el día 21 de noviembre de 1988, justo en el momento cuando su gobierno se encontraba en medio de diversas críticas, sobre todo por parte de los conservadores de las provincias del oeste, encono que había culminado con la creación del Partido Reformista; además, las reticencias de algunas provincias de mayoría anglófona (Manitoba, Nueva Brunswick y Terranova) para concretar el Acuerdo de Lago Meech permanecieron como referentes obligados de reflexión para el gobierno conservador, como claras manifestaciones de la falta de consenso entre las élites conservadoras de todo el país.

Las campañas dieron inicio de manera formal el 2 de octubre de 1988, y desde el principio, el eje rector de los debates y propuestas fue el tema del libre comercio con Estados Unidos. Como aún no entraba en operaciones, corría el riesgo de ser rechazado por un nuevo gobierno liberal. Al respecto, Mulroney afirma en sus memorias que cuando solicitó la disolución del Parlamento a la gobernadora general Jeanne Sauv e, le comentó:

Primer ministro, he estado aquí por mucho tiempo y he llegado a la conclusión de que un acuerdo de libre comercio con los estadounidenses, y llevar a término nuestra aventura constitucional que comenzamos en 1980 y 1981, a través del Acuerdo de Lago Meech, hacen del suyo un mandato histórico, que justo termina ahora. Le deseo lo mejor y espero que ambas propuestas lleguen a ser ratificadas por los votantes canadienses (Mulroney, 2007: 622).

Aun con estos augurios, Brian Mulroney elaboró una estrategia para convencer a los indecisos respecto a los beneficios de echar a andar el ALC, consciente de que la ratificación del Acuerdo de Lago Meech era ya una batalla perdida.

Las encuestas que se levantaron durante la primera parte de la campaña federal arrojaban que el nivel de preferencia hacia el Partido Conservador Progresista había logrado mantenerse por encima de sus rivales liberales por más de diez puntos, condición que les aseguraba no sólo la continuidad de su mandato, sino también un segundo periodo de mayoría dentro de la Cámara de los Comunes (MacDowell y Parker, 2011). Por tanto, el primer debate televisivo del 25 de octubre de 1988 cobraba especial importancia, ya que los candidatos involucrados buscarían generar una reacción frente al tema central de toda la campaña: el libre comercio con Estados Unidos.

El debate entre los líderes inició con señalamientos de que el bienestar social canadiense se encontraba amenazado con el gobierno de Mulroney; que su administración había estado plagada de errores. Empero, el primer ministro *tory* en un tono muy pausado y sin perder la calma, respondió una a una las acusaciones de sus dos contrincantes: Ed Broadbent, del Partido Neodemócrata, y John Turner, del Partido Liberal, lo que dejó la impresión de que la estrategia de defensa de Mulroney tendría un rostro amable ante la visible molestia e incomodidad de su rival liberal, quien no le lograba provocar una reacción de incomodidad, salvo el momento cuando ambos se enfrascaron en un debate acerca de quien amaba más a Canadá.

Durante la segunda parte del debate, Ed Broadbent señaló que los programas sociales del país habían pasado a un segundo plano con tal de implementar de manera rápida un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos. Turner acusó a Mulroney de comprometer la economía y la independencia política de Canadá a favor de Estados Unidos. Ante este tipo de señalamientos, Mulroney respondió que tales afirmaciones eran sólo dramatizaciones para distraer la atención, debido a que él mismo, a diferencia de sus contrincantes, sí había decidido crear alternativas y darles seguimiento por el bien de Canadá. Pero, al final, dominó la percepción de que ningún candidato había ganado el debate y quedó claro que las elecciones de 1988 se convertirían en una especie de referéndum que echaría a andar o no el ALC (CBC, 1988a). Como es de suponerse, las semanas siguientes al debate giraron en torno a los beneficios o perjuicios para Canadá en materia económica, política y social si se decidía seguir adelante con el acuerdo comercial. Al final, los resultados de las elecciones pueden interpretarse como un sí al libre comercio, con los siguientes resultados para ocupar los asientos en la Cámara de los Comunes:

Partido Conservador Progresista	169
Partido Liberal	83
Partido Neodemócrata	43

Fuente: Parliament of Canada, 1988.

Estos números dieron la posibilidad de continuar con las políticas conservadoras en Canadá, pues de nueva cuenta Brian Mulroney contaba con un gobierno de mayoría, pues alcanzó el 43 por ciento del voto nacional. Esto significó vía libre para implementar una serie de medidas de carácter político más comprometidas y coincidentes con Estados Unidos, entre las que destacó el interés canadiense por incorporarse a la Organización de Estados Americanos (OEA), contraviniendo la tradicional postura de los anteriores gobiernos de Ottawa en el sentido de no ingresar a ese organismo hemisférico con tal de evitar comprometerse en asuntos latinoamericanos de interés estadounidense; sin embargo, Mulroney anunció oficialmente el ingreso de Canadá a la OEA en octubre de 1989, mientras se encontraba de vacaciones al lado del presidente estadounidense George H. Bush en Kennebunkport, Maine, Estados Unidos. “De hecho, esto dio la impresión ante la opinión pública de que el primer ministro simplemente estaba cumpliendo los deseos del presidente de Estados Unidos” (McKenna, 1992: 253).

Aunado a lo anterior, la decisión de Mulroney de apoyar abiertamente la invasión estadounidense a Panamá, del 19 de diciembre de 1989 —sin consultar antes al Parlamento canadiense— colocó al primer ministro *tory* de nueva cuenta en una posición muy comprometida respecto al gobierno de Washington, situación que se agudizó una vez que la primera acción oficial de Canadá como miembro de la OEA fue negarse a condenar la invasión. Esto orilló a que el gobierno de Mulroney, junto con el de El Salvador, fueran los únicos que apoyaron en la OEA la invasión a Panamá (Rochlin, 1999: 292). De esta forma, quedaba cada vez más claro que una vez puesto en marcha el ALC, el gobierno canadiense comenzaría una nueva etapa de mayor participación en el escenario internacional, incluido el continente americano, lo que implicaba el apoyo a las políticas promotoras del libre mercado impulsadas desde Washington, que serían el común denominador desde el ingreso de Canadá al organismo hemisférico.

En el plano interno, el momento de mayor crisis durante el segundo mandato de Brian Mulroney fue la masacre en la Escuela Politécnica de Montreal, ocurrida el 6 de diciembre de 1989, cuando un joven armado entró al campus y asesinó a catorce mujeres y dejó heridas a otras catorce personas. Este lamentable hecho puso en el centro del debate nacional la necesidad de regular y limitar la venta de armas en Canadá, ya que el fusil utilizado por el asesino fue adquirido de manera legal (Séguin, 2011).

Del mismo modo, las protestas de una comunidad de mohawks del poblado de Kanehsatake por la defensa de su territorio en el valle de Oka, debido a los planes de expansión de un campo de golf en sus tierras ancestrales, fue un suceso que detonó un grave conflicto social de julio a septiembre de 1990, que hizo necesaria la intervención de fuerzas armadas federales para lograr la pacificación de la zona.

El nivel de molestia, pero también la solidaridad generada entre diversos grupos étnicos de Canadá y Estados Unidos, coadyuvaron para que, finalmente, el gobierno de Oka cancelara el proyecto de construcción del campo de golf.

Si bien el conflicto conocido como “crisis de Oka” tuvo sus orígenes en la falta de sensibilidad del gobierno provincial quebequense, la negativa inicial de Brian Mulroney a involucrar a su gobierno para la solución del conflicto, hizo evidente la falta de interés y voluntad política que caracteriza al gobierno federal canadiense (ya sea liberal o conservador) cuando se trata de resolver asuntos que involucran a pueblos indígenas, dado que suele delegar la responsabilidad casi por completo a los gobiernos provinciales (Atleo, 2010).

A nivel internacional, 1990 fue el año cuando las fuerzas armadas canadienses volverían a involucrarse en una operación militar conjunta de gran calado desde la guerra de Corea en los años cincuenta. La nueva operación, conocida como Tormenta del desierto, tuvo lugar en el Golfo Pérsico y contó en su momento con la aprobación en pleno del Consejo de Seguridad de la ONU; fue dirigida por el ejército estadounidense en un intento por devolver el poder a las viejas oligarquías petroleras kuwaitíes, pues Saddam Hussein las había despojado de sus beneficios. Esta movilización no contó desde el principio con el consentimiento de todos los aliados occidentales europeos, y ahí precisamente es donde entró en juego la habilidad política de Brian Mulroney, quien se convirtió en consejero personal de George H. Bush para que juntos alcanzaran el consenso de las potencias europeas de Occidente.

La ayuda para Estados Unidos llegó en el momento en que Bush se encontraba más frustrado por la actitud y las reservas del presidente francés François Mitterrand en relación con la operación militar en Irak y el papel que Francia debía desempeñar. Fue entonces cuando Mulroney dijo al presidente estadounidense:

“He aquí lo que harás: pon la alarma de tu reloj a las dos de la mañana y llama a Mitterrand a París; serán entonces las siete u ocho de la mañana en el horario de ellos. François sabrá en ese momento que le estás llamando de madrugada desde Washington y pensará que es realmente un asunto de suma importancia para ti, porque incluso te tiene despierto a esas horas de la noche. Tú di a François que él es la clave para lograr el acuerdo, que el éxito de este proyecto depende de la cooperación francesa. Será entonces cuando él cambie de opinión”. Así, tal y como lo confirmaría Bush después, el presidente siguió las recomendaciones propuestas por Mulroney al pie de la letra y Mitterrand decidió unirse a los esfuerzos aliados en contra de Irak (Martin, 1993: 159).

Una vez alcanzado el consenso occidental, la operación militar en el Golfo Pérsico dio inicio el 2 de agosto de 1991. La participación canadiense en el conflicto consistió en el envío de los destructores HMSC Athabaskan y HMSC Terranova, más dos mil cuatrocientas tropas (Morton, 1999: 274-275) y un escuadrón de veinticuatro F-18 Hornet, que completaron cinco mil setecientas horas en dos mil

setecientas misiones (Royal Canadian Air Force, s.f.). Tras el éxito de la operación militar, las tropas y equipo canadienses regresaron sin pérdidas que lamentar.

En el plano interno, el gobierno canadiense tuvo un escenario económico poco favorable, con índices de desempleo en aumento y reducciones al gasto social. Por ello, su administración decidió implementar un programa tributario que incluyera un nuevo impuesto federal del 7 por ciento sobre bienes y servicios, efectivo a partir del 1° de enero de 1991; su objetivo era reactivar la economía canadiense y estimular la creación de empleos, y se sumaría a los gravámenes que cada gobierno provincial ya aplicaba en su territorio, con lo que, al final, la tasa tributaria de las provincias canadienses quedó en un 13 por ciento sumando ambos impuestos, es decir, los impuestos provinciales y los federales (Makarenko, 2007).

La molestia que desató esta nueva disposición tributaria generó profundo malestar en todo Canadá, sobre todo si se toma en consideración que la economía del país no mostraba signos de mejora en el corto plazo.

Como parte de una estrategia para disminuir el malestar general, el gobierno de Mulroney anunció que este nuevo impuesto no se aplicaría en alimentos, medicinas, rentas residenciales y servicios financieros. Al respecto, y con el fin de no generar mayores rompimientos con el sector empresarial del oeste del país, Mulroney desarrolló un complejo esquema que hacía posible una serie de generosas deducciones empresariales, lo que en los hechos significaba trasladar el peso del nuevo impuesto directamente a los contribuyentes. Este incremento tributario fue posible gracias a que Brian Mulroney contaba con un gobierno de mayoría que apoyaba en todo momento las decisiones del primer ministro. Así, consciente de que el malestar social era una amenaza para procesos electorales futuros, Mulroney decidió comenzar un nuevo proyecto de reforma constitucional, cuyas negociaciones logran resolver el asunto pendiente de Quebec, dado su rechazo a reconocer la *Constitutional Act* de 1982. Esta nueva propuesta buscaría otorgar mayores facultades y atribuciones a los gobiernos provinciales en su relación con el gobierno federal. El proyecto se propuso a todas las provincias y territorios canadienses, excepto a Quebec; a ésta se le presentaría posteriormente —pero ya en su versión final— para someterla a su consideración. Dichas negociaciones se conocieron como Acuerdos de Charlottetown, debido a que sus aspectos finales se negociaron en la ciudad de Charlottetown, capital de la Isla del Príncipe Eduardo, en la costa este de Canadá.

Tales acuerdos eran una arriesgada apuesta del primer ministro Mulroney, ya que su rechazo significaría el fracaso anticipado de un intento por buscar un tercer periodo al frente del gobierno federal canadiense. A diferencia del malogrado Acuerdo de Lago Meech, su renovada versión de Charlottetown debía ser sometida a una ronda nacional de aprobación a través de un referéndum que se desarrollaría en todas las provincias el día 26 de octubre de 1992.

Esta fecha en particular buscaba precisamente contrarrestar, en el corto plazo, un referéndum en Quebec convocado para el mismo día, el cual fue interpretado en todo el país como un ultimátum quebequense para recibir una propuesta constitucional viable. El resultado inmediato fue la postergación del referéndum de Quebec, a fin de esperar el resultado de los referéndums en las otras nueve provincias de mayoría anglófona.

En la economía interna, uno de los sucesos más significativos durante la gestión de Mulroney fue sin duda alguna el proceso de privatización de la compañía nacional Petro-Canada, creada en 1975. Los estudios para desnacionalizarla comenzaron en 1989, en un hecho que supuso la finalización del PEN, que había provocado, entre otras cosas, la creación de una nueva agrupación política de orientación conservadora: el Partido Reformista.

Mulroney dejaba en claro que su intención era beneficiar a los inversionistas petroleros conservadores de Alberta al permitirles incorporarse con su capital a la rica y estratégica empresa paraestatal. De tal modo, después de un par de años de especulaciones en torno a la privatización de Petro-Canada (*The New York Times*, 1989), el anuncio de su separación como empresa del Estado se hizo oficial en febrero de 1991, cuando la compañía asumió una nueva estructura corporativa que incluía el cambio de nombre a Petro-Canada Limited y Petro-Canada Incorporated. Esta decisión incluyó la venta pública de una primera emisión del 19.5 por ciento de las acciones de la compañía en la Casa de Bolsa de Canadá (Funding Universe, s.f.). La privatización respondió a un proyecto implementado desde las oficinas del primer ministro que incluyó también a otras empresas paraestatales: Teleglobe Canada, De Havilland y Air Canada, lo cual supuso un recorte de plazas públicas de alrededor de cien mil trabajadores al servicio del Estado (Mulroney, 2007: 387).

Si bien la decisión de privatizar Petro-Canada significó el apoyo a sectores conservadores de Alberta y Saskatchewan con los que el propio Mulroney había tenido una relación muy tensa durante buena parte de su administración, otros sectores sociales y políticos no la aprobaron por considerarla errónea y contraria a los verdaderos intereses nacionales. Tampoco hubo un profundo debate nacional en torno a la privatización de Petro-Canada, ya que la verdadera discusión se centró en la aprobación o rechazo de los Acuerdos de Charlottetown, cuyo referéndum final ocurrió el día 26 de octubre de 1992. Aunque, al parecer, en un inicio los Acuerdos de Charlottetown iban a ser bien acogidos en las provincias y territorios canadienses, gradualmente su rechazo fue ganando mayores espacios, debido a los posibles conflictos interprovinciales: las provincias del oeste señalaban que las centrales concentrarían más poder que antes, mientras que a juicio de éstas (Ontario y Quebec), el poder otorgado a través de Charlottetown a las provincias del oeste amenazaba la capacidad de maniobra del gobierno federal. Por si esto fuera poco, en Quebec, sectores nacio-

nalistas lo consideraban un proyecto fallido e insuficiente, que no cubría las demandas de reconocimiento a Quebec como sociedad distinta (Brown, 2002: 568-569).

En general, el otorgamiento de nuevos asientos en la Cámara de los Comunes a las provincias de Ontario y Quebec, así como la potencial posibilidad de elegir a los miembros del Senado a través de voto ciudadano terminaron por malograr el consenso entre las nueve provincias y los dos territorios involucrados. Al final, sólo cuatro de las nueve provincias, es decir, Nueva Brunswick, Terranova, Ontario y la Isla del Príncipe Eduardo, así como el Territorio del Noreste, aprobaron los acuerdos. Aunado a lo anterior, si se toma en consideración que el porcentaje de aprobación en Ontario fue del 50.1 por ciento, es claro que fueron las provincias con menor demografía las que aprobaron por mayoría la propuesta de Charlottetown.⁵

Este fracaso hizo suponer el fin para Brian Mulroney mientras buscaba su tercer mandato consecutivo, pues el nivel de críticas a su gestión —por los privilegios otorgados a su provincia natal y su insistencia en otorgar el estatus de sociedad distinta a Quebec— fue un elemento que le abrió distintos frentes políticos en todo Canadá. Amplios sectores de la derecha canadiense lo consideraron como un primer ministro que no escuchaba de manera debida las demandas y las necesidades de las ricas provincias del oeste. Por su parte, la izquierda criticó fuertemente el ALC, así como sus políticas privatizadoras, y los liberales centraron sus señalamientos en los efectos adversos que generaría el aumento a los impuestos.

A tan sólo un año de la siguiente convocatoria electoral federal, Brian Mulroney fue quedándose sin capacidad política interna, ya que la oposición sólo tendría que esperar el final de la XXXIV Legislatura para sacar a los conservadores del poder. Si bien quedaba claro que el nivel de desgaste político de Mulroney ya no le permitiría aspirar a una nueva reelección, el respaldo de la mayoría conservadora que aún poseía en la Cámara Baja le permitía tomar decisiones de Estado.

La firma para alcanzar un acuerdo comercial con Estados Unidos y México vía *fast track* no fue ningún problema para el gobierno de Mulroney, toda vez que el final de las negociaciones y la firma del acuerdo conocido como Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) se concretó en diciembre de 1992. Es importante señalar que el ingreso de Canadá a las negociaciones se logró una vez que el Mulroney solicitara al presidente George H. Bush la inclusión de Canadá, lo cual pareció obedecer más bien a que

el gobierno canadiense apenas había empezado a manejar las consecuencias del ALC cuando tuvo que enfrentarse a la perspectiva de que Estados Unidos firmaría un acuerdo comercial con México. Temía que ello pudiera poner en peligro lo que el gobierno

⁵ Para una revisión de los porcentajes véase Charlottetown *Accord Referendum Results*, cit. en Maton, 1997.

canadiense consideraba su posición privilegiada en Washington si no participaba en las negociaciones entre Washington y México (Clarkson, 1994: 142).

Así, la firma del TLCAN, con antecedentes para Canadá en la experiencia del funcionamiento del ALC puesto en marcha pocos años antes, fue una de las últimas acciones como primer ministro de Brian Mulroney, y ambos hechos tan importantes terminarían definiendo nuevas políticas de integración comercial en Norteamérica.

Una vez establecida la fecha para la puesta en marcha del TLCAN, Mulroney fue preparando el terreno para abandonar el cargo de primer ministro a mediados de 1993, una vez que su partido celebrara elecciones internas para elegir a su sucesor. El escenario político interno lucía bastante complicado para el Partido Conservador Progresista, por la irrupción de dos nuevas agrupaciones: el Partido Reformista, de derecha, y el nacionalista Bloque Quebequense, lo cual hacía suponer más competencia para la siguiente elección general, puesto que muchos de los antiguos seguidores del Partido Conservador Progresista habían quedado defraudados por las políticas y la actitud asumida por Mulroney en sus dos intentos de reforma constitucional: Lago Meech (1988) y Charlottetown (1992), ya que ambos casos manifestaron cierta preferencia del primer ministro hacia la provincia de Quebec. Esta tendencia de Mulroney disgustó también a los grupos nacionalistas quebequenses, quienes la consideraron un intento federal por disminuir el espíritu nacionalista de la provincia.

Por otra parte, la insistencia de Mulroney por privilegiar a Quebec con el estatus de sociedad distinta y su cancelación tardía del PEN provocaron el malestar de sus tradicionales aliados conservadores en el oeste, condición que se manifestó con la creación del Partido Reformista, orientado a satisfacer las demandas de los conservadores de Alberta, Columbia Británica, Saskatchewan y Manitoba, en sus anhelos de autonomía económica frente al gobierno federal.

Debido a la situación política imperante alrededor de su gestión, Brian Mulroney decidió no esperar más a la convocatoria para nuevas elecciones federales y anunció, en febrero de 1993, su decisión de abandonar el cargo de primer ministro cuando su partido eligiera al nuevo líder. Este hecho se consumó durante la convención nacional del Partido Conservador Progresista, programada para celebrarse en la ciudad de Ottawa a mediados de junio del mismo año. Esta elección interna cobraría mayor relevancia porque el nuevo liderazgo surgido de la convención heredaría, en los hechos, el cargo de primer ministro en funciones.

Poco después de la salida de Brian Mulroney comenzaron a hacerse públicos una serie de señalamientos que lo acusaban de enriquecimiento ilícito, prácticas de sobornos empresariales y licitaciones indebidas; se insistía en que había hecho favores corporativos a empresas simpatizantes de su gobierno. Sin embargo, tales acusaciones carecieron de sustentos legales sólidos y terminaron siendo poco a

poco desdeñadas por los jueces involucrados. Así culminó una de las gestiones más controversiales en Canadá, debido a la gran cantidad de sucesos —tanto al interior como al exterior— que determinaron el curso del país en los años siguientes, no obstante la llegada y salida de nuevos gobiernos liberales, que no eliminarían los impuestos ni los acuerdos comerciales puestos en marcha por el gobierno de Mulroney, lo cual no hace otra cosa que reforzar la idea de que liberales y conservadores, una vez en el poder, han sido más similares de lo que pudiera suponerse.

LA CORTA ADMINISTRACIÓN DE KIM CAMPBELL (1993)

Con el anuncio de la salida del primer ministro, comenzó a gestarse al interior del Partido Conservador Progresista una serie de movimientos con objeto de elegir a su sucesor, de cara a un proceso electoral bastante complicado y con niveles muy bajos de aprobación después de nueve años de gobierno *tory*. De este modo, fueron cinco los políticos que dieron a conocer su intención de encabezar al partido y, de paso, asumir la primera magistratura con la meta inmediata de convocar a elecciones federales. Esta lista la encabezaban dos personajes, Kim Campbell y Jean Charest, aunque también Jim Edwards, Garth Turner y Patrick Boyer buscaron el liderazgo del Partido Conservador Progresista; sin embargo, desde el principio quedó claro que la carrera por el liderazgo conservador sería de los dos primeros contrincantes. Por un lado, Kim Campbell era reconocida por su labor como miembro destacado del gabinete de Mulroney, al cumplir en su ejercicio público como ministra de Justicia y de la Defensa Nacional. Durante su gestión al frente de estos dos ministerios, Campbell tuvo oportunidad de proyectar su imagen a nivel nacional con resultados positivos, ya que la sociedad canadiense había tenido referentes constantes de su persona durante los cuatro años previos. Por otro lado, Jean Charest fungió durante la gestión de Mulroney como ministro de Asuntos para la Juventud y de Medio Ambiente. Tenía a su favor la juventud, pues era uno de los diputados más jóvenes en 1993: tenía treinta y cinco años y una vasta experiencia como activista político conservador y como funcionario público de alto nivel.

Así, en medio de una campaña interna con dos contendientes fuertes, era previsible que la designación del nuevo liderazgo se definiera en varias rondas de votación. La convención nacional conservadora tuvo lugar en junio de 1993 y, tal como se esperaba, después de una primera ronda no había un ganador que obtuviera el 50 por ciento más uno necesario. No obstante, Kim Campbell la encabezó con el 48 por ciento, frente a un 39.4 por ciento de Jean Charest. Ya en una segunda ronda y después de que Jim Edwards se sumara a la causa de Campbell, el resultado la

hizo vencedora con un 52.7 por ciento de los votos de los delegados.⁶ La elección de Kim Campbell al frente del Partido Conservador Progresista fue un hecho histórico en muchos sentidos, pues fue la primera vez que una mujer sería la encargada de encabezar el partido, y no sólo eso, significó también que por vez primera en la historia canadiense una mujer ocuparía el cargo de primera ministra, y por ende, el liderazgo de la Cámara de los Comunes.

Después de su elección como lideresa del partido, Kim Campbell agradeció el apoyo que le habían brindado y prometió trabajar para lograr un tercer gobierno conservador de mayoría. Por ello, en medio de la algarabía conservadora, Campbell reconoció a Mulroney al afirmar que él les había enseñado a pensar en el largo plazo, a estar unidos, pero sobre todo a pensar en ganar.⁷

Al respecto, Brian Mulroney señaló que, después de la convención, él y Campbell conversaron alrededor de treinta minutos y que, durante esta charla, ella reiteró su admiración por el primer ministro, así como su agradecimiento por sus enseñanzas y por permitirle colaborar en su gabinete (Mulroney, 2007: 1007). Quedaba claro que no se percibía ruptura alguna entre el primer ministro saliente y la nueva primera ministra entrante.

Una vez consolidado su triunfo en la convención interna, Kim Campbell se propuso trabajar en el corto plazo para consolidar su imagen y la de su partido ante la opinión pública en un intento por posicionarse mejor en las encuestas de opinión. Por esta razón, Campbell decidió establecer en el corto plazo un agresivo plan de reformas institucionales en el gobierno, que incluiría la reducción o fusión de algunos departamentos ministeriales, por considerar que generaban gastos onerosos e innecesarios a los contribuyentes con el fin de ganar adeptos y simpatías inmediatas por parte de la ciudadanía.

Al ocupar el cargo de primera ministra, Campbell anunció la reducción de su gabinete más cercano, de cuarenta a veinticuatro miembros, lo que supuso la eliminación de departamentos y agencias gubernamentales pequeñas. En este sentido, la fusión de la oficina de la Contraloría General y la Secretaría del Tesoro en un nuevo único departamento encargado de ordenar la distribución de gastos ministeriales de sus departamentos, se manifestó como un intento de Campbell por hacer más eficiente y menos costoso el ejercicio del gasto público, lo que también supondría una reducción natural en los gastos gubernamentales (Wanda *et al.*, 2010: 101-102). Con esa decisión, Kim Campbell catapultó su imagen pública a niveles pocas veces vistos para un primer ministro, pues según la casa encuestadora Gallup, la aprobación para su corta gestión alcanzaba el 51 por ciento, mientras que quienes

⁶ Las cifras, porcentajes y resultados de este proceso interno han sido obtenidos de Parliament of Canada, s.f.c.

⁷ Véase el discurso oficial completo en CBC, 1993c.

la desaprobaban eran menos de la mitad, es decir, sólo el 22 por ciento (Centinela, 1993). Este elevadísimo nivel de aceptación popular se explica gracias al hartazgo de la sociedad canadiense por los altos costos que representaban los gastos del gobierno federal en su relación con las provincias, pues debe recordarse que el aumento del impuesto al valor agregado del 5 por ciento establecido por Brian Mulroney continuaba generando malestar entre los contribuyentes. Por eso, la reducción de funcionarios públicos impulsada por la primera ministra había sido una medida muy popular, de cara a las elecciones que se avecinaban.

Al verse imposibilitada para extender más su mandato —debido a que entre la primera ministra Campbell y su antecesor Mulroney ya acumulaban juntos cuatro años y diez meses—, ella decidió emplazar a nuevas elecciones federales para el 25 de octubre de 1993, faltando sólo un mes para cumplir los cinco años que establecía la ley como límite para convocar a nuevas elecciones a cualquier gobierno de mayoría.

Cabe señalar que, pese a haber asumido el cargo de primera ministra desde el mes de junio de 1993, Campbell nunca encabezó un debate en la Cámara de los Comunes, ya que el Parlamento no sesionó por suspensión de actividades debido a las vacaciones de verano, y una vez concluidas éstas, de inmediato dieron inicio las campañas electorales.

Es necesario establecer que, pese a las medidas populares de recortes a ministerios y varios departamentos, Kim Campbell no logró mantener la ventaja del impulso inicial a sus reformas administrativas, ya que justo cuando dieron comienzo las campañas, su partido (el Conservador Progresista) y el Partido Liberal contabilizaban prácticamente la misma intención de voto, según encuestas levantadas por la firma Ipsos (Wright, 1993). Por eso, al paso de las semanas, el nivel de intensidad electoral fue incrementándose y, con ello, los cuestionamientos a la realidad económica imperante en Canadá, ya que el desempleo y la reducción al gasto público comenzaron a ubicarse como los temas centrales de la campaña electoral.

Conscientes de que el tema de los déficits era lo que realmente interesaba a los ciudadanos, los oponentes de la primera ministra centraron sus críticas precisamente al partido político que encabezaba Campbell, no tanto a ella en su persona. Al parecer, esto obedecía a que la oposición había decidido concentrar su discurso electoral en criticar al partido gobernante durante los últimos nueve años, señalando su responsabilidad directa de la crisis económica, el desempleo y el aumento de impuestos. Esta dinámica dominó la primera parte de la campaña electoral hasta la llegada de los debates televisivos en inglés y francés los días 3 y 4 de octubre de 1993. Los cuatro candidatos opositores: Preston Manning, del Partido Reformista; Audrey McLaughlin, del Partido Neodemócrata; Lucien Bouchard, del Bloque Quebequense y Jean Chrétien, del Partido Liberal, centraron sus intervenciones en la crítica al desempleo y al aumento del déficit nacional. Estos temas, junto con el

empeoramiento de los sistemas de seguridad social y el ALC concentraron la atención de los candidatos durante todo el debate (véase completo en CBC, 1993c).

Preparada para enfrentar un debate intenso en su contra, Kim Campbell organizó una estrategia en donde señalaría uno a uno los puntos débiles de sus contrincantes, indicando que ninguno establecía una política integral de combate al desempleo y al déficit, tal y como ella sí lo proponía; incluso señaló que ella era la única líder de cualquier partido que contaba con un plan realista para eliminar el déficit y crear empleos (un resumen de los momentos más controversiales del debate véanse en CBC, 1993). La habilidad de Campbell no permitió que ninguno de sus opositores tuviera una victoria clara en el debate; la primera ministra logró defender bien su posición y en todo momento insistió en que ella era la única que tenía la fórmula para devolver sus empleos a cientos de miles de canadienses.

Cabe destacar que Kim Campbell diseñó esta estrategia de repetir que ella sí sabía cómo recuperar la economía del país porque era consciente de que su credibilidad era su mayor capital político frente a los votantes, gracias a que había disparado las expectativas una vez que cumplió su promesa de campaña interna en el sentido de disminuir el gabinete cercano al primer ministro. De este modo, Campbell usó el debate como plataforma para proyectar su imagen a nivel nacional como una mujer dedicada a la política que contaba con un plan serio para recuperar la economía de Canadá. Sin embargo, después de los debates, la oposición continuó con la estrategia de criticar al Partido Conservador Progresista por la situación económica, promoviendo una serie de plataformas: desde la creación de miles de empleos, hasta la renegociación del ALC. Tal estrategia opositora fue ganando adeptos conforme pasaban los días de campaña hasta que, en un intento por minimizar las propuestas de la oposición, Kim Campbell señaló que la crisis del déficit y el desempleo eran tan graves que Canadá no podría recuperarse sino hasta finales del siglo xx (Detroit Street Press, 2011).

Esta declaración cambió todo el escenario electoral, pues una buena parte del electorado se sintió engañado por Campbell, ya que durante toda la campaña y los debates, ella misma había insistido en que tenía un plan para revertir la crisis, pero no que ese plan tardaría décadas en ver resultados. De tal modo, la primera ministra dejó en claro que no ofrecería ninguna solución al desempleo y al déficit canadiense si llegaba a ser electa para continuar en el cargo. Esta realidad representaba una grave contradicción en su campaña electoral. Después de darse a conocer estos comentarios, los niveles de aceptación de su candidatura se desplomaron rápidamente, pues su popularidad había estado ligada a su capacidad de acción en el corto plazo. En otras palabras, el ciudadano canadiense común pareció no encontrarse muy dispuesto a elegir a alguien que, finalmente, insistiría en que habría que esperar décadas para percibir mejoras económicas.

Este desencanto entre los electores obedeció a que la fuerza de Kim Campbell había sido construida alrededor de su capacidad para prometer y hacer cumplir sus promesas de manera rápida y eficiente. Sin embargo, al hablar de manera contraria sobre un tema tan delicado como era el desempleo, los votantes advirtieron que la franqueza de la primera ministra no daba lugar a dudas, ya que en realidad no tenía la fórmula para recuperar los empleos que tanto había prometido, lo que significaba que Campbell había mentido durante semanas de campaña (kimcampbell.com, 2011).

Conscientes de que la imagen de Kim Campbell caía para el electorado, los estrategas políticos del Partido Conservador Progresista decidieron dar un desesperado contragolpe mediático al hacer burla de un defecto físico del candidato liberal, Jean Chrétien, quien sufría de parálisis facial en la mitad de su rostro debido a una enfermedad de su juventud. por medio de un *spot* electoral televisivo en donde se mostraban una serie de fotografías en primer plano del rostro del líder liberal y una voz *en off* afirmaba que se sentiría muy avergonzado si Chrétien fuera electo como primer ministro; remataba con la siguiente sentencia: “¿Es esto un primer ministro? Piénsalo dos veces”.⁸

Este anuncio generó reacciones de inmediato en todo el país; los asesores de Campbell se vieron obligados a afirmar que no había sido su intención burlarse de un defecto físico de su principal oponente.

El pandemónium reinó en el campamento de Campbell. El exministro [*tory*] Sinclair Stevens escribió una carta ofreciendo una disculpa pública a Chrétien [...] El editorial de *The Globe and Mail* del día siguiente describió el *spot* como la más grande estupidez cometida durante una campaña electoral, y concluyó, que en treinta segundos simbólicos los conservadores parecieron confirmar lo que muchos votantes descontentos afirman desde hace semanas: Los políticos no tienen escrúpulos. Los políticos van a decir cualquier cosa con tal de ser electos (Jeffrey, 2010: 236).

El impacto nacional de tal estrategia mediática generó tanto disgusto popular, que incluso varios candidatos conservadores condenaron enérgicamente la campaña, y comenzaron así a desmarcarse de Kim Campbell en un intento de no perder sus propias curules en la Cámara de los Comunes. De hecho, resultaba obvio que, después de este anuncio, la popularidad *tory* se iría en picada de manera irremediable. En un intento por no agravar más la situación, la primera ministra afirmó que ella no había visto el comercial antes de su emisión nacional, situación que en cualquier sentido resultaba lamentable para los electores, ya que enviaba el mensaje de que ella pretendía gobernar todo un país cuando ni siquiera era capaz de controlar los excesos de sus colaboradores más cercanos.

⁸ Véase el anuncio en *YouTube*, 2011.

Quizá el gran problema del anuncio contra Chrétien fue que, más allá de haber sido difundido a tan sólo diez días de la elección, mientras en Canadá había existido una política de inclusión nacional de personas con capacidades diferentes, esta campaña conservadora hacía burla de un defecto físico de un oponente político, lo cual era una ofensa a toda la sociedad en su conjunto, pues todos aquellos con algún problema físico o mental —o sus familiares y amigos— podrían sentirse aludidos por las muestras de intolerancia, falta de respeto e inequidad hacia personas diferentes. Más grave aún si se considera que Canadá había logrado difundir con mucho éxito a nivel mundial una imagen de nación incluyente, justa y tolerante.

Así, cuando el escándalo por el *spot* en contra de Chrétien todavía era tema nacional, se difundió ante la opinión pública el reporte de que en una cárcel de Somalia se había cometido el asesinato de un joven somalí de dieciséis años, quien había intentado ingresar al campamento de las fuerzas canadienses destacadas en misión humanitaria por la ONU. Lo más grave era que este hecho se había suscitado durante la gestión de Kim Campbell como ministra de Defensa (Appel Molot y Von Riekhoff, 1994: 292-293), y que el informe fue demorado de manera intencional por el gobierno en un intento por no afectar la imagen pública de la primera ministra. Sin embargo, el comunicado finalmente se filtró durante la campaña electoral, y la respuesta de Kim Campbell resultó lapidaria para su propia causa cuando afirmó que los acontecimientos eran sólo “locuras de juventud”, refiriéndose a los soldados canadienses involucrados.⁹ Esto fue un hecho calamitoso para toda la causa conservadora.

Finalmente, el día de las elecciones llegó y como resultado de esta serie de desatinos, la derrota fue total y absoluta para el Partido Conservador Progresista y su lideresa Kim Campbell, pues sólo alcanzaron a ganar dos asientos en la Cámara de los Comunes, cifra que significó el inicio de un prolongado liderazgo liberal y la recomposición de todo el bloque conservador, el cual se encontraba, a esas alturas, totalmente fragmentado y dividido.

Los resultados para ocupar las curules de la XXXV Legislatura quedaron de la siguiente forma:

Partido Liberal	177
Bloque Quebequense	54
Partido Reformista	52
Partido Neodemócrata	9
Partido Conservador Progresista	2
Independiente	1

Fuente: Heard, s.f.a.

⁹ Para mayor información escrita y gráfica del asunto véase *The Free Online Dictionary and Encyclopedia*, s.f.

Lo más significativo de este proceso electoral es que muestra cómo en un lapso de tres semanas, una campaña puede descomponerse totalmente a raíz de una serie de graves errores de estrategia de todo tipo. En este sentido, Campbell no sólo perdió su curul en disputa en el centro de Vancouver, sino la credibilidad que de manera súbita había ganado.

Después de darse a conocer los resultados electorales del 25 de octubre de 1993, Kim Campbell solamente atinó a decir frente a la prensa: “Qué bueno que no decidí vender mi auto” (CBC, 2004d), en clara alusión al estrepitoso fracaso de su corta gestión y campaña. Si bien la derrota fue total para su partido, debe señalarse que cuantitativamente el resultado no había sido tan malo, ya que el total de votos obtenidos en todo el país por el Partido Conservador Progresista (2 446 705) superaba a los del Bloque Quebequense (1 846 024) y no era tan distante de los votos obtenidos por el Partido Reformista (2 559 245) (CBC, 1993c). Pero la diferencia radicaba en que los votos del Bloque Quebequense se habían concentrado en Quebec, y los del Partido Reformista en Alberta y Columbia Británica, condición que les dio la oportunidad de acumular respectivamente cincuenta y cuatro, y cincuenta y dos asientos en el Parlamento.¹⁰ Es decir, al repartirse los votos del Partido Conservador Progresista a lo largo y ancho de todo el país (un 16 por ciento), no se concentraron en ninguna provincia en particular; por ende, no importaba sumar el total de votos nacionales si al final los *tories* sólo habían concentrado el voto suficiente en dos distritos electorales de los doscientos noventa y cinco en disputa.

Por consiguiente, una vez oficializados los resultados, al interior del Partido Conservador Progresista se ejerció fuerte presión para que Kim Campbell renunciara al liderazgo (The Right Honourable Kim Campbell, s.f.), antes del inicio de la primera sesión del Parlamento, programada para el mes de enero de 1994. Por este motivo, Campbell renunció al cargo de lideresa de su partido el 13 de diciembre de 1993, tan sólo seis meses después de haber tomado posesión como primera ministra (CBC, s.f.e).

Al marcharse, Kim Campbell responsabilizó a los medios de comunicación por su poca fortuna política, e incluso señaló que existían en Canadá “nuevos políticos con viejos esquemas mediáticos [...] Cuando no eres un político tradicional, [los medios] no saben qué hacer contigo” (Gidengil y Everitt, 2002: 223). Sin embargo, más allá de su molestia final con los medios de comunicación, sus propios desatinos durante la campaña fueron los elementos mediáticos más atractivos para explotarse.

¹⁰ Véase porcentajes de votos y demás asuntos relativos a la elección de octubre de 1993 en Parliament of Canada, 2013.

EL LIDERAZGO DE JEAN CHAREST Y SU RATIFICACIÓN
AL FRENTE DEL PARTIDO CONSERVADOR PROGRESISTA (1993-1998)

Antes de que fuera oficial la salida de Campbell del Partido Conservador Progresista, al interior de dicha agrupación se alzaron voces que demandaban una reestructuración profunda, pues lo peor no era sólo la derrota en las elecciones más recientes, sino también la salida de importantes miembros del partido para sumarse al Partido Reformista, cuya presencia en el oeste había dejado a los *tories* solamente con dos diputados, frente a cincuenta y dos de los reformistas también de extracción conservadora.

Por esta razón, y ante la nula intención de Joe Clark por regresar a encabezar a su partido, la figura de Jean Charest cobró especial relevancia, ya que durante la campaña interna previa, había mostrado liderazgo y disciplina partidista, cualidades que le hicieron ganar el apoyo de amplios grupos *tories* que lo veían como el indicado para llevar a cabo la reconstrucción del partido. Esta percepción se reforzaba por el hecho de que, durante la campaña interna previa, Charest logró dar batalla estando incluso cerca de superar a su rival Kim Campbell, quien en su momento contó con la venia y el apoyo de los jerarcas del partido.

El buen nivel de consolidación de Charest al frente de su distrito electoral en Sherbrooke, Quebec, le valió ser uno de los dos únicos *tories* en ser electos en las elecciones de octubre de 1993, situación que lo dejó muy bien posicionado al interior de su propia agrupación. Además, por ser originario de la provincia de Quebec, Jean Charest fue una figura política muy conocida entre la sociedad quebequense, sobre todo porque desde su juventud había sobresalido por ser un político muy comprometido con su comunidad y cercano a la gente que representaba. Estas características hicieron que, de manera gradual, su carrera política fuera siendo conocida desde 1984, año de su primera elección como diputado.

Esta personalidad relajada, jovial y cercana a las causas populares ayudó a que Jean Charest fuera nombrado ministro de Asuntos para la Juventud, y posteriormente ministro del Deporte Amateur durante la administración de Brian Mulroney. Posteriormente, a la salida del primer ministro y después de su derrota en las elecciones internas *tories*, Kim Campbell, su antigua rival, decidió invitarlo a colaborar durante su corto gobierno como ministro de Industria, Ciencia y Tecnología.

Cabe señalar que la mayor virtud de Jean Charest fue no desprenderse jamás de sus orígenes quebequenses, pues al conservar diversos elementos originales de la cultura de la provincia, Charest se convirtió en una de las voces más respetadas al interior del Partido Conservador Progresista en temas relacionados con Quebec. Así, en buena medida, gracias a que nunca terminó desligándose de su propia jurisdicción electoral, Charest no sólo logró sobrevivir políticamente a la debacle

electoral de 1993 al conservar su curul, sino que, al mismo tiempo, su bien lograda imagen lo llevó a ser propuesto y designado como líder interino de su partido, al menos hasta las siguientes elecciones internas programadas para celebrarse en abril de 1994.

Durante los dieciséis meses de liderazgo interino al frente del Partido Conservador Progresista, Jean Charest concentró sus esfuerzos en hacer que la presencia *tory* fuera más visible, a pesar de tener únicamente dos representantes en la Cámara de los Comunes. De este modo, el crecimiento del sentimiento nacionalista en Quebec, representado por el ascenso del Bloque Quebequense al gobierno provincial, fue un hecho que terminó acaparando poco a poco la atención nacional, debido sobre todo a que el nuevo primer ministro provincial de Quebec, electo en septiembre de 1994, Jacques Parizeau, era un conocido soberanista que había prometido durante su campaña convocar a un nuevo referéndum en un lapso de un año a partir de su ascenso al poder.¹¹

Este nuevo referéndum ponía en jaque a la vieja clase política canadiense (liberal o conservadora), ya que el fracaso de los acuerdos de Lago Meech (1990) y de Charlottetown (1992), había alimentado el rencor de ciertos sectores quebequenses hacia el gobierno federal, razón por la cual el tema de una eventual separación de Canadá comenzó a ser muy redituable políticamente entre muchos habitantes de origen francófono en toda la provincia.

En tal sentido, una vez que el primer ministro provincial Parizeau programó dicho referéndum para el día 30 de octubre de 1995, Jean Charest vio la oportunidad idónea para posicionar a su partido en el debate político nacional, hecho que en sí mismo resulta sobresaliente si se considera que en la XXXV Legislatura los *tories* contaban con sólo dos representantes en la Cámara Baja. Sin embargo, la trayectoria histórica del Partido Conservador Progresista hacía necesaria su intervención bajo formas y estilos más conciliadores que los asumidos por los conservadores del oeste, encabezados por Preston Manning, quienes mantenían un discurso de confrontación hacia Quebec y sus demandas de reconocimiento como sociedad distinta.

De esta forma, el referéndum de Quebec y el nacionalismo quebequense fueron elementos que permitieron observar con mayor precisión las diferencias entre ambos grupos de conservadores canadienses. Es decir, mientras que el Partido Reformista asumía una postura radical de extrema derecha típica del oeste canadiense, el Partido Conservador Progresista, bajo el liderato de Charest, abrazaba una posición ideológica más moderada y conciliadora, más típica de las provincias centrales y del este de Canadá.

¹¹ Véase breve semblanza y entrevista en CBC, 1995.

Todo lo anterior logró ser capitalizado por Jean Charest, cuyo objetivo central fue precisamente sumar esfuerzos al lado del gobierno liberal en un intento por evitar una posible separación de la provincia de Quebec. Resultaba claro que uno de los pocos expertos conservadores sobre el asunto quebequense, y al mismo tiempo, uno de los contados interlocutores con credibilidad entre los electores de la provincia, era el propio Charest. Todas estas características hicieron del líder *tory* uno de los personajes más visibles durante toda la campaña del referéndum, situación por la que fue nombrado (en junio de 1995) vicepresidente del comité provincial por el “no” (About.com Canada Online, 2011). Este grupo era el encargado de formular y difundir los riesgos y contradicciones de una eventual separación de la provincia.

Al final, una vez transcurridos los treinta días de campaña para el referéndum, el resultado del 30 de octubre culminó con una victoria por escaso margen a favor del “no” a la separación de Quebec. De una u otra forma, si bien el gobierno liberal fue el gran vencedor del referéndum, el propio Jean Charest se erigió en otro gran vencedor de la contienda, ya que una vez concluido el proceso su figura no sólo se reforzó aún más al interior de su partido, sino que también ganó el reconocimiento del Partido Liberal y del primer ministro Jean Chrétien, quienes observaron en Charest a un líder comprometido con su provincia y, al mismo tiempo, con la federación, todo lo cual fue forjando el futuro político de Charest a mediano plazo como protagonista del Partido Liberal, pues poco a poco fueron poniéndose en evidencia sus diferencias con los nuevos líderes conservadores en ascenso.¹²

Sin embargo, en el corto plazo, el triunfo político de Jean Charest como producto del “no” en Quebec logró colocarlo como la figura *tory* con mayores posibilidades de convertirse en líder sustituto, y así completar el malogrado periodo de Kim Campbell como lideresa del partido. Con tales precedentes, la convención extraordinaria del Partido Conservador Progresista celebrada en Hull, Quebec, a finales de abril de 1995, determinó ratificar a Jean Charest como líder *tory*, tras alcanzar un contundente 96.04 por ciento de los sufragios entre los delegados elegibles (Our Campaigns, 2013).

Una vez ratificado Charest, su liderazgo se concentró en intentar posicionar a su partido aguardando el siguiente proceso electoral federal, que debería llevarse a cabo hasta finales de 1998. Esta espera obedecía a que el gobierno liberal se encontraba gozando de la mayoría parlamentaria, condición que no le obligaba a

¹² Como se señalará más adelante, estos conflictos con otras figuras dentro del Partido Conservador Progresista obligaron a Charest a abandonar las filas *tories* en 1998, y se incorporó de inmediato como líder del Partido Liberal de Quebec, agrupación que lo impulsaría para alcanzar el cargo de primer ministro provincial en las elecciones provinciales de 1993. Es importante señalar que Charest logró reelecciones consecutivas en 2007 y 2008; posteriormente, dejó el cargo de primer ministro provincial hasta 2012, después de ser derrotado en las elecciones provinciales por la candidata del Partido Quebequense, 0.

adelantar elecciones federales. De este modo, Jean Charest, con prácticamente tres años de anticipación, emprendió una estrategia con varios frentes políticos por cubrir, pero con la desventaja de que su partido solamente contaba con dos diputados en la Cámara de los Comunes, incluido él mismo, desde luego. Los frentes políticos que Charest debía cubrir eran varios; por un lado el gobierno de mayoría liberal se encontraba prácticamente con el camino libre para implementar todos sus programas y políticas, situación que mediáticamente resultaba favorable para sus objetivos propagandísticos de buen gobierno; por ello, Charest se mostró con un bajo perfil en sus confrontaciones con los parlamentarios liberales, ya que era consciente de que su verdadero reto era ganar la confianza de los electores del oeste canadiense. Así, Jean Charest decidió confrontar las ideas tradicionales *tories* con las nuevas propuestas conservadoras del Partido Reformista en el oeste canadiense, cuyos votos no habían sido suficientes para otorgar un solo asiento a su partido en la Cámara Baja en las elecciones federales prevías. Por eso, Jean Charest decidió confrontar las ideas tradicionales *tories* con las nuevas propuestas conservadoras del Partido Reformista en el oeste, no obstante los conservadores de esta región lo percibieran como un político más liberal que conservador. El líder *tory* decidió impulsar la presencia de su partido en el este del país, gracias a que su figura había causado buena impresión entre las provincias anglófonas de la costa del Atlántico durante el proceso del referéndum quebequense. Esto, de manera paradójica, demostró que Jean Charest comenzaba a generar mayores simpatías entre los tradicionales votantes liberales del este de Canadá que entre los propios conservadores duros del otro extremo del país.

Por otra parte, el liderazgo de Charest trató de incrementar la intención de voto hacia su partido en las provincias centrales con mayor densidad demográfica, en este caso Ontario y Quebec. No obstante, dicha estrategia se preveía muy complicada, ya que el Bloque Quebequense continuaba siendo el partido predominante en Quebec, condición que compartía el Partido Liberal en Ontario.

Con todos estos elementos presentes, la gestión de Jean Charest en esta etapa se circunscribió a preparar el terreno electoral siguiente, lo que significó que “invirtiera dos años reconstruyendo al partido, recaudando fondos y creando consensos para la creación de una nueva plataforma con una fuerte dosis conservadora en temas económicos” (Snyder *et al.*, s.f.). Sin embargo, la convocatoria electoral adelantada por el primer ministro liberal Jean Chrétien en 1997, como parte de una estrategia de su gobierno para diezmar a sus opositores conservadores divididos en la Cámara de los Comunes, dio a Charest la oportunidad de fortalecer su imagen como potencial primer ministro. Esta elección adelantada daba la posibilidad a Chrétien de revertir las intenciones liberales de reducir a la derecha canadiense, ya que gracias a su personalidad y prestigio podía obtener buenos resultados electorales

(Flanagan, 2009a: 184), lo cual sería posible gracias a la presencia conservadora en la provincia de Quebec y también al origen francófono del propio Charest.

Por consiguiente, el líder conservador dio inicio a una compleja campaña política que buscaba reposicionar a los *tories* en la Cámara de los Comunes en unas elecciones muy competidas. En este proceso electoral de 1997, los tradicionales rivales del Partido Liberal se habían multiplicado ahora en cuatro distintas agrupaciones partidistas con mayores fuerzas regionales: el Partido Reformista (oeste y Praderas), el Bloque Quebequense (Quebec), el Partido Neodemócrata (Praderas y costa atlántica) y el Partido Conservador Progresista.

Así, las campañas federales dieron inicio el día 26 de abril y de inmediato la estrategia de Jean Charest se concentró en criticar las elevadas tasas de desempleo nacional, de alrededor del 9.5 por ciento (Ortiz de Zárate, 204a). Al mismo tiempo, Charest y el resto de la oposición acotaron lo innecesario que era un llamado adelantado a elecciones ya que, según ellos, tendría como único fin aprovechar coyunturas desfavorables de los oponentes políticos del gobierno liberal.

El momento más significativo de las elecciones de 1997 para Jean Charest fue, sin duda alguna, los debates televisivos llevados cabo los días 12 y 13 de mayo, ya que dio la impresión de ganar en ambos de manera clara, sobre todo gracias a su facilidad de palabra y a su estilo no confrontador y respetuoso de los otros líderes. Incluso, hubo momentos en el debate en inglés cuando el propio Charest tuvo que fungir como moderador frente a las interrupciones y belicosidad de Jean Chrétien y Preston Manning, lo cual catapultó su imagen como persona ecuánime, centrada y que privilegiaba ante todo el diálogo. De hecho, en el debate fue Charest quien marcó la iniciativa respecto a los temas de discusión con los demás líderes.¹³

Este buen desempeño en los debates televisivos dio al equipo de Charest la impresión de que podía generarles buenos dividendos en las elecciones que se acercaban, sobre todo si se toma en consideración el peso tan importante que los electores otorgan al papel de los líderes partidistas en estos eventos mediáticos. Sin embargo, contrario a lo que el propio Jean Charest podría esperar, el resultado electoral del 2 de junio de 1997 no permitió al Partido Conservador Progresista escalar la quinta posición en la Cámara de los Comunes. No obstante, los *tories* lograron incrementar su presencia parlamentaria en la Cámara Baja al pasar de dos a veinte diputados; además, lograron concentrar el 18.8 por ciento del voto nacional.¹⁴ En esas elecciones, el gobierno liberal ratificó su mayoría con ciento cincuenta y cinco curules en la Cámara Baja, mientras que el Partido Reformista se consolidó como la primera minoría con sesenta asientos; por su parte, el Bloque Quebequense y el

¹³ Para un seguimiento de todo el debate, véase CBC, 1997c.

¹⁴ Véanse los porcentajes de votos y demás asuntos relativos a la elección de junio de 1997 en Parliament of Canada, s.f.c.

Partido Neodemócrata acumularon cuarenta y cuatro, y veintiún diputados, respectivamente. La gran lección para Jean Charest durante este proceso electoral fue que se dio cuenta de que, en realidad, a los conservadores del oeste no les importaba nada de lo que hiciera, ya que nunca votarían por él; muestra de ello fue que las provincias de Columbia Británica, Alberta y Saskatchewan no otorgaron un solo asiento al Partido Conservador Progresista, y se repitió así la dosis de las elecciones federales anteriores, de 1993. No obstante, el gran avance *tory* se concentró en las provincias del este al obtener trece asientos, y en menor proporción en Quebec, al ganar cinco curules. Sin embargo, también quedaba demostrado que en lo que corresponde a Ontario, la fuerza liberal era incontestable, al menos en ese momento (ThreeHundredEight.com, 2008b).

Una vez formalizados los resultados electorales de junio de 1997, Jean Charest comenzó a experimentar las contradicciones que representaba su liderazgo al interior del Partido Conservador Progresista, ya que, de continuar como líder, era de esperarse un alejamiento aún mayor de los conservadores del oeste. Quizá lo más grave era que los conservadores de varias provincias occidentales de Canadá habían demostrado claramente que no se encontraban dispuestos a llegar a alianzas con un conservador de origen quebequense quien, además, gozaba de muy buenas relaciones con liberales y neodemócratas dentro y fuera de Quebec.

Al mismo tiempo, la renovada fuerza de grupos nacionalistas en Quebec fue colocando a Jean Charest ante la disyuntiva de concentrar su carrera política al interior de su provincia natal, ya que su figura fue considerada como un contrapeso efectivo en contra de los soberanistas del Bloque Quebequense, que aún prevalecían por toda la provincia. Por ello, Charest decidió renunciar al liderazgo del Partido Conservador Progresista, en abril de 1998, para incorporarse de inmediato como nuevo líder del Partido Liberal Quebequense. Esta maniobra intentaba fortalecer la posición de la federación en contra de los nacionalistas quebequenses en las elecciones provinciales que habrían de celebrarse en octubre del mismo año.

En tales circunstancias, Charest puso fin a su carrera como conservador, pues se incorporó de lleno a la política local de su provincia natal como líder liberal protagónico. Cabe señalar que el Partido Liberal Quebequense es una agrupación local que cuenta con el apoyo federal de políticos y simpatizantes liberales, conservadores y neodemócratas; tiene también, entre sus bases de apoyo, a quebequenses de origen anglosajón y a francófonos federalistas.

Así, una vez terminados los periodos de Kim Campbell y Jean Charest cobran especial importancia los manuscritos de Brian Mulroney en junio de 1993, en los que revela premonitoriamente que ambos líderes eran dos políticos extraordinarios que podrían ser excelentes primeros ministros, pero que no siempre un político con personalidad ganadora puede ganar también unas elecciones generales (Mulroney, 2007: 1006).

EL REGRESO DE JOE CLARK (1998-2003)

La salida de Jean Charest significó un duro golpe para el Partido Conservador Progresista, pues si bien su liderazgo no fue suficiente para llegar a acuerdos con los conservadores del oeste, sí lo fue para reposicionar a los *tories* en la Cámara de los Comunes, pues incrementó su presencia. Por ello, es posible señalar que la gestión de Charest estuvo marcada por la división de los conservadores en Canadá que, si bien se gestó desde antes de su liderazgo, es preciso reconocer que tal escisión se profundizó durante su periodo debido, sobre todo, a su estilo más liberal. Esto fue lamentable para el bando conservador, pues el porcentaje de votos para ambos partidos a nivel nacional (un 38.2 por ciento) era muy cercano al obtenido por el Partido Liberal (el 38.5) en la votación federal de 1997 (Parliament of Canada, 2011).

De este modo, una vez oficializada la salida de Charest, el Partido Conservador Progresista encontró una nueva oportunidad para reformularse hacia el interior de sus propias estructuras partidistas e ideológicas, dando paso así a un proceso electoral interno que daría la ocasión para que resurgieran viejos liderazgos.

La encargada para dirigir este nuevo proceso partidista de manera interina fue Elsie Wayne, única candidata —junto con Jean Charest— que ganó una curul en la Cámara de los Comunes durante las fatídicas elecciones federales de 1993. Una vez confirmada su reelección en el proceso electoral de 1997 por el distrito electoral de Saint John en la provincia de Nueva Brunswick, Elsie Wayne fue considerada como la figura política que mayor credibilidad e imparcialidad podría tener para dirigir el proceso interno del Partido Conservador Progresista. Así, como quinta fuerza política en la Cámara Baja canadiense, se concentró en preparar su campaña interna, mientras sus pares conservadores del Partido Reformista se presentaban como la primera oposición en el Parlamento. Esta situación alejó a los *tories* de la escena pública como partido opositor, pues su propio proceso interno concentró la mayor de las atenciones de sus principales protagonistas.

Es necesario establecer que tras la salida de Charest, no se lograban identificar liderazgos sobresalientes entre los *tories*, condición que facilitó el retorno de Joe Clark como figura de su partido, ya que su larga trayectoria política hacía de él la opción más viable para empujar los intereses del Partido Conservador Progresista en el Parlamento (CBC, 1998), además el hecho de ser un conocido conservador del oeste hacía suponer una mejor comunicación con los políticos conservadores del Partido Reformista asentados en Alberta, Columbia Británica y Saskatchewan.

Sin embargo, a pesar de la influencia y la figura de Joe Clark, un grupo de prominentes *tories* hicieron pública su intención de competir en el proceso interno para encabezar al partido. Así, se sumaron a la lista de aspirantes conservadores personajes como Hugh Seagal, quien fuera un conservador moderado del oeste; Brian

Pallister, político más conservador, que buscaba una alianza con las fuerzas de la derecha canadiense, con el fin de alcanzar un frente común en contra de los liberales en el poder; Michael Fortier, conservador moderado, con vínculos entre los grupos conservadores del oeste; y por último, destacaba David Orchard, conservador nacionalista contrario al libre comercio con Estados Unidos, y quien se distinguía de los demás por su discurso de mayor contenido social con amplias coincidencias liberales.

De esta forma, las campañas internas estuvieron dirigidas a dar a conocer las plataformas de los contendientes, no obstante que Joe Clark eclipsaba a sus demás contrincantes gracias a sus antecedentes y experiencia. Durante este ejercicio electoral interno, el liderazgo del Partido Conservador Progresista decidió no llamar a una convención nacional para designar a su nuevo líder, pero sí, en cambio, estableció un nuevo sistema de puntaje en donde cada uno de los distintos distritos electorales conservadores con representación en el país significaba cien puntos al candidato que decidiera apoyar: si por ejemplo, el candidato A obtenía cuarenta puntos, el candidato B treinta, el candidato C veinte y el candidato D diez puntos; al final el candidato A se llevaba los cien puntos de su distrito electoral por haber obtenido la mayoría de los cien puntos disputados en su distrito respectivo.¹⁵

De esta forma, el 24 de octubre de 1988, después de la primera concentración de puntos, ningún candidato había logrado obtener la mayoría. El más cercano era Joe Clark, con el 48.5 por ciento de los puntos, seguido de Hugh Seagal, con el 18.9 por ciento. Por esta razón, se convocó a una segunda ronda concentradora de puntos para el día 14 de noviembre y, en ésta, finalmente, Joe Clark alcanzó la mayoría con el 77.4 por ciento de los puntos, después de que todos sus contendientes decidieron retirarse y sumarse a la campaña de Clark, a excepción de David Orchard, quien obtuvo el 22.5 por ciento de los puntos distritales (Parliament of Canada, s.f.c).

Cabe señalar que esta actitud desafiante de Orchard, de no aceptar sumarse a la campaña de Clark, le hizo ganar adeptos, pero también fuertes críticas ya que algunos lo consideraron un candidato externo que pretendía secuestrar al partido desde sus flancos más débiles —y precisamente esos flancos provenían de las fortalezas ideológicas y discursivas de los neodemócratas y reformistas—; además, David Orchard era un candidato muy local, pues sólo en las provincias de Columbia Británica y Saskachetwan había logrado superar a Clark, quien contaba, en cambio, con una mayor presencia y aceptación a nivel nacional (Stewart y Carty, 2002: 56-59).

¹⁵ Esta práctica que llevó a cabo el Partido Conservador Progresista en la elección interna de 1988 es muy similar a la que se desarrolla en el sistema federal estadounidense para su elección presidencial, por lo que no es nueva, pero sí más compleja.

En buena medida, los resultados internos de finales de 1988 significaron que el Partido Conservador Progresista había optado por volver a las viejas fórmulas con un liderazgo que se pensaba superado, al aceptar la tutela de Joe Clark y su estilo, que se pensaba como cosa del pasado dentro de las dinámicas *tories*. Una vez hecho oficial el triunfo de Clark, fue necesario que algún diputado en activo declinara su curul a favor del nuevo líder, práctica común dentro del Parlamento canadiense cuando un nuevo líder es electo, lo cual obedece a que dicho líder requiere forzosamente de una curul para formar parte de la Cámara de los Comunes, condición indispensable para hacer efectivo su liderazgo partidista. El encargado de hacerlo fue Scott Brisson, diputado por el distrito de Kings-Hants en la provincia de Nueva Escocia, quien años después renunciaría al Partido Conservador Progresista para unirse a las filas del Partido Liberal y al gobierno de Paul Martin.

Durante todo 1999, el liderazgo de Joe Clark se concentró en buscar los mecanismos para fortalecer la posición *tory* en el escenario político nacional, toda vez que la mayor parte de la atención mediática opositora era para el conservador Partido Reformista y su líder Preston Manning. Al respecto, debe señalarse que “el Partido Reformista era un proyecto personal de Manning. A través de toda la breve historia de ese partido, Manning fue el único líder y la única voz oficial autorizada. Él contribuyó al nombre del partido, a la mayor parte de sus principios estatutarios y a muchas de sus políticas” (Flanagan, 2009b: 5).

Esta concentración autócrata en el poder del Partido Reformista alrededor de la figura de Preston Manning resultaba muy nociva para el viejo Partido Conservador Progresista y su patriarca Joe Clark, pues el resentimiento hacia los *tories* y las motivaciones que habían animado a Manning para crear su propio partido fueron elementos que no habían desaparecido con el paso de los años, y sí, por el contrario, se habían agudizado al momento en que la fracción reformista se consolidó como el primer partido opositor al gobierno liberal. Toda esta situación colocó a Preston Manning como un personaje político poco dispuesto a ceder su protagonismo y menos a dejar de marcar las diferencias de su estilo con el del líder *tory* Joe Clark.

Así, el Partido Conservador Progresista se encontró en una espiral descendente muy desfavorable, ya que el discurso de su viejo líder poco aportaba a la política nacional y, por el contrario, parecía indicar que tendría la encomienda de no perder la poca presencia ganada bajo el liderazgo de Jean Charest.

En tales condiciones, Joe Clark se encontró sin los reflectores mediáticos habituales y sin el número necesario de diputados a su alrededor, por lo que su objetivo para relanzar al partido no hallaba sustento. Sumado a esto, el gobierno liberal gozaba de una mayoría que hacía poco beneficiosa una alianza entre los *tories* y los reformistas conservadores al interior de la Cámara de los Comunes. No obstante, de manera progresiva entre amplios sectores de la derecha canadiense de

todo el país, se extendió la percepción de que sólo la unidad haría posible el retorno de los conservadores al poder. Por este motivo, algunos de sus protagonistas impulsaron una serie de reuniones nacionales con objeto de alcanzar una unión de las derechas y así consolidar su lugar como opción política, para, de esta forma, hacer un frente común al cada vez más fuerte Partido Liberal.

Estas reuniones permitieron que, en marzo de 2000, se conformara una nueva agrupación política de derecha, lo que significó la desaparición del Partido Reformista. Esto dio paso al nacimiento de un nuevo organismo político con más integrantes, incluidos algunos *tories*, el cual sería conocido como Alianza Reformista Conservadora Canadiense. Empero, a pesar del optimismo que esta nueva agrupación partidista causó entre buena parte de las élites *tories*, el viejo líder, Joe Clark, decidió mantener al margen a su partido, argumentando que los *tories* eran la opción central entre la derecha religiosa de los reformistas aliancistas y la izquierda de los liberales.¹⁶

La negativa de Clark por incorporar a su partido a la nueva Alianza Conservadora le generó agudas críticas a nivel nacional; sin embargo, éstas no impidieron que Clark lograra ganar, en septiembre de 2000, una elección extraordinaria (*by-election*) por el distrito de Calgary Centro, en Alberta, lo cual le permitió ocupar finalmente un asiento dentro del Parlamento. Así, una vez asumido su cargo como diputado por Alberta, Clark devolvió su asiento a Scott Brisson.

Una vez puesto de manifiesto que el principal obstáculo para alcanzar una alianza conservadora era el propio Joe Clark y aprovechando las diferencias entre ambos grupos, el gobierno liberal decidió nuevamente adelantar elecciones, en otro intento por mermar la presencia conservadora en la Cámara de los Comunes con el fin de desarticular sus propósitos de unión y, con ello, sus aspiraciones para regresar al poder en el corto plazo.

Así, una vez hecha oficial la nueva convocatoria para un proceso electoral federal el 27 de noviembre de 2000, Joe Clark estuvo en posibilidades de contender en sus terceras elecciones federales, después de sus experiencias de 1979 y 1980. Sin embargo, debe reconocerse que las dos distaban mucho de su realidad en el año 2000, ya que la presencia *tory* se encontraba muy disminuida, pues el Conservador Progresista era el quinto partido representado en el Parlamento. Aunado a lo anterior, todas las encuestas disponibles no permitían suponer un aumento *tory* en la Cámara de los Comunes. De esta manera, casas encuestadoras como Ipsos Reid, Compas, Leger y Zogby no daban más del 13 por ciento de intención de voto a los *tories*.¹⁷ Estos números significaban una disminución en la presencia del Partido Conservador Progresista al interior de la Cámara Baja.

¹⁶ Como se verá en su oportunidad, el liderazgo de Preston Manning, dentro y fuera del Partido Reformista, fue calificado regularmente por sus críticos como protagonista y religioso de extrema derecha.

¹⁷ Véanse cuadros de intención de voto en el año 2000 en Heard, s.f.c.

Con tales elementos alrededor, Joe Clark emprendió una campaña para recuperar a sus votantes, concentrando la mayor parte de sus esfuerzos en consolidar la presencia *tory* en la costa este, último bastión del Partido Conservador Progresista. Esto obedecía a que el oeste le pertenecía a la Alianza Conservadora, la provincia de Ontario al Partido Liberal y Quebec al Bloque Quebequense. Por tanto, el proceso electoral de 2000 se convirtió en un penoso ejercicio de desesperada defensa de bastiones *tories*.

El primer ministro liberal fue muy criticado por este llamado adelantado a elecciones, ya que su solicitud fue considerada por diversos medios y especialistas como un ejercicio abusivo, oportunista y sin sentido por parte de un gobierno de mayoría, pues su única intención era simplemente avasallar de una vez por todas a sus debilitados y divididos rivales.¹⁸

En este estado de cosas, la campaña de Clark no logró despuntar en ningún momento y quizá su punto más alto fue el que se experimentó durante los debates televisivos de los días 8 y 9 de noviembre, en los cuales, gracias a su experiencia, el viejo líder conservador sobresalió entre sus contrincantes, en una sesión que se caracterizó por las agudas críticas de los cuatro contendientes en contra del primer ministro liberal. Joe Clark se dio tiempo, incluso, para criticar duramente al líder de la Alianza Conservadora, Stockwell Day, al señalar que la nueva agrupación tenía una agenda oculta para sus electores. Tales señalamientos provocaron nerviosismo y molestia frente a las cámaras al nuevo líder conservador, pues lo hicieron romper el protocolo en más de una ocasión (CBC, 2000).

Sin embargo, el favorable desempeño que mostró Clark durante los debates televisivos no fue suficiente para incrementar la intención de voto hacia su partido, ni tampoco para cambiar las tendencias electorales adversas que se preveían para la causa *tory* durante la jornada del 27 de noviembre. Con estos antecedentes, los resultados electorales del año 2000 arrojaron una nueva derrota para el Partido Conservador Progresista, que logró mantener únicamente doce asientos en la Cámara de los Comunes, por lo que experimentó un retroceso del 40 por ciento respecto de sus posiciones durante la legislatura inmediata previa.¹⁹

Lo anterior significó que el Partido Conservador Progresista volvía a ser la última agrupación política representada en la Cámara Baja canadiense, detrás del Partido Neodemócrata, que había alcanzado trece asientos. Este resultado electoral mostró sin duda alguna que la descomposición y desaparición del partido era ya un proceso irreversible, pues en las tres últimas elecciones federales los *tories* apenas

¹⁸ Esta situación generó varios estudios acerca del impacto de adelantar elecciones sin razón aparente. Véase Blais *et al.*, 2004: 307-323.

¹⁹ Sin embargo, debe señalarse que Joe Clark logró mantener su asiento como representante del distrito electoral del Centro de Calgary en Edmonton, provincia dominada por la Alianza Conservadora.

habían logrado acumular treinta y cuatro curules, condición que los convertía en el partido político con menor representación en la Cámara de los Comunes durante las tres legislaturas previas.

Esta condición adversa generó mayor presión a Joe Clark, pues era evidente que su liderazgo no representaba la solución a la crisis del partido, ya que sus frágiles estructuras en el este canadiense no tardarían en colapsarse en elecciones futuras, algo factible ante la falta de innovación y liderazgos alternativos. De tal forma, una vez pasadas las elecciones federales del año 2000, la gestión de Joe Clark se concentró en dar evasivas y resistirse ante una posible reformulación de un nuevo partido conservador.

En este sentido, se llegó a considerar que el principal motivo que impedía una refundación conservadora en Canadá era precisamente la obstinación de Joe Clark, que obedecía a que el líder no se encontraba dispuesto a permitir la desaparición de su partido para fundar otro nuevo al lado de la Alianza Conservadora. El nivel de críticas fue tan fuerte que incluso Clark intentó mostrar la imagen de que él mismo se encontraba de acuerdo con una fusión de la derecha en Canadá, pues afirmaba de manera pública que él era el principal interesado en construir una coalición amplia, centrada en reformas democráticas (véase la entrevista en CBC, 2002d).

Como resultado de ello, en septiembre de 2001, Joe Clark dio su anuencia para que diputados *tories* y exaliancistas independientes, molestos con el estilo de su líder, se unieran en grupos de trabajo parlamentario para explorar las posibilidades reales de una reformulación conservadora. Es importante señalar que, justo en esos momentos, la Alianza Conservadora se encontraba en medio de pugnas internas entre su líder Stockwell Day y el antiguo líder reformista Preston Manning, situación que Joe Clark trató de capitalizar en favor de su propio partido (Flanagan, 2009b: 207). De hecho, ésa pudo ser la razón para que Clark aceptara acercarse a diputados aliancistas disidentes.

Sin embargo, en marzo de 2002, una vez anunciada la salida de Stockwell Day de la cúpula de la Alianza Conservadora, y ya consolidado su reemplazo por Stephen Harper, los diputados aliancistas disidentes acordaron regresar a su partido y abandonar las mesas de trabajo y coordinación con el Partido Conservador Progresista. Esta decisión de los disidentes, así como el elevado nivel de cooperación y proyectos alcanzados durante los seis meses que duraron los grupos de trabajo, provocó mayores presiones a Clark, pues se incrementaron las voces que insistían en que el líder *tory* se sentara a negociar un acuerdo definitivo de unión con el nuevo líder aliancista, Stephen Harper. Por esta razón, finalmente, ambos líderes comenzaron a tratar de llegar a un acuerdo de fusión conservadora, negociación que fracasó ante “las quejas de Clark de que Harper sugirió que el Partido Conservador Progresista sería un socio menor en una coalición” (Mapleleafweb, s.f.). Después de esta

revelación, Stephen Harper negó en todo momento su veracidad, situación que provocó el fin de las conversaciones sin acuerdo alguno e incluso mayores diferencias entre ambos liderazgos.

Frente a la inconformidad de su partido por el resultado fallido de las negociaciones con los aliancistas, Joe Clark decidió convocar a una convención nacional en Edmonton, Alberta, a celebrarse en agosto de 2002, con el fin de preguntar a los delegados acerca del futuro del Partido Conservador Progresista y su posible unión con la Alianza Conservadora. El resultado fue una contundente negativa por parte de los delegados presentes, pues la convención estaba dominada por viejos líderes *tories* de todo el país, quienes coincidían en la postura de Clark de no aceptar unirse a la Alianza Conservadora. Esta decisión debe llamar la atención, pues Joe Clark había sugerido que él mismo estaría dispuesto a abandonar el liderazgo para dar paso a nuevos tiempos en el partido. Ante esta revelación, el líder de la Alianza, Harper, sugirió que él mismo podría contender por el liderazgo del Partido Conservador Progresista en contra de Joe Clark (CBC, 2002b). De hecho, esta actitud desafiante de Stephen Harper en contra del viejo líder *tory* pudo haber provocado, entre otras cosas, el cierre de filas de los delegados conservadores en torno a Clark, al sumarse a su negativa para la fusión de las derechas en Canadá. Es posible considerar también que las negativas reiteradas de Joe Clark para sumar esfuerzos al lado de la Alianza obedecieran a que el líder *tory* era consciente de que la debilidad de su partido —frente a la poderosa nueva Alianza Conservadora—, provocaría, tarde o temprano, la absorción total del Partido Conservador Progresista en beneficio de la nueva y mayoritaria agrupación aliancista (Flanagan, 2009a: 67).

No obstante el resultado de la convención de Edmonton en agosto de 2002, Joe Clark anunció su retiro del liderazgo partidista una vez concluido su término en 2003. Al hacer oficial su decisión, Clark afirmó: “Yo supongo que podría haberme aferrado a la oficina, sin beneficiar a nadie. Pero considero que hay tiempos en la vida pública en que debes anteponer los intereses del partido y los intereses de tu país primero y eso es lo que he intentado hacer” (CBC, 2004e).

De este modo, con el anuncio de salida de Joe Clark como líder del Partido Conservador Progresista, finalizó una importante etapa en la vida política *tory*, pero también en la historia política contemporánea canadiense, ya que precisamente él fue uno de los pocos políticos que logró sobrevivir en un primer plano en la vida pública durante cuatro décadas (desde los años setenta, cuando ocupó por vez primera el liderazgo *tory*, durante los años ochenta, primero como primer ministro y después como ministro del Exterior; durante los años noventa, como ministro del Exterior y como ministro de Asuntos Constitucionales hasta 1993; y finalmente como líder *tory*, de 1998 a 2003).

PETER MACKAY, EL ÚLTIMO LÍDER
DEL PARTIDO CONSERVADOR PROGRESISTA (2003)

Cuando Joe Clark hizo patente su intención de retirarse del cargo como líder *tory*, hubo muchos candidatos que manifestaron su interés por encabezar al partido; entre estas figuras despuntaron Peter MacKay y David Orchard. El primero era diputado del Parlamento desde 1997 por el distrito de Pictou-Antigonish-Guysborough en la provincia de Nueva Escocia; el segundo era una figura dentro de la estructura *tory* y se había ganado el reconocimiento de sectores más progresistas del partido desde el proceso interno anterior, sobre todo por su postura contraria al libre comercio y su malestar ante una posible fusión con la Alianza Conservadora. Figuraban en la contienda también Jim Prentice, político originario de Ontario con poca experiencia en asuntos nacionales; Scott Brisson, joven político con una carrera muy activa y originario de la provincia de Nueva Escocia; y Craig Chandler, conservador de extrema derecha y ferviente líder religioso de su entorno.

La cita para elegir al nuevo liderazgo *tory* quedó establecida para desarrollarse en mayo de 2003 en la ciudad de Toronto, Ontario. A diferencia del proceso interno previo, la elección se haría de nueva cuenta bajo el esquema de votos directos de los delegados, haciendo a un lado el complejo sistema de cien puntos, de toma todo o pierde todo por distrito.

Así, las dos campañas que mayor atención atrajeron fueron las de MacKay y Orchard. La diferencia entre ambos consistía en que el segundo, por medio de un discurso preciso y centrado, insistía en la necesidad de renegociar el libre comercio con Estados Unidos y rechazar cualquier intento de fusión conservadora; entre sus seguidores, Orchard era considerado como un *tory* más cercano al Partido Liberal que propiamente a la Alianza Conservadora. Por su parte, MacKay era un político de bajo perfil en cuanto a sus aseveraciones y sus posicionamientos políticos, situación que permitía pensar que no se encontraba del todo en desacuerdo con una fusión de las derechas. Esta actitud más permisiva y moderada le valió para ser el candidato con mayor intención de voto entre los delegados *tories*.

El día de la elección llegó, y con él el rumbo que habría de seguir el Partido Conservador Progresista en el futuro. En una primera ronda, Peter MacKay obtuvo el 41.08 por ciento de los votos, cifra insuficiente para lograr el liderazgo por mayoría; su rival más cercano fue David Orchard, quien obtuvo el 24.3 por ciento; el tercer sitio fue para Jim Prentice, con el 18.18 por ciento; mientras que Scott Brisson concentró el 16.39 por ciento.²⁰ Y, por su parte, Craig Chandler decidió retirar su candidatura justo antes de la votación y sumar su causa a la de Jim Prentice.

²⁰ Porcentajes y cifras obtenidos de Parliament of Canada, s.f.c.

En la segunda ronda, ninguno de los cuatro contendientes decidió retirarse, de modo que los lugares y porcentajes variaron muy poco. Este resultado colocó a Scott Brisson en el cuarto lugar, e imposibilitado para continuar en la carrera, pidió a sus seguidores sumarse a la causa de Jim Prentice en la ronda siguiente.

Como resultado de esta estrategia, en la tercera ronda, Prentice quedó en segundo lugar con el 30.37 por ciento, detrás de MacKay que logró el 45.01 por ciento. En ese momento, David Orchard, con el tercer sitio y un 24.62 por ciento, se convirtió en el elemento decisivo para el resultado final de la cuarta ronda, pues sus delegados ayudarían a alcanzar el ansiado 50 por ciento más uno que requerían los dos candidatos sobrevivientes.

Fue así que Peter MacKay aceptó las condiciones de Orchard para sumarse a su candidatura, y con ello a la gran mayoría de sus delegados. Para lograrlo, MacKay prometió a David Orchard no negociar con la Alianza Conservadora una fusión de la derecha, y además estableció como punto central nacional de la estrategia *tory* la renegociación del libre comercio con Estados Unidos (*The Canadian Encyclopedia*, 2011). Gracias a este acuerdo, MacKay logró alcanzar el 64.79 por ciento, contra un 35.21 por ciento de Jim Prentice.

Posteriormente, una vez consolidado el liderazgo *tory*, Peter MacKay fue experimentando una serie de presiones internas y externas para sentarse a negociar una fusión con el líder de la Alianza Conservadora, Stephen Harper, por lo que se dieron varias reuniones entre ambos líderes, la primera de las cuales se concretó en el mes de junio en Calgary, Alberta, a petición de Harper. Una vez finalizada, el propio Harper señaló —refiriéndose a los *tories*—, que:

Ellos no comparten la visión de David Orchard para el partido, un P. C. [Partido Conservador Progresista] que exista para pelear contra la Alianza Conservadora. Ellos [los *tories*] no lo quieren, ni necesitan una oposición de la oposición. Ellos quieren que nuestros partidos se preparen, no para luchar el uno contra el otro, sino para luchar en contra del Partido Liberal [...] No puede permitirse a David Orchard mantener un veto a las oportunidades de los canadienses para la próxima elección federal (Flanagan, 2009a: 98).

Ya revelado el contenido de la reunión de Calgary, Peter MacKay señaló que él se encontraba abierto a la posibilidad de llevar a cabo negociaciones para la unidad. Esta situación generó profundo malestar en David Orchard, pues éste afirmaría: “Esta criatura autodenominada Partido Conservador, de seguir adelante, será una creación ilegítima concebida en el engaño y en la traición” (CBC, 2003). No obstante, trascendió que las negociaciones entre ambos líderes conservadores se llevarían a cabo y que deberían concluirse antes de la primera semana de septiembre, un poco antes de que se celebrara el día del trabajo en Canadá (el primer lunes de septiembre).

De esta forma, los grandes asuntos que debían resolverse eran, primero: cómo excluir de las negociaciones, sin rompimiento de por medio, temas tan delicados como reformas políticas, reformas al Senado y democracia directa; en estas circunstancias, de manera paradójica y por extraño que resulte, el acuerdo alcanzado fue no llegar a acuerdo alguno, es decir, no tocar esos temas tan delicados en la nueva plataforma conservadora común y así, facilitar su nacimiento. En segundo lugar, los dos temas centrales de las discusiones fueron cómo decidir las candidaturas a la Cámara de los Comunes y en qué proporción manejar las candidaturas provenientes del Partido Conservador Progresista y de la Alianza Conservadora, a fin de alcanzar un equilibrio entre ambos bandos. Por último, la forma de elegir al nuevo líder causó grandes diferencias entre ambos grupos, pues mientras la Alianza Conservadora defendía la propuesta del voto directo por delegados, los *tories* buscaban que se privilegiara el sistema de cien puntos por distrito electoral, ya que tenían claro que su número de delegados era menor que el de los aliancistas a nivel nacional. Aunado a lo anterior, resultaba evidente que los seguidores de David Orchard se negarían a participar en el proceso al considerarse traicionados por Peter MacKay, hecho que dejaría a los *tories* en una desventaja aún mayor frente a los aliancistas (para mayor información sobre los puntos de negociación, véase Flanagan, 2009a: 99-102).

Una vez resuelto que el asunto de las candidaturas se haría de manera equitativa y que la elección interna se llevaría a cabo mediante ambos ejercicios electorales, es decir, mediante voto directo, pero también a través del sistema de puntaje, Peter MacKay anunció, el 16 de octubre de 2003, que la fusión entre el Partido Conservador Progresista y la Alianza Conservadora se llevaría a efecto una vez que el acuerdo fuera ratificado por sendas asambleas partidistas que se realizarían el día 8 de diciembre del mismo año (Harrison, 2011). Después, ya formalizado el acuerdo de fusión por ambas asambleas conservadoras, los dos partidos crearon un nuevo partido unificado, llamado Partido Conservador de Canadá. Como resultado de esta fusión, numerosos personajes *tories* identificados como conservadores moderados, decidieron abandonar las filas de su partido.

Al frente de estas figuras destacaba Joe Clark, quien señaló ante periodistas —el mismo día de la ratificación del nuevo partido— que él no consideraba a este Partido Conservador como su partido; afirmaba que esto era algo nuevo y desconocido para él e incluso reveló que se encontraría más dispuesto a votar por el líder de los liberales (Paul Martin) que por el nuevo líder conservador Stephen Harper (Flanagan, 2009a: 103). Este comentario reafirma de nueva cuenta nuestra idea de que las viejas élites *tories* y los liberales llegaron a tener más cosas en común en el pasado de las que solían aceptar.

El *tory* David Orchard adoptó una posición similar de rechazo, ya que al revocársele su membresía como conservador al año siguiente (2004) —pues se perfilaba

como un personaje muy incómodo y contradictorio del nuevo Partido Conservador y sus liderazgos—, decidió sumarse a las filas del Partido Liberal en 2006.²¹

De esta forma, por decreto y decisión del último líder *tory* Peter MacKay, en medio de promesas incumplidas y acuerdos violentados con David Orchard, el Partido Conservador Progresista dejó de existir a través un acuerdo unipersonal. Así culminó un proceso de autodestrucción que se aceleró a partir del extenso periodo de gobierno de Brian Mulroney en los noventa. Sin embargo, de manera paradójica, su destrucción como ente político permitió a los conservadores de todo el país soñar con recuperar la primera magistratura en el mediano plazo, justo cuando el Partido Liberal lucía como una poderosa maquinaria electoral que dominaba y avasallaba el escenario político canadiense.

Al respecto, no debe pasarse por alto que el nacimiento del Partido Conservador significó el rompimiento definitivo con diversas fracciones del Conservador Progresista, las cuales hubieran preferido incluso sumarse al Partido Liberal antes que acceder formar parte del nuevo Partido Conservador, agrupación cuyos antecedentes dogmáticos, plagados de intolerancia, exclusión y dogmatismo religioso la convertían en un ente político de acciones con pronóstico reservado dentro del escenario político canadiense en el corto y mediano plazos.

LOS LIDERAZGOS DEL PARTIDO REFORMISTA Y LA ALIANZA CONSERVADORA (1987-2003)

Como se ha señalado, el Partido Reformista fue consolidándose como proyecto político en el oeste canadiense, una vez que las divergencias con el Partido Conservador Progresista del primer ministro en funciones Brian Mulroney fueron incrementándose por la limitada capacidad para responder de manera oportuna a las demandas de los conservadores de las ricas provincias del oeste.

Este malestar fue creciendo a medida que el gobierno *tory* iba privilegiando en su trato a la provincia de Quebec, en un intento por no debilitar más el carácter federal del país, debido a las ínfulas separatistas de grupos nacionalistas quebecuenses. De manera paralela, la insistencia de Mulroney por reforzar la presencia de su partido en la provincia de Ontario fue otro elemento que coadyuvó a incrementar el disgusto de los conservadores del oeste, quienes se percibían como un grupo excluido en la dinámica de toma de decisiones de las élites conservadoras asentadas en Ottawa.

²¹ Para una revisión de una carta redactada por el propio David Orchard, en donde manifiesta por qué ya no votará como conservador, véase Orchard, 2003.

Tal situación derivó en una molestia generalizada entre los conservadores de las provincias orientales, quienes decidieron, en 1987, conformar su propia agrupación partidista conocida como Partido Reformista de Canadá, en un intento por aglutinar y defender los intereses conservadores de las provincias de Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan y Manitoba, lo cual supuso un golpe contundente al Partido Conservador Progresista, cuyas bases de apoyo se limitaron, a partir de ese momento, a las provincias con menor densidad demográfica del este de Canadá, como son Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Terranova y Labrador.

Por ende, una vez logrado su primer asiento en la Cámara de los Comunes por medio de una elección especial en Edmonton, Alberta, en 1989, el Partido Reformista fue consolidando su coto de poder en el oeste de Canadá, dejando en claro que esa extensa porción del territorio del país le pertenecía electoralmente. Fue tal su poder en dicha región, que incluso hizo muy difícil su disputa al propio Partido Liberal en los procesos electorales federales de 1993 y 1997.

Si bien en las elecciones de 1993 el Partido Reformista quedó en tercer sitio (detrás del Bloque Quebequense) por dos asientos, después de las elecciones de 1997, logró finalmente colocarse como el primer partido de oposición, lugar que no perdería hasta su transformación en un nuevo partido: la Alianza Conservadora. Sin embargo, fue claro que este fortalecimiento del Partido Reformista se circunscribiría únicamente al oeste del país, debido sobre todo al carácter profundamente conservador de su líder, Preston Manning, quien, una vez analizado el futuro político de su partido y las limitadas posibilidades que representaba para su causa la continuidad de su liderazgo, decidió hacerse a un lado, permitiendo así el ascenso al escenario político de nuevas y jóvenes figuras conservadoras, que harían posible en el año 2000 la construcción de una nueva agrupación partidista: la Alianza Conservadora, en donde los liderazgos de Stockwell Day y posteriormente de Stephen Harper encontrarían los mecanismos para alcanzar la unidad de las derechas en todo el país, gracias a lo cual los conservadores retornarían al poder absoluto en Canadá pocos años después.

EL PARTIDO REFORMISTA Y EL LIDERAZGO UNIPERSONAL DE PRESTON MANNING (1987-2000)

Es necesario señalar que fueron muchos los factores que desembocaron en la fragmentación y escisión de las élites del oeste canadiense al interior del Partido Conservador Progresista, y que culminaron con el nacimiento de una nueva agrupación política como lo es el Partido Reformista. En este sentido, tal y como ya se señaló, entre las causas más identificables sobresale la negativa del gobierno de Brian

Mulroney a derogar el PEN puesto en marcha por sus antecesores liberales en 1980, el cual colocaba en una situación de desventaja a las provincias ricas en recursos energéticos de Alberta, Saskatchewan y Columbia Británica, cuyas élites consideraban la intervención del gobierno federal como algo que perjudicaba sus intereses y la libertad económica. Era evidente que esta intervención en la explotación de petróleo y gas natural, así como de nuevas fuentes de energía, significaba una reducción en las ganancias para los empresarios del ramo energético y, al mismo tiempo, un incremento en las contribuciones federales de dichas provincias las colocaba en una situación de proveedores de recursos para el resto del país. Por lo tanto, la negativa del gobierno *tory* de Brian Mulroney a derogar este plan energético en el corto plazo derivó en profundas molestias de los conservadores, porque consideraban que el Partido Conservador Progresista actuaba de manera similar al Partido Liberal, pues los intereses y el bienestar de las provincias del oeste quedaban colocados en segundo plano.

Este malestar del oeste se vio reforzado cuando se dio a conocer en 1986, que Brian Mulroney había decidido otorgar un contrato de mantenimiento de cazabombarderos F-18 a la compañía quebequense Bombardier, ubicada en Montreal, en lugar de otorgarlo a Bristol Aerospace, situada en la provincia de Manitoba, que incluso ofrecía mejores condiciones económicas y precios más bajos. Tal resolución estimuló la percepción de que el gobierno federal *tory* discriminaba reiteradamente a las provincias occidentales del país (Mulroney, 2007: 481-482). Por consiguiente, la insistencia del primer ministro Mulroney en defender el carácter bilingüe en Manitoba, en favor de las minorías de habla francesa de la provincia fue un nuevo factor que reforzó la animadversión de los conservadores anglosajones del oeste canadiense hacia el gobierno del Partido Conservador Progresista.

Luego, ya confirmado que el PEN no sería suspendido en el corto plazo, un grupo de conservadores de Alberta vieron en Preston Manning al líder que necesitaban para hacer escuchar su voz y defender sus intereses al interior de la Cámara de los Comunes. Manning era originario de Edmonton, Alberta, hijo del exprimer ministro provincial conservador Ernest Charles Manning, quien al frente del local Partido de Crédito Social gobernó Alberta prácticamente durante las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta.

Finalmente, la conformación del Partido Reformista se dio justo cuando connotados políticos oriundos de la provincia de Alberta formaban parte activa del gabinete del primer ministro Mulroney: Don Mazankowsky, viceprimer ministro en la Cámara de los Comunes;²² Joe Clark, ministro de Relaciones Exteriores; y Harvie

²² Cargo no oficial que se utiliza de forma honoraria por el primer ministro para distinguir y reconocer de manera particular a algún miembro de su bancada en la Cámara Baja, quien funge, de hecho, como su líder simbólico.

Andre, ministro de Asuntos del Consumidor y Corporaciones. Cabe señalar que, de hecho, los granjeros de Alberta recibieron los más generosos apoyos federales durante la gestión del propio Mulroney (Mulroney, 2007: 588); sin embargo, era claro que los conservadores de la provincia tenían muy clara su intención de escindirse del Partido Conservador Progresista para construir su propia institución partidista.

De tal forma, y gracias en buena medida al entorno favorable de viejos conservadores colaboradores de su padre, Preston Manning ganó en corto tiempo adeptos en toda la región —a los que habría que sumar a los nuevos conservadores ofendidos por el supuesto intervencionismo federal en asuntos económicos del oeste—. En términos concretos, Manning fue incrementando sus bases de apoyo hasta el punto de lograr organizar con éxito una primera asamblea de carácter nacional en la ciudad de Vancouver, Columbia Británica, en mayo de 1986, donde señaló que la nueva agrupación en ciernes se vería obligada a defender y promover una “[...] conciencia de programas sociales, además de un fuerte compromiso con los principios de la libre empresa” (Flanagan, 1998: 148).

A partir de ese momento, el mensaje de Preston Manning tomó forma hacia un estilo considerado por especialistas políticos del país como populista, no obstante las fuertes inclinaciones religiosas y ultraconservadoras que dominaban el discurso ideológico del Partido Reformista durante la primera parte de su existencia. En consecuencia, destacaban las arengas de Manning donde insistía en que su partido debería encontrar los mecanismos para atraer hacia su causa a liberales, neodemócratas o *tories*; recurrió a la “analogía del hockey”, mediante la cual buscaba convencer a sus oyentes de que su proyecto era como un equipo de hockey, es decir, que existían tres delanteros en el mismo equipo: a la derecha el libre mercado, en el centro el populismo y a la izquierda la conciencia social (Flanagan, 2009b: 10).

Una vez formalizados los apoyos necesarios para el nacimiento del nuevo partido, Preston Manning convocó a una asamblea, en mayo de 1987 en la ciudad de Winnipeg, Manitoba, en la cual se encontrarían todos los conservadores del país ofendidos por el estilo vertical del primer ministro Brian Mulroney. El objetivo fundamental de esta asamblea fue incluir tanto a conservadores del oeste como a *tories* disidentes del este, o a líderes empresariales de la provincia de Ontario. Las bases ideológicas del nuevo partido rechazarían desde el principio cualquier intento de independencia del oeste respecto de Canadá, al tiempo que impulsarían la propuesta de poder elegir a los miembros del Senado, y que su número fuera proporcional para todas las provincias. Con esto se buscaba evitar que las provincias con mayor densidad demográfica, como son los casos de Ontario y Quebec, dominaran en la Cámara Alta.

En esta primera asamblea conservadora disidente se decidió que el líder del partido sería el propio Preston Manning, situación que se considera natural si se toma en

cuenta que él mismo fue quien impulsó su creación. De esta forma, se llegó al consenso de que la nueva agrupación política adoptaría el nombre de Partido Reformista de Canadá. A partir de ese instante, el partido adoptaría una serie de veinte puntos estatutarios e ideológicos desarrollados por Manning dos décadas antes, esto es, en 1967 y con asesoría de su padre Ernest Manning. El escrito en cuestión se tituló originalmente “Ajustes políticos”, y en él, señaló que el nuevo partido que se buscaba fundar debía establecer claramente y sin ambigüedades el significado de sus ideales políticos y principios, con la meta central de no errar ni contradecir sus objetivos (Flanagan, 2009b: 23).

De esta forma, Preston Manning retomó su viejo escrito y lo elevaría a rango de principios partidistas, argumentando que no eran otra cosa sino material que él mismo había recopilado y repensado en las últimas dos décadas. En definitiva, el principio que incluso daría sustento ideológico al Partido Reformista durante sus años de existencia fue el primer apartado: “Nosotros afirmamos que los partidos políticos deben servir como guías de los valores y principios establecidos y que, al ser compartidos por sus miembros, tienen sus orígenes en las creencias políticas de los canadienses” (Flanagan, 2009b: 23).

De este modo, Manning buscó crear un grupo político ideológicamente muy compacto que hiciera difícil la aparición de fisuras internas que lo debilitaran durante su trayectoria, tomando como ejemplo al propio Partido Conservador Progresista. El Partido Reformista comenzaría su carrera política en 1987, con la ventaja de contar con un ideario político y un líder que ya había proyectado su fundación veinte años atrás, acompañado de viejos asesores conservadores expertos en el ejercicio de poder, después de décadas de colaborar en el gobierno de su padre, Ernest Manning.

Si bien el Partido Reformista significó un duro golpe para el gobernante Partido Conservador Progresista, sus primeras consecuencias no se dejarían sentir en las elecciones federales de 1988, ya que los reformistas no lograron colocar a ninguno de sus candidatos en la Cámara de los Comunes. Sin embargo, sus porcentajes de votación alcanzaron para ubicarse como el segundo partido en las provincias del oeste, sólo detrás de los *tories*. En este primer ejercicio electoral, el Partido Reformista sobresalió por su clara postura contraria al bilingüismo, defendido por el resto de los partidos políticos; por ello, sus detractores afirmaban que los reformistas no tenían futuro en Canadá, pues eran un grupo de personajes demagogos y *chawinistas* que buscaban la alienación del oeste del país, además de que no tenían sustento político ni razón alguna de existir en el mediano plazo (Newman, 2005: 243-244).

No obstante, al año siguiente (1989), el Partido Reformista alcanzó su primer gran triunfo electoral después de que Deborah Grey ocupara su asiento en la Cámara

de los Comunes, una vez que resultara vencedora en la elección especial (*by-election*) por el distrito del norte de Edmonton, en la provincia de Alberta. Esta elección resultó particularmente reveladora, pues se puso de manifiesto que los votantes de Alberta se encontraban dispuestos a cambiar el sentido de su voto: ya no más a favor del Partido Conservador Progresista y sí, en cambio, a favor del Partido Reformista, con el cual se sentían cada vez más identificados. En esas circunstancias, los primeros años de vida política de los reformistas se concentraron en convencer a sus electores potenciales del oeste de Canadá (Alberta, Saskatchewan y Columbia Británica). El argumento central fue la necesidad de adoptar un cambio partidista conservador, una vez que Mulroney y los *tories* parecían verse superados por las demandas y expectativas del occidente canadiense.

De tal manera, la fractura al interior del Partido Conservador Progresista fue originando, entre otras cosas, un debilitamiento del gobierno *tory*, situación que se hizo evidente una vez confirmada la renuncia del primer ministro Brian Mulroney y la posterior convocatoria a nuevas elecciones llevada a cabo por su sucesora, Kim Campbell. Como se ha visto, las elecciones fueron programadas para octubre de 1993, y el proceso se convirtió en el ejercicio ideal para Preston Manning y su partido, a fin de medir fuerzas con las demás agrupaciones políticas federales, incluido desde luego el propio Partido Conservador Progresista del que provenían muchos de sus actuales miembros. La campaña electoral de 1993 giró en torno a temas de carácter económico, y se concentró en las críticas al gobierno de Mulroney, así como en su poca eficacia para disminuir el desempleo. Pese a esto, Manning no se distinguió por ofrecer críticas más duras al modelo económico del gobierno conservador, principalmente porque compartía en buena medida sus ideas sobre el incremento de impuestos y la consolidación del libre comercio con Estados Unidos, temas que, por cierto, fueron utilizados por los demás partidos para beneficiarse políticamente de cara a las elecciones.

Debido a la personalidad que mostró durante las semanas de campaña y a su profundo carácter religioso, Preston Manning fue calificado como un candidato “mezcla de hombre alegre y Juan el Bautista” (CBC, 1993a), lo que resultó poco favorable para su causa en otras provincias que no fueran las del oeste, en las cuales un político con fervor religioso y poco abierto al multiculturalismo no tenía las simpatías de los electores.

Para dimensionar el carácter eminentemente anglosajón de Preston Manning, cabe señalar que él fue el único candidato en las elecciones de 1993 que no dominaba el idioma francés, hecho que buscaron capitalizar sus oponentes al sugerir que Manning no debía participar en el debate en lengua francesa del 3 de octubre. Ante esta realidad, el líder reformista señaló que la propuesta “era partidista y que interfería con la básica libertad de expresión” (CBC, s.f.c). Por tal motivo, se decidió que

para dicho debate, Preston Manning abriría y cerraría sus intervenciones con un breve discurso, y al final respondería en inglés algunas preguntas traducidas. Al día siguiente, y de hecho, previendo que las intervenciones de Manning en el debate en inglés serían más numerosas, se decidió extender el formato media hora más (Jeffrey, 2010: 232). Así, durante el debate en inglés, Manning buscó sin éxito generar impacto entre los televidentes, ya que el verdadero debate se concentró en Jean Chrétien y Kim Campbell, y la defensa del plan económico de ésta. Sin embargo, al margen de los debates, fueron los errores políticos de la primera ministra los que dieron la oportunidad a Manning y a su partido para atraer a los votantes conservadores defraudados por la actitud contradictoria de la líder *tory*.

Una vez agudizada la caída de la imagen de la candidata del Partido Conservador Progresista, entre otras cosas, por los *spots* ofensivos en contra de Jean Chrétien, los *tories*, conscientes de su situación política, orientaron su campaña negativa hacia la figura de Preston Manning, acusándolo de ser un miembro de la extrema derecha canadiense y de que se encontraba totalmente perdido, sin la menor idea ni sensibilidad acerca de los valores y los programas sociales canadienses (Flanagan, 2009b: 143).

Sin embargo, pese a tales señalamientos, Preston Manning se limitó a mantener un mensaje conciliador que le asegurara ganar posiciones frente a sus rivales *tories* en las provincias del oeste. Esta estrategia obedecía a que las encuestas de opinión previas al día de la elección dejaban muy bien posicionado al Partido Reformista, el cual incluso podía aspirar a ser la primera minoría en la Cámara de los Comunes de un solo golpe, gracias a que en las últimas dos semanas de campaña, los reformistas habían logrado dar alcance, y de hecho, superar el porcentaje en intención de voto de los *tories* a nivel nacional (véase la tabla, en Wright, 1993).

Ahora, si bien las votaciones federales del 25 de octubre de 1993 otorgaron cincuenta y dos asientos al Partido Reformista dentro de la Cámara de los Comunes, producto de que habían obtenido un 18.7 por ciento del voto nacional, tales cifras no fueron suficientes para alcanzar la primera minoría, y por ende, el liderazgo de la oposición en el Parlamento, ya que el Bloque Quebequense los superó por dos asientos. A pesar de ello, los resultados dejaron en claro que el Partido Reformista había alcanzado su primer objetivo, es decir, atraer los votos de los conservadores en las provincias del oeste, para así ocupar el sitio del Partido Conservador Progresista como agrupación política dominante en la región.

Lo anterior se reflejó de manera clara cuando se hizo oficial que en Alberta y Columbia Británica, el Partido Reformista había concentrado cuarenta y seis de sus cincuenta y cuatro curules en el proceso electoral, cifras que colocaron a los reformistas como el partido mayoritario en ambas provincias, y también como la segunda fuerza política en Saskachetwan y Manitoba, después de concentrar, entre

las dos, el 24.6 por ciento del voto total, solamente detrás de los liberales (Three-HundredEight.com, 2008b). Sumado a esto, la debacle de los *tories*, al conservar sólo dos asientos en la Cámara de los Comunes, dejó en claro que el futuro lucía muy prometedor para Preston Manning y su partido. Cabe añadir que en estas mismas elecciones de 1993, Manning alcanzó sin problemas su lugar como miembro del Parlamento por el distrito de Calgary Southwest, en Alberta.

De este modo, el Partido Reformista comenzó su presencia y participación activa como tercer partido en la Cámara de los Comunes bajo el liderazgo de su creador y fundador, mismo que delineó una estrategia de cinco principios fundamentales a seguir para toda su agrupación e integrantes. Debían seguirse y promoverse al pie de la letra por todos los diputados reformistas en sus intervenciones parlamentarias los siguientes puntos:

1. Ser el partido de la derecha.
2. Ser el partido anglosajón de Canadá.
3. Ser el partido del oeste.
4. Ser el partido de las Tierras Medias.
5. Ser el partido de la gente.²³

Luego, ya como líder de su bancada en la Cámara Baja, Preston Manning se caracterizó por ofrecer una imagen de político tolerante y mediador entre las demandas conservadoras del país y las acciones del gobierno liberal, sin hacer a un lado su fuerte compromiso con los sectores empresariales y sociales que lo apoyaban, sobre todo los asentados en la parte occidental del país.

Para afianzar esta dinámica mediadora, Manning buscó mezclar un discurso en donde el fervor religioso se compaginara con sus acciones políticas, en un intento por generar simpatías en aquellos sectores que lo consideraban como un fanático de extrema derecha. Es decir, su labor como miembro del Parlamento y líder reformista se centraría en identificar los momentos más agudos y polémicos de los debates en la Cámara Baja, para entonces intervenir con mensajes mesurados, apelando siempre a la fe cristiana y a la buena voluntad política de sus protagonistas. Fue precisamente por esta característica que Manning sería señalado como un político populista que sólo decía lo que la gente quería oír. Frente a estos señalamientos, Manning respondía que a él le gustaba escuchar a la gente y llevar esas voces a la Cámara de los Comunes en la lógica de “la triple r”: “reaccionar, revisar y ratificar”, e incluso, cuando fuera necesario, debía aplicarse una estrategia para “reorientar” sus acciones (Flanagan, 2009b: 165-166).

²³ Para una descripción detallada de cada uno de estos cinco puntos, véase Flanagan, 2009b: 39-50.

Por ese motivo, al ser Manning el creador e ideólogo de su partido, los demás diputados reformistas no tuvieron otra opción que disciplinar sus acciones al discurso del líder, hecho que ciertamente generó los primeros focos de disidencia por parte de políticos conservadores que no compartían esta visión político-cristiana-populista. Esta característica no coincidía con el papel que de forma tradicional juega la oposición en Canadá, la cual en su conjunto, a través de los partidos políticos opositores al interior de la Cámara de los Comunes, concentran sus esfuerzos en exponer actos de corrupción e ineficacia entre miembros del gobierno en turno.

Otra característica de la oposición canadiense es generar presión para provocar cambios en propuestas parlamentarias controversiales o, incluso, obstruir al gobierno en turno, para así impedirle que cumpla sus objetivos, aprovechando las dinámicas legislativas o los recesos parlamentarios. Ante esta realidad, algunos miembros del Partido Reformista vieron que la oportunidad política legislativa que tenían estaba siendo mal encauzada por el estilo unipersonal y centralizado de Preston Manning para con los reformistas del Parlamento. En suma dominaban sus premisas e indicaciones en el sentido de únicamente asegurar la presencia del partido en el presente, y dejaban para el futuro una posible expansión hacia otras regiones del país.

A juicio de Manning, resultaba muy importante proyectar a la ciudadanía canadiense una imagen moderada y tolerante; por eso, desde el principio de su labor como líder reformista en el Parlamento, giró instrucciones precisas de que no hubiera confrontaciones con los diputados de otros partidos, con la firme intención de no ofrecer una imagen conflictiva ante la opinión pública, lo cual ponía de manifiesto la importancia que tenía para Manning su imagen pública y las buenas costumbres cristianas.

También, para acatar instrucciones de Manning, todos los diputados reformistas de la XXXV Legislatura debían reducir sus salarios y planes de pensión; poco después se supo que el propio Manning había rechazado el auto y el chofer que le correspondían por ley, al fungir como líder de partido en la Cámara de los Comunes, decisiones que no hicieron otra cosa sino reforzar la percepción de político populista que rodeaba su imagen. Su poder e influencia fueron tales en su partido, que prácticamente todo el sector conservador del Parlamento canadiense terminó disciplinándose a las directrices de su líder, aunque llegó el momento en que sólo aguardaba la siguiente convocatoria a elecciones federales. Puede afirmarse que la estrategia de Manning pretendía mostrar que su partido no se constituiría en un obstáculo al gobierno liberal en turno.

Sin embargo, paradójicamente —como ya se señaló—, el primer ministro liberal Jean Chrétien, en un intento por diezmar a sus contrincantes conservadores divididos en el Partido Reformista y en el Partido Conservador Progresista, decidió adelantar

el llamado a elecciones federales, con objeto de incrementar la presencia liberal en la Cámara de los Comunes. Esta estrategia fue una seria llamada de atención para Manning, quien, pese a un discurso cristiano y mediador con el gobierno liberal, tuvo que preparar a su partido para unas elecciones anticipadas que pretendían asestar un duro golpe a los reformistas. Fue así que el Partido Reformista tuvo que encarar su primera elección ocupando curules como diputados del Parlamento, con la meta no sólo de no perder el terreno ganado en el proceso electoral federal previo, sino también con el desafío de arrebatarse curules al Partido Liberal en el poder, lo que representaba una magnífica oportunidad para reafirmar la presencia reformista como primera minoría parlamentaria.

Una vez disuelto el Parlamento por mandato del gobernador general el 26 de abril de 1997, dieron inicio las campañas electorales; el día de los comicios sería el 2 de junio. La campaña reformista se centró entonces en el tema del reforzamiento de la unidad nacional, una vez superado el episodio del referéndum de Quebec en 1995. Al mismo tiempo, los reformistas insistieron en la descentralización de los poderes federales hacia las provincias y en el desconocimiento de Quebec como sociedad distinta, argumentando que todas las provincias canadienses eran iguales y, por ende, compartían exactamente los mismos derechos y obligaciones. No debe pasarse por alto que este tema fue uno de los que terminaron dividiendo a la derecha canadiense en dos partidos, pues la insistencia del gobierno *tory* de Mulroney en otorgar beneficios a la provincia de Quebec, en menoscabo de las provincias de mayoría anglohablante, se convirtió en un factor de divergencias profundas para la derecha canadiense.

Sin embargo, pese al intento del primer ministro Chrétien por aumentar la bancada liberal en el Parlamento, las encuestas fueron mostrando que los liberales no incrementaban su nivel de preferencia, y por el contrario, los dos partidos conservadores (reformistas y *tories*) aumentaban de forma gradual su nivel de intención de voto al paso de las semanas de campaña. Por ejemplo, respecto al Partido Reformista, tres meses antes de las elecciones de 1997 su nivel de intención de voto se encontraba alrededor del 14 por ciento, pero ya durante las poco más de cinco semanas de campaña electoral, los reformistas habían experimentado un incremento que los ubicaba con el 20 por ciento de la intención de voto a nivel nacional (Wright, 1997).

Puede considerarse que fueron varios los factores que explican este incremento de votos hacia el Partido Reformista durante las elecciones de 1997, entre los que sobresale el desempeño favorable de Preston Manning durante el debate televisivo en inglés del día 12 de mayo, pues sus intervenciones reforzaron su imagen frente a los electores potenciales: aprovechó la ocasión para fungir como mediador en momentos de ásperas discusiones e interrupciones mutuas entre los demás

líderes, y centró sus intervenciones en torno a la necesidad de disminuir el desempleo y mejorar el sistema de salud por medio del “adelgazamiento” del gobierno y recortes a sus gastos.²⁴ Su estilo no confrontador durante los cuatro años de gestión como líder de su partido al interior de la Cámara de los Comunes sirvió precisamente para apuntalar su imagen de político prudente, poco interesado en polemizar sobre temas delicados. Sin embargo, esta buena exposición mediática fue demeritada poco después cuando, en un intento por centralizar el voto de los anglosajones del país, Preston Manning y el Partido Reformista lanzaron un *spot* —a una semana de las elecciones—, en donde mostraban fotografías de líderes de origen quebequense, entre ellos Jean Chrétien (primer ministro) y Jean Charest (líder del Partido Conservador Progresista), y una voz *en off* afirmaba que el país necesitaba un primer ministro que representara a todo Canadá, no sólo a los quebequenses; luego, en el mismo anuncio se mostraban los rostros de Gilles Duceppe (líder del Bloque Quebequense) y Lucien Bouchard (primer ministro provincial separatista de Quebec), y la misma voz *en off* afirmaba que ya era tiempo de que Quebec dejara de dictar la política de Canadá (Wherry, 2012).

Este tipo de propaganda política alimentó las críticas hacia el Partido Reformista, pues se les señaló como un grupo de políticos intolerantes, excluyentes y prejuiciosos. A pesar de ello, el resultado de los comicios del 2 de junio de 1997 les dio la primera minoría con sesenta diputaciones, sólo detrás de los liberales con ciento cincuenta y cinco curules; el Bloque Quebequense obtuvo cuarenta y cuatro asientos, mientras que el Partido Conservador Progresista y el Partido Neodemócrata se dividieron casi en la misma proporción los cuarenta y dos asientos restantes (Parliament of Canada, 2011).

Es muy significativo señalar que las elecciones de 1997 demostraron que, juntos, los dos partidos de la derecha canadiense (el Reformista y el Conservador Progresista) acumulaban el 39.2 por ciento de los votos a nivel nacional, superando incluso el 38.5 por ciento de los votos liberales (Heard, s.f.a). Sin embargo, debe recordarse que estos porcentajes, dentro del sistema político y electoral canadiense, no se traducen en votos directos que se reflejen en el número de curules dentro de la Cámara Baja, pues en el sistema parlamentario, los diputados son elegidos mediante mayoría de votos por distrito electoral y al final se suman para su causa, incluso, los votos de los demás candidatos perdedores de su misma circunscripción electoral.

En este mismo sentido, resulta conveniente señalar que el sistema electoral parlamentario canadiense está diseñado para que un único partido, el más fuerte en determinado distrito, sea el ganador en una elección. Esto genera una serie de

²⁴ Para mayor información respecto a la participación de Preston Manning en este debate, véase CBC, 1997c.

condiciones de carácter mecánico electoral y psicológico que terminan afectando las mentes de los votantes y de las propias élites que trabajan dentro del sistema electoral (Grofman *et al.*, eds., 2010: 3). Lo que se busca con un sistema electoral indirecto —como el canadiense—, es evitar que nuevos actores políticos emerjan en determinadas regiones geográficas.

Regresando al proceso electoral de 1997, cabe destacar que el elevado porcentaje de voto conservador en su conjunto en todo el país dejó abierta la posibilidad para que la derecha pudiera reunificarse y tomar el poder a futuro, idea que comenzó a ocupar cada vez mayores espacios mediáticos en todo el país. Pese a que los reformistas ocupaban ya el lugar de primera minoría en la Cámara de los Comunes, y de que su líder Preston Manning se convertía de facto en líder de toda la oposición, al interior del Partido Reformista fueron surgiendo voces disidentes que criticaban el método de Manning, ya que sólo habían ganado ocho curules en cuatro años, lo que no era del todo positivo si se comparaba con el avance del Partido Conservador Progresista, que había ganado dieciocho asientos más desde las elecciones federales anteriores. Además de estos números, la poca capacidad de Manning para convencer con su discurso a los conservadores del centro y de la costa atlántica fue un hecho que terminó convirtiéndose en un obstáculo para la expansión del Partido Reformista hacia otras regiones del país; el carácter regional de los reformistas circunscribió su campo de influencia principalmente a la provincia de Alberta, en donde habían obtenido el 92 por ciento de los votos, lo que significaba veinticuatro de las veintiséis curules en disputa. En Columbia Británica, los reformistas concentraron el 43 por ciento de los votos y lograron obtener veinticinco curules, mientras que en Saskatchewan, con el 36 por ciento del voto, ganaron ocho asientos en la Cámara Baja (Elections, 1997); en el resto del país, a excepción de Manitoba (tres curules), los reformistas eran una fuerza política inexistente, situación que generó la oportunidad para el disenso y el cuestionamiento al estilo vertical de Manning.

Si a lo anterior se suma el avance y grado de aceptación nacional que había alcanzado el líder *tory* Jean Charest en detrimento de Preston Manning, fue evidente el surgimiento de nuevos liderazgos al interior del Partido Reformista, entre los que sobresalieron dos: Burt Day Stockwell y Stephen Harper. Por cierto, éste ya contaba con antecedentes de confrontación con Manning desde 1994, cuando revelara que el líder reformista “había recibido treinta y un mil dólares de complemento salarial partidista después de haber rechazado un auto gubernamental y otros beneficios parlamentarios” (Frizzel y Pammett, 1997: 112).

No obstante, el Partido Reformista, a través de una de sus líderes más influyentes, Deborah Grey, conminó a sus miembros a mantenerse unidos y pasar por alto dichas acusaciones, solicitud que prosperó. Ante esto, el malestar por no haber logrado la consolidación del partido en las elecciones federales de 1997, pero, sobre

todo, la recuperación del Partido Conservador Progresista en las provincias del Atlántico fueron hechos que estimularon a algunos políticos reformistas para manifestar su inconformidad con las prácticas y estrategias de Preston Manning, ya que era evidente que mientras la derecha canadiense se encontrara dividida, sería muy difícil arrebatar el poder a los liberales.

El punto central para el Partido Reformista era ganar espacios electorales en Ontario y en la costa atlántica del país, ya que, pese a haber obtenido el 44 por ciento en la parte suroeste de Ontario, y el 31 por ciento en área del gran Toronto, estos porcentajes no habían sido suficientes para ganar asientos en los mismos distritos (Frizzel y Pammett, 1997: 122). Sin embargo, esos mismos porcentajes manifestaban que los reformistas contaban potencialmente con la capacidad para ir ganando terreno electoral en nuevos distritos y provincias. En las provincias del este (Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Terranova y Labrador), el dominio *tory* durante las elecciones de 1997 ponía de manifiesto que si la derecha reformista quería abarcar nuevos territorios, debía entonces encontrar la manera de volver a fundarse bajo sus mismos principios, pero en un sentido más incluyente, que lograra sumar a conservadores de otras regiones del país. Entre estos “otros” conservadores se incluían *tories* urbanos y cosmopolitas de las provincias centrales y del este, quienes se habían caracterizado por manifestar su desdén hacia los conservadores del oeste, pues los consideraban rurales, fanáticos e ignorantes.

En esta dinámica y en medio de una fuerte crítica interna con nuevos actores emergentes al interior de su propio partido, Preston Manning asumió el liderato de la oposición en la Cámara de los Comunes, y en un intento por distraer la atención mediática a las disidencias internas, hizo pública su incomodidad sobre tener que mudarse a la casa que le ofrecía el Estado al fungir como líder de la oposición, pues consideraba que era un dispendio innecesario en un país donde existe el desempleo (CBC, 1997b).

Sin embargo, el nivel de presión y rumores de alianzas o fundaciones de nuevas agrupaciones conservadoras fue creciendo de tal manera que en 1998, durante su convención nacional, el Partido Reformista tuvo que ratificar públicamente a Preston Manning como su líder, quien se vio obligado a asumir públicamente su compromiso de permitir nuevas alternativas para la derecha canadiense, las cuales incluían la conformación de un nuevo partido conservador con alcances nacionales. Así, dio comienzo a una estrategia conocida como “unidad alternativa” (Munroe, s.f.), mediante la cual buscaría crear enlaces permanentes entre miembros del Partido Reformista y del Partido Conservador Progresista, así como de conservadores apartidistas de todo el país.

Como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes durante 1998, Preston Manning continuó con su estilo mediador y conciliador con el gobierno liberal.

No obstante, encabezó una serie de propuestas con importante impacto mediático, como su insistencia en lograr compensaciones económicas para todas las personas infectadas con hepatitis C por transfusiones sanguíneas erróneas hasta 1996. La moción fue apoyada por toda la oposición y por algunos liberales, quienes, después de una serie de discusiones al interior del Parlamento, decidieron otorgar al año siguiente dichas compensaciones con una suma de diez mil dólares por paciente infectado. Esta aprobación fue una de las victorias parlamentarias más sobresalientes de Preston Manning, pues el gobierno liberal no había estado dispuesto a acceder a dicha indemnización, toda vez que se calculaba que existían entre cinco y siete mil pacientes infectados, lo que significaba potencialmente una fuerte erogación federal.²⁵

De este modo, en medio de un ambiente político poco polarizado, las propuestas para la creación de una nueva agrupación conservadora fueron ganando terreno entre las filas reformistas. Esta situación representaba un relevo potencial del liderazgo y la consecuente llegada de nuevos personajes con nuevas propuestas para la agenda política conservadora de todo el país. De esta manera, a finales de enero de 1999, en una asamblea en Ottawa, amplios sectores del Partido Reformista, así como conservadores de partidos locales, decidieron dar nombre a su nuevo proyecto político: Alianza Reformista Conservadora Canadiense (*Conservative Reform Alliance Party*), y al mes siguiente lograron su registro como entidad política. El primer problema de la naciente agrupación partidista fueron sus siglas (*CRAP*), que en inglés significa basura, suciedad o tonterías, por lo que se vieron en la necesidad de replantear el nombre de su partido para la siguiente asamblea nacional.

Mientras iba ganando adeptos la idea de reforzar de manera inmediata un nuevo partido, en mayo de 1999, Preston Manning fue testigo de cómo a través de un referéndum vía correo, el 60 por ciento de los miembros reformistas habían votado por disolver su agrupación política en favor de la Alianza Reformista Conservadora Canadiense, en un intento por crear un partido conservador con alcances nacionales, y no únicamente focalizado en el oeste y en las Praderas de Canadá (Flanagan, 2009b: 203). Esto significó que Manning debía luchar por dirigir al nuevo partido en una contienda interna, situación hasta ese momento desconocida por él, pues siempre había sido designado como líder indiscutible de su partido. En este sentido, el rival más visible para Manning era el tesorero del gobierno de Alberta, Stockwell Burt Day Jr., conocido como Stockwell Day, personaje cuyo carisma, juventud y discurso lo colocaban como el rival a vencer en la inminente contienda interna que se avecinaba.

Es importante señalar que el 40 por ciento de los delegados que rechazaron la idea de unirse a la Alianza Reformista Conservadora Canadiense, significaba que

²⁵ Véanse las discusiones parlamentarias al respecto en *Parliament of Canada*, 2012.

la extrema derecha del oeste canadiense no se encontraba del todo satisfecha con la idea de volver a unirse con los *tories* del oeste, pues corrían el riesgo de ser dominados y minimizados por los experimentados e influyentes conservadores que potencialmente se encontraban en Ontario. Uno de los problemas fundamentales era que los conservadores que vivían en las provincias del Atlántico eran más tradicionalistas y apoyaban las prácticas clásicas de las corrientes conservadoras de las viejas élites canadienses, mientras que los conservadores de las provincias del oeste se habían caracterizado por ser más receptivos de políticas populistas que regularmente no coincidían con la visión y las corrientes clásicas defendidas por las viejas oligarquías conservadoras del centro del país y de las provincias orientales (Bélangier y Nadeau, 2010: 167). Por consiguiente, y en medio de las reservas y desconfianzas entre los conservadores del este (*tories*) y del oeste (reformistas), la consolidación de una alianza conservadora canadiense se percibía como una empresa con un difícil camino por recorrer a principios del siglo XXI.

LA ALIANZA CANADIENSE Y SU PRIMER LIDERAZGO EN LA PERSONA DE STOCKWELL DAY (2000-2002)

En enero del año 2000, tuvo lugar una segunda asamblea nacional entre miembros de la Alianza Reformista Conservadora Canadiense, y en ella decidieron cambiar el nombre de su agrupación política para evitar las siglas CRAP. El nuevo partido político sería llamado Alianza Conservadora Reformista Canadiense (Canadian Reform Conservative Alliance), cuyas complicadas siglas (CRCA) serían reemplazadas por el simple nombre de Alianza Canadiense. En esa misma asamblea, se decidió también modificar algunos principios constitutivos reformistas, entre ellos renunciar a la oposición al bilingüismo, hecho que obstaculizaba cualquier intento de acercamiento con las cosmopolitas provincias centrales y del este del país.

Una vez oficializado el nuevo nombre del partido y manifiesta su renuncia pública a los principios más polémicos y excluyentes del reformismo, el 25 de marzo se convocó a un nuevo referéndum vía correo, en donde los delegados del Partido Reformista decidirían la inclusión definitiva de su partido a la Alianza Conservadora. El resultado no pudo ser más claro, pues el 91.9 por ciento votó por desaparecer al Partido Reformista y sumar toda su estructura a la nueva Alianza Canadiense (Munroe, s.f.). De inmediato, en cuanto se hizo oficial este resultado, Stockwell Day renunció a su cargo como tesorero del gobierno de Alberta y dio inicio a su campaña interna para dirigir la nueva agrupación conservadora. El otro candidato contendiente fue Preston Manning, quien, arropado por los viejos conservadores de su provincia natal, renunció al liderazgo de la oposición en la Cámara de los Comunes, tan sólo dos días después de que se confirmara la unión de su partido con

la Alianza Canadiense. De este modo, Manning buscaría, por primera vez mediante elección interna, alcanzar el liderazgo de una agrupación política.

Las campañas internas se caracterizaron por mostrar dos alternativas: por un lado se ubicaba a Preston Manning, cuyo estilo y figura eran ya bien conocidos por sus seguidores, quienes consideraron que la contienda interna era más que nada un ejercicio de legitimación de Manning como líder conservador al frente de un mismo partido, pero con diferente nombre. Por otro lado el joven Stockwell Day, con un discurso diferente e ideas nuevas, buscó convencer a los delegados de que la única opción de triunfo para la Alianza Canadiense era lograr la unión de todas las derechas del país, en clara referencia al Partido Conservador Progresista, cuyas bases sociales en Ontario, Quebec y la costa del Atlántico comenzaban a simpatizar con Day y su propuesta conservadora más incluyente.

Consciente de que Preston Manning gozaba de mayores espacios y estructura electoral en Alberta, Stockwell Day buscó apoyo en los sectores reformistas más religiosos y conservadores de esa misma provincia, entre los cuales se incluían los conservadores sociales, quienes se caracterizaban por su postura económico-dogmática de recortes al gasto social, contaban con numerosos recursos económicos y no mantenían buena relación con Manning, pues éste había limitado su participación dentro del Partido Reformista. Los motivos de Manning para excluir a dichos conservadores de la dinámica reformista fueron la insistencia de estos grupos en recortar el gasto social a nivel federal, además de su encono hacia Quebec, detalles éstos que cerrarían definitivamente el acceso reformista a otras regiones del país.

En consecuencia, la contienda interna de la Alianza Canadiense planteó un paradójico escenario en donde el joven Stockwell Day pronto se convirtió en el representante de la extrema derecha conservadora del oeste, mientras que el veterano Preston Manning se erigió como representante de la derecha moderada de Alberta y Columbia Británica.

Sin embargo, cuando la carrera por el liderazgo de la Alianza parecía encaminarse a una contienda entre dos candidatos, nuevos actores políticos surgieron como alternativa en la elección interna: Tom Long, *tory* originario de Ontario, quien en la década de los años setenta cruzara la frontera para hacer campaña a favor del republicano Ronald Reagan, y ya en la década de los ochenta era conocido en su provincia como político de extrema derecha (Straight Goods, 2000); Martin Keith, británico de origen, criado en Toronto, Ontario, cuyos posicionamientos de orden más liberal le impedirían sumar mayores adeptos para su causa; contendió también John Stachow, quien en los hechos no contó con el apoyo más que de un número reducido de delegados aliancistas.

Así pues, las elecciones internas tuvieron lugar el 24 de junio de 2000, y según los estatutos de la fundación aliancista, el candidato que obtuviera el 50 por ciento

más uno de los votos de los delegados sería el encargado de encabezar al nuevo partido. En caso de que ningún candidato lograra alcanzar la mayoría en una primera ronda, se convocaría a una segunda entre los dos candidatos punteros de la primera vuelta.

La primera vuelta mostró los siguientes porcentajes:

Stockwell Day	44.17
Preston Manning	36.10
Tom Long	18.16
Martin Keith	1.39
John Stachow	0.18

Fuente: Parliament of Canada, s.f.a.

Si bien de estos números no se pudo perfilar un vencedor, sí dejaron en claro que la militancia de la Alianza Canadiense había dejado de considerar que Preston Manning los llevaría a una victoria nacional en contra de los liberales; por el contrario, veían en Stockwell Day a un político que quizá ofrecía esa oportunidad al menos en el mediano plazo. Al final, en un intento desesperado, Manning quiso llegar a un acuerdo con Tom Long para sumar sus votos en una segunda ronda, pero sus esfuerzos fueron en vano toda vez que Long, como político de extrema derecha, encontró mayores coincidencias con Stockwell Day.

De esta manera, la segunda ronda de votación otorgó la victoria absoluta a Stockwell Day con el 64 por ciento de la votación, frente a un 36 por ciento de Manning. Este resultado dejaba en claro que todos los delegados que no habían votado por Manning en la primera ronda habían dado su voto a Stockwell Day en la segunda, como fue el caso de Stephen Harper, quien de manera pública declaró que en la primera vuelta había votado por Tom Long y, en la segunda, lo haría por Stockwell Day. Este anuncio resultó devastador para la causa de Manning, pues el liderazgo que se perfilaba alrededor de la figura de Harper hacía pensar que su imagen pública alcanzaría mayores espacios políticos en el corto plazo.

Más allá del resultado que bien preveía la derrota de Preston Manning, lo más significativo de esta campaña interna de la Alianza Canadiense fue que puso de manifiesto que el bloque conservador del país podía recabar generosas donaciones corporativas que le daban la posibilidad de competir en igualdad de circunstancias con la poderosa maquinaria electoral del Partido Liberal en el poder.

De inmediato, en cuanto Stockwell Day asumió el liderazgo de la oposición en la Cámara de los Comunes, declaró que había llegado “un nuevo *sheriff* al pueblo” (Flanagan, 2009b: 205) y, en un ejercicio desorganizado y sin estrategia, comenzó una serie de ataques improvisados en contra del gobierno del primer ministro liberal

Jean Chrétien, lo cual facilitó que éste convocara a nuevas elecciones adelantadas aprovechando los ataques del líder opositor que, ante la carencia de una base electoral sólida a nivel nacional, tuvo que enfrentar su primer proceso electoral federal a tan sólo tres meses de haber asumido el liderazgo de la Alianza Canadiense. Estas condiciones generaron un profundo malestar entre las filas aliancistas, pues era claro que aún no estaban preparados para presionar al gobierno liberal y menos para provocarlo, y convocar a elecciones adelantadas.

En tales circunstancias, el primer ministro liberal solicitó la disolución parlamentaria el 22 de octubre y convocó a un nuevo proceso electoral para el día 27 de noviembre de 2000. Estas elecciones repentinas significaron para Stockwell Day un esfuerzo para no ver mermada la presencia conservadora en el Parlamento canadiense, cuando originalmente el interés de su elección había sido exactamente lo contrario, es decir, reforzar la presencia conservadora en todo el país a través de alianzas bien pensadas con el Partido Conservador Progresista, y que las mismas se tradujeran en nuevos asientos en la Cámara de los Comunes.

Así, tal como se mencionó en el capítulo previo, el gobierno liberal buscó en el año 2000 —con el llamado adelantado a elecciones— aniquilar a la Alianza Conservadora dividiendo sus votos. Por esta razón, Stockwell Day tuvo que implementar una estrategia defensiva de sus bastiones electorales en el oeste, lo que significó dejar para otra ocasión los planes aliancistas de extender su presencia en Quebec, Ontario y en la costa este del país. Por consiguiente, la campaña electoral mostró a un Partido Liberal muy fuerte, pues las encuestas lo ubicaban muy por arriba de sus opositores. Por ejemplo, la firma Ipsos dejaba ver que mes y medio antes de que el primer ministro decidiera convocar a elecciones, la diferencia entre los liberales y la Alianza Canadiense era casi de veinte puntos (Wright, 2000), ventaja que sería muy difícil superar en tan sólo cinco semanas de campaña. Entonces los liberales, al encontrarse muy bien posicionados entre el electorado canadiense, buscaron arrebatar sus curules parlamentarias a los conservadores, tanto a los aliancistas en el oeste como a los *tories* en el este; por tanto, la campaña federal de 2000 giró en torno a la posibilidad liberal de garantizar para sí los numerosos asientos de Ontario (alrededor de cien) y buena parte de los de Quebec (alrededor de treinta y cinco). Y quizá, el momento climático de esta campaña fueron los debates televisivos, en particular el que se llevó a cabo en inglés, pues Stockwell Day, al buscar un impacto mediático positivo, rompió el formato por un momento: se bajó del pódium y encaró e increpó de manera directa al primer ministro. Sin embargo, en una sociedad tradicionalista y conservadora como la canadiense, esta estrategia resultó contraproducente pues generó numerosas críticas; por ejemplo, al día siguiente del debate, los prestigiosos diarios *The Toronto Star* y *The Globe and Mail* señalaron que el gran perdedor, por sus actitudes de bravuconería, había sido precisamente Stockwell Day (CBC, 2000).

Al final, el resultado de las elecciones hizo evidente la superioridad liberal en esos momentos en el país pues obtuvieron ciento setenta y dos asientos, frente a los sesenta y seis que alcanzó la Alianza Canadiense. En tercer sitio se ubicó el Bloque Quebequense, con treinta y ocho asientos, seguido del Partido Neodemócrata, con trece curules, una más de las que obtuvo el Partido Conservador Progresista, que contaba con doce (Heard, s.f.d). Aunque la Alianza Canadiense había pasado de sesenta a sesenta y seis diputados en el Parlamento en su Cámara Baja; de que había logrado dos asientos en Ontario y el 25.5 por ciento del voto popular frente al 19.4 por ciento que alcanzaron los reformistas en las elecciones federales anteriores, de manera muy extraña fue creciendo la inconformidad entre amplios sectores aliancistas, quienes argumentaron que esperaban mucho más de su líder.

Entre los grandes cuestionamientos a Stockwell Day estaba que no había podido lograr más curules en Alberta y Columbia Británica, además de que supuestamente no había logrado “derrotar a viejos liberales como Anne McLellan en Edmonton o Ralph Goodale en Regina; no había derrotado al líder conservador progresista Joe Clark en Calgary, situación que permitió a los conservadores progresistas alcanzar el mínimo de doce miembros que se requiere para que un partido mantenga el estatus de oficial en la Cámara de los Comunes” (Flanagan, 2009b: 206). Estas circunstancias dificultaban aún más cooptar nuevos *tories* hacia la causa aliancista.

El nivel de animadversión e inconformidad hacia el liderazgo de Stockwell Day se hizo más evidente en mayo de 2001, justo cuando connotados aliancistas renunciaron a la Alianza Canadiense y decidieron formar junto con parlamentaristas *tories*, al interior de la Cámara de los Comunes, un grupo conocido como Caucus Democrático Representativo, a través del cual los dos bandos de políticos conservadores comenzaron a gestionar posicionamientos conjuntos y coordinados para hacer frente al gobierno liberal y no sólo eso, sino también explorar de manera más seria y planeada una posible fusión entre *tories* y exaliancistas que se tradujera en un nuevo partido político. La mayoría de estos exaliancistas inmersos en pláticas y negociaciones con *tories* en la Cámara de los Comunes, y cuyas actividades se manifestaban como un signo de abierto desafío a Stockwell Day —cuyo liderazgo, por cierto, ya habían desconocido al renunciar a su partido—, incluía a prominentes reformistas, entre ellos la emblemática Deborah Grey, Chuck Strahl y Monte Solberg, quienes se identificaban como políticos muy cercanos a Preston Manning durante sus años como líder del Partido Reformista. Llamó mucho la atención que, a pesar de la desbandada de sus más cercanos colaboradores, Manning decidiera mantenerse en silencio como miembro de la Alianza Canadiense, aglutinando simpatizantes para su causa.

Ante este panorama de disidencia y renunciadas internas, fue evidente que Stockwell Day había dejado de tener el control del partido, situación que llevó a los líderes regionales aliancistas a convocar a una elección interna anticipada en julio

de 2001. Después de este anuncio, Day señaló que renunciaría al cargo de manera irrevocable dos semanas antes de que fuera convocada la próxima elección interna de manera oficial, razón por la cual el consejo nacional aliancista emplazó a un nuevo proceso interno para el día 20 de marzo de 2002. Si bien esto aún permitía a Stockwell Day mantenerse al frente del partido durante unos meses más, el nivel de molestia generalizado y la poca colaboración del partido hacia su liderazgo lo obligó a adelantar su renuncia a finales de diciembre de 2001; delegó a John Reynolds el liderazgo interino y, aparentemente, dejó el camino abierto para que nuevos liderazgos conservadores emergieran.

No deja de llamar la atención que, a pesar de que el resultado electoral de 2000 no había sido tan adverso para la causa aliancista, puso de manifiesto que quizá el gran error de Stockwell Day radicó en que se mostró como un político demasiado eufórico y desbocado al momento de asumir su cargo de líder de la oposición en la Cámara de los Comunes, ya que con esa actitud no hizo otra cosa que dar el pretexto perfecto para que el primer ministro liberal convocara a nuevas elecciones y puso en peligro no sólo las curules aliancistas, sino también la estrategia desarrollada para alcanzar un acuerdo con los *tories* en el corto plazo.

Por lo tanto, una vez hecha oficial la renuncia de Stockwell Day, se puso en marcha la campaña interna para elegir al nuevo liderazgo de la Alianza Canadiense. El primero en levantar la mano para dirigir al partido fue Stephen Harper, a principios de diciembre de 2001, aun antes de que Day renunciara al cargo. Esta acción posicionó a Harper desde un inicio a la vista de los delegados y miembros del partido. Debe recordarse, además, que Stephen Harper ya se había dado a conocer a nivel nacional cuando reveló contradicciones en el discurso de Preston Manning cuando éste, al frente del Partido Reformista, hizo uso discrecional de recursos económicos partidistas.

Unos días después de que Harper anunciara su participación en la contienda interna, otra de los miembros fundadores del Partido Reformista, Diane Ablonczy, hizo pública su intención de contender también por el liderazgo aliancista. Ablonczy era estadounidense de origen; de pequeña, su familia se había mudado a la provincia de Alberta. La postura y candidatura de Diane Ablonczy empujó en todo momento la idea de extender las bases de su partido hacia el Partido Conservador Progresista, para lograr así una fortaleza conservadora en todo el país. Esta idea se contraponía a la de Harper, quien en repetidas ocasiones señaló que aun cuando deseaba una unión entre aliancistas y *tories* no creía en ella, porque no pensaba que el líder *tory* (Joe Clark) hiciera posible dicha unión, debido a su obstinación y prejuicios personales.

A unos cuantos días del año nuevo, el conservador Grant Hill manifestó sus intenciones de contender también por el liderazgo aliancista. Hill era un exdiputado reformista de profundas convicciones conservadoras; por poner un ejemplo de

esto, él intentó, como médico, dar razones científicas para explicar la homosexualidad como una enfermedad. Este tipo de desatinos le merecieron fuertes críticas tanto al interior como al exterior de su propio partido.

El cuarto contendiente se dio a conocer la primera semana de enero de 2002, y fue precisamente Stockwell Day, quien decidió participar en la contienda; si bien, esto extrañó a algunos, no debe sorprender, pues era una realidad que Day mantenía los buenos resultados que había obtenido de la elección anterior a su favor. Además, contaba con el apoyo de los sectores aliancistas más jóvenes, que seguían considerándolo como un líder carismático a seguir.

Así, a mediados de enero de 2002, fueron cuatro los contendientes que buscaron el liderazgo de la Alianza Canadiense. En su momento, los cuatro apelaron a la unión del conservadurismo en Canadá, aunque sólo uno de ellos, Stephen Harper, insistía en que mientras Joe Clark continuara al frente del Partido Conservador Progresista, la unión de las derechas era una cuestión impensable; así lo manifestó de forma clara al escribir: “El Sr. Clark ha demostrado que no está interesado en combinar fuerzas en ninguno de sus términos por su voluntad [...] Aún más, el Sr. Clark aprueba nada y propone nada” (Flanagan, 2009a: 29).

Una vez oficializados los cuatro candidatos registrados, resultaba evidente que la carrera por el cargo de líder aliancista sería solamente de dos: por un lado Stephen Harper, quien recibiría el apoyo de la mayoría de los diputados de su partido en el Parlamento; por el otro se ubicaba Stockwell Day, quien tenía el apoyo de parte de algunos parlamentaristas aliancistas. Los otros dos candidatos, Diane Ablonczy y Grant Hill, no contaron en ningún momento con alguna importante base de apoyo entre los delegados nacionales, ni mucho menos entre los diputados de su propio partido, ya que éstos habían decidido orientar sus apoyos y recursos hacia uno de los dos punteros.

Las campañas siguieron su curso e incluso se llevaron a cabo debates formales e informales en donde los cuatro candidatos daban a conocer sus propuestas y proyectos. Sin embargo, destacó siempre la figura de Stephen Harper, quien, de modo contrario a sus otros tres correligionarios, insistió en la necesidad de no permitir que su partido perdiera espacios frente a la estrategia del líder *tory*, Joe Clark, de cara a una potencial alianza nacional entre los partidos conservadores. De esta forma, Harper daba la impresión de ser un candidato que centraba sus proyectos no tanto al interior de su partido, sino que los ampliaba más allá, al atacar duramente al líder *tory* quien, por cierto, no formaba parte de su agrupación.

En este sentido, debe recordarse que mientras la campaña interna de la Alianza Canadiense seguía su curso, al interior del Parlamento legisladores aliancistas disidentes encabezados por su lideresa Deborah Grey —al lado de diputados *tories*—, continuaban sus trabajos de coordinación parlamentaria, buscando que

fructificara una alianza bipartidista en el corto plazo, lo cual dejaba en claro que el resultado de la elección interna de la Alianza Canadiense, al parecer, sería el preámbulo para consolidar la anhelada unión de las derechas en Canadá.

LA IRRUPCIÓN DE STEPHEN HARPER COMO LÍDER
DE LA ALIANZA CONSERVADORA CANADIENSE (2002-2003)

Sólo quedaba esperar el día 20 de marzo de 2002 para dar a conocer al triunfador de la contienda interna aliancista o, en su defecto, conocer si sería necesaria una segunda ronda con sus negociaciones y declinaciones respectivas. Los resultados, en porcentajes, fueron:

Stephen Harper	55.0
Stockwell Day	37.5
Diane Ablonczy	3.8
Grant Hill	3.7

Fuente: Parliament of Canada, 2013.

Estas cifras significaron un triunfo contundente, por mayoría y en una primera ronda, para Stephen Harper, quien de inmediato anunció su intención de competir en la elección extraordinaria para alcanzar la curul por el distrito de Calgary Southwest, Alberta, y así estar en posibilidades de asumir el liderazgo de toda la oposición en la Cámara de los Comunes para mayo de 2002 (Jeffrey, 2010: 360). Como era de esperarse, Harper logró el triunfo electoral en un distrito abiertamente aliancista, y muy pronto comenzó su estrategia de duras críticas hacia los conservadores del Atlántico, al calificarlos de formar parte de “una cultura de la derrota” (Moffat, 2011). Esto generó molestia entre los conservadores de Ontario y de la costa este, quienes le exigieron disculparse; pero Harper no sólo se negó, sino que incluso insistió en que Joe Clark era el obstáculo para la unificación de la derecha, al tiempo que la gente cercana a Harper propagó la idea de que Joe Clark era un individuo arrogante y miembro activo de los *tories* rojos (Flanagan, 2009a: 47), que son identificados por sus posiciones económicas más liberales que conservadoras.

Cuando Stephen Harper ocupó su asiento en la Cámara Baja como líder de su partido y de la oposición, el grupo de aliancistas disidentes decidió abandonar el Caucus Democrático Representativo y reintegrarse a la Alianza Canadiense, en una clara muestra de adhesión y apoyo al nuevo líder. Estos factores dejaron en claro que la estrategia de Harper iría más allá de la retórica que sus antecesores habían planteado para alcanzar una alianza final y total con los *tories* de Ontario y de la costa este.

Para concretar esta meta, Harper identificó, sin duda alguna, que el principal obstáculo para lograr la fusión de la Alianza Canadiense y del Partido Conservador Progresista era básicamente el líder *tory*, Joe Clark, quien a partir de ese momento se convirtió en el principal blanco de señalamientos, críticas y ataques por parte del nuevo líder aliancista. Una vez establecida la táctica, Stephen Harper sólo debía aguardar que los propios *tories* obligaran a renunciar a su líder, pues tanto para Harper como para las élites aliancistas, era claro que Joe Clark había dejado de ser un interlocutor idóneo para alcanzar acuerdos, sobre todo cuando en pláticas que ambos sostuvieron, el líder *tory* insistió en sus quejas y temores hacia una fusión conservadora, consciente de la debilidad de su partido frente a la Alianza Canadiense (Mapleleafweb, s.f.).

El nivel de animadversión del líder *tory*, Joe Clark, hacia el aliancista Stephen Harper llevó poco tiempo después a que Clark afirmara —ante los medios de comunicación— que él personalmente preferiría votar por un líder liberal, antes que votar por Harper como líder de todos los conservadores del país (CTV News, 2004). Esta agresiva campaña muy pronto otorgó dividendos para la causa aliancista, toda vez que Clark ya no pudo resistir la presión interna y decidió no volver a contender por el liderazgo de su partido una vez concluido su término a principios de 2003, lo que finalmente abrió la posibilidad para una fusión de los dos partidos.

Así Stephen Harper, al interior de la Cámara de los Comunes y en su papel de líder de la oposición, aprovechó la coyuntura de escándalos de corrupción al interior del gobierno liberal, y asumió una postura activa como denunciante de los hechos que derivaron en los conocidos “escándalos de patrocinios”. Como habrá de recordarse, tales escándalos involucraron a prominentes miembros del gobierno liberal en conflictos de intereses, desvío de recursos y corrupción. Al mismo tiempo, en su calidad de líder de la Alianza Canadiense, Harper se mantuvo al margen y expectante de los graves problemas que venían incrementándose al interior del gobernante Partido Liberal, toda vez que sus dos figuras más emblemáticas, es decir, Jean Chrétien y Paul Martin, se encontraban en una abierta pugna política. Toda esta situación lógicamente favorecería a Harper, quien ante un gobierno con graves fracturas internas y con un Partido Conservador Progresista en franco proceso de cambio de liderazgo, decidió aguardar el momento más oportuno para irrumpir de manera contundente en ambos frentes.

Una vez formalizada la elección del nuevo líder *tory*, Peter MacKay, en mayo de 2003, Stephen Harper instrumentó una estrategia rápida de acercamiento con su homólogo conservador, conminándolo a reunirse durante el mes de junio en Calgary, Alberta. Como resultado de este encuentro, Stephen Harper y Peter MacKay decidieron crear grupos de acercamiento y coordinación por medio de reuniones bipartidistas, en las cuales se irían identificando los obstáculos y las posibles soluciones.

De esta forma se estaría en posibilidad de presentar al final un borrador a los miembros, en el cual se planteara la posible unión formal entre la Alianza Canadiense y el Partido Conservador Progresista. Esta propuesta estaría en condiciones de valorarse por las élites de ambas agrupaciones partidistas en el mes de septiembre del mismo año.

EL RESURGIMIENTO DEL PARTIDO CONSERVADOR Y SUS ADMINISTRACIONES EN EL PODER (2003-2011)

Después de la salida del poder de Brian Mulroney en 1993 y de la derrota aplastante de su sucesora Kim Campbell, los conservadores no habían vuelto a gobernar Canadá por diversas razones, tanto exógenas como endógenas, pero sobre todo, por la división interna y la creación del Partido Reformista, agrupación que en muy poco tiempo desplazó al Partido Conservador Progresista de su principal bastión, es decir, la provincia de Alberta. Sin embargo, como se ha visto, el Partido Reformista nunca logró posicionarse como un partido nacional, y por el contrario, focalizó sus bases de apoyo principalmente en el oeste del país, realidad que hacía improbable alcanzar una mayoría parlamentaria. Esto no permitiría a los conservadores retomar el gobierno en Canadá, pues tanto en las provincias de Ontario y Quebec, así como en la costa Atlántica, la presencia reformista era nula. Este hecho desencadenó la reformulación del Partido Reformista en un nuevo partido político, es decir, la Alianza Canadiense. Sin embargo, esta agrupación corría el riesgo nuevamente de focalizar sus bases de apoyo de manera exclusiva en el oeste de Canadá, condición que tendría como resultado la misma experiencia que su partido antecesor.

Por dichos motivos, un grupo de aliancistas proyectó que lo único que daría oportunidad al conservadurismo para volver a gobernar Canadá era una reunificación de las derechas del país, alrededor de un liderazgo que hiciera posible extender su zona de influencia incluso en provincias de mayoría liberal como lo es Ontario, gracias a que a lo largo de ella también existen comunidades de mayoría conservadora. Lo mismo sucedía en las provincias del este, donde perduraban incólumes los valores conservadores de antaño. Así, esta zona requería de una vasta campaña de acercamiento hacia las bases conservadoras moderadas, que debía incluir de manera integral a las provincias de Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Terranova y Labrador, que se habían mantenido fieles a los *tories* en determinados distritos aun en sus años más difíciles.

En estas circunstancias, la reformulación del Partido Conservador de Canadá obedecería al esfuerzo de conservadores de todo el país que, en búsqueda de

amplios consensos, encontraron en Stephen Harper al líder idóneo, cuya gestión y estrategias devolverían el poder a los conservadores a partir de 2006.

LA UNIÓN DE LOS PARTIDOS DE DERECHA Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO CONSERVADOR (2003)

A partir de la primera reunión de los dos líderes conservadores (Peter MacKay y Stephen Harper), que se llevó a cabo en la ciudad de Calgary en mayo de 2003, siguieron tres meses de intensas negociaciones en las que el principal problema era la clara situación de desventaja de los *tories* frente a los representantes aliancistas, ya que mientras el Partido Conservador Progresista contaba con doce asientos en la Cámara de los Comunes, la Alianza Canadiense concentraba sesenta y seis. Los puntos de negociación —más allá del malestar que generó en algunos sectores *tories* una eventual fusión partidista— giraron en torno a cómo unificar los principios de ambos partidos, debido a que uno era identificado como de extrema derecha, con marcados matices religiosos e intolerantes (los aliancistas), mientras que el otro era percibido como una derecha moderada que se encontraba más preocupada por mantener los beneficios sociales (*tories*) (para mayor información acerca de los puntos de negociación, véase Flanagan, 2009a: 99-102).

No obstante lo anterior, ambos grupos llegaron a un acuerdo general de principios y también en la forma de elegir a los candidatos de cada provincia. Con este precedente, sólo faltó definir la manera de hacer oficial la unión y el mecanismo para elegir al nuevo líder. Este último fue quizá el apartado más polémico para lograr un acuerdo, pues los *tories* sabían que resultaría muy difícil vencer al candidato aliancista por voto directo, ya que había una mayor cantidad de delegados de esa agrupación en el país.

Por esta razón, se propuso crear un sistema de puntos, ya conocido y practicado por el Partido Conservador Progresista, mediante el cual, el candidato que obtuviera el mayor porcentaje de votos en determinado distrito, se llevaría los cien puntos respectivos, sin importar el porcentaje de su ventaja.

La solución acordada fue entonces llevar a cabo ambos sistemas de votación en una convención nacional, misma que se realizaría el 20 de marzo de 2004 en la ciudad de Toronto, Ontario. Sin embargo, para hacer oficial dicha convención, primero ambos partidos tendrían que consultar a sus bases la aprobación de las resoluciones adoptadas durante las negociaciones, lo que conllevaría la desaparición de facto de los dos partidos en favor de la creación de uno nuevo.

De esta manera, la Alianza Conservadora Canadiense y el Partido Conservador Progresista acordaron celebrar sendas convenciones durante la primera semana de

diciembre de 2003, con objeto de decretar la respectiva disolución de sus partidos, condición alcanzada en ambos casos por mayoría absoluta. Al mismo tiempo, en dichas asambleas se convocó a los miembros de las dos agrupaciones para asistir a una nueva asamblea nacional al año siguiente, con el fin de oficializar el surgimiento de su nuevo partido, lo cual vendría acompañado de la elección de un nuevo líder.

A partir de enero de 2004 comenzaron a proyectarse las figuras que podrían ser los candidatos a dirigir la nueva agrupación en ciernes y, como era de esperarse, los dos candidatos naturales resultaron ser, por un lado, Stephen Harper, y por el otro, Peter MacKay. Esta posición de ventaja respondía al hecho de que ambas figuras eran considerados como los artífices de la unión de la derecha canadiense; sin embargo, cuando aún los personajes involucrados se encontraban consultando y aglutinando apoyos, sorprendió la oficialización de la candidatura de Belinda Stronach, política originaria de la provincia de Ontario, antigua aliancista y personaje muy cercano a Preston Manning, aunque con muy poca experiencia política en el ámbito nacional. Cabe señalar que Belinda Stronach nunca había participado en ninguna contienda electoral ni tampoco era bilingüe, condición que, como se sabe, resulta muy importante en el momento de los debates en francés, pues un líder monolingüe no envía un mensaje muy positivo hacia sus potenciales electores de otra lengua. No obstante, Stronach contaba con cuantiosos recursos económicos provenientes de su familia, pues su padre era Frank Stronach, fundador de la compañía Magna International.²⁶ Esto permitió a Belinda armar un equipo de campaña repleto de personajes conocidos y con una amplia experiencia dentro del mundo político canadiense.

Esto causó preocupación a las élites conservadoras, pues resultaba evidente que no esperaban contar con el liderazgo de una persona inexperta en el campo político electoral, quien además no dominaba el idioma francés, condición indispensable para causar impactos electorales positivos en Quebec. De manera paralela, y cuando ni Harper ni MacKay hacían oficial su intención de participar en la contienda, otro personaje conservador, Tony Clement, hizo pública su decisión de contender para alcanzar el liderazgo conservador. Clement nació en Manchester, Inglaterra, y cuando era niño su familia se mudó a la provincia de Ontario. A diferencia de la otra candidata en campaña, Clement sí dominaba el francés, y contaba con experiencia de gobierno, pues había fungido como ministro de Salud por su provincia; sin embargo, no tenía una historia positiva de resultados electorales, ya que había perdido una elección para la legislatura de Ontario, además de que era muy poco conocido a nivel nacional. No obstante sus antecedentes, Tony Clement

²⁶ Magna International es la mayor empresa fabricante de autopartes en Canadá. Para mayor información véase Magna, 1961.

decidió no dar marcha atrás a sus aspiraciones y continuó con su campaña para encabezar al nuevo Partido Conservador.

Cabe señalar que estas dos candidaturas iniciaron cuando aún los grupos de trabajo de Harper y MacKay no hacían oficial su participación en la contienda. Finalmente, en cuanto a Peter MacKay, su carencia de recursos una vez canalizados la mayoría durante su campaña para dirigir al Partido Conservador Progresista, así como su cuestionable credibilidad por haber roto su palabra y desconocer su compromiso con David Orchard en la elección interna *tory*, fueron factores —al menos de forma oficial— que lo obligaron a retirarse de la contienda e hizo pública su intención de no participar en los comicios internos.

Esto dejó la puerta abierta para que Stephen Harper oficializara su campaña, por lo que a partir de la segunda semana de enero de 2004 comenzó una gira nacional para buscar el voto de los electores conservadores de todo el país. Para alcanzar esta meta, su equipo diseñó un pequeño panfleto que mostraba a un Harper con ropa casual y se enumeraban cuatro razones para votar por él:

1. Stephen Harper es un hombre de familia que entiende al país.
2. Stephen Harper es educado, tiene experiencia, capacidad y es profesional.
3. Stephen Harper es un probado constructor de la unificación y la coalición.
4. Stephen Harper es un líder nacional consolidado (Flanagan, 2009a: 115).

De esta forma, puede considerarse que la campaña interna desarrollada por Harper para alcanzar el liderazgo del nuevo partido pretendió, en primer lugar, mostrarlo como un hombre tradicional y, después, como un hombre preparado. Posteriormente, se haría hincapié en sus habilidades políticas y de liderazgo.

En esta dinámica, las campañas fueron tomando su curso durante los meses de febrero y marzo de 2004, con una candidata como Belinda Stronach, con recursos económicos casi ilimitados y apelando a los votantes conservadores moderados. Quizá su momento más climático fue cuando decidió no participar en un debate televisivo a través de la Canadian Broadcasting News (CBN), argumentando que no estaba obligada a participar en un debate que no organizaban los patrocinadores oficiales del partido, y no una empresa ajena al mismo con fines publicitarios (Answers.com, s.f.). Las contradicciones que la campaña de Stronach generó en todo el país provocaron que el viejo exlíder *tory* Joe Clark declarara: “lo más alarmante de su candidatura es que refleja la idea de que el dinero puede comprarlo todo y que hay un precio para todo” (MacCharles, 2004). Incluso durante la misma entrevista, Clark remató afirmando: “Ella es candidata porque su padre es rico. Y eso es un comentario penoso en la vida pública” (MacCharles, 2004).

Una vez rechazada la oferta para debatir con los otros dos candidatos, Stronach se hizo a un lado y permitió a Stephen Harper y a Tony Clement debatir en varias

ocasiones en varios foros a nivel nacional. Ambos candidatos dieron a conocer sus planteamientos y aprovecharon la ausencia de su contrincante en la disputa interna; como procuraron guardar siempre un discurso moderado y de respeto mutuo, estos debates fueron simples ejercicios de exposición mediática, más que de intercambio de ideas y propuestas profundas. Por ejemplo, durante uno el 11 de febrero de 2004, Tony Clement intentó ganar adeptos al señalar: “Stephen, [...] tú has sido reconocido como un constructor de los pilares; yo quiero ser conocido como un constructor de puentes”, y ante este comentario Harper respondió de inmediato: “Yo he construido los puentes que han hecho posible esta elección interna, Tony” (Free Dominion, s.f.). Esta respuesta fue un recordatorio de que el favorito era Stephen Harper, precisamente porque él había sido el arquitecto que edificó la fusión de las derechas en Canadá.

En realidad, la candidatura de Tony Clement nunca llegó a despuntar como él esperaba, principalmente por dos razones: primero, debido al arrastre y prestigio de Stephen Harper como líder conservador, pues en realidad a Harper se consideraba el líder natural del Partido Conservador en ciernes. En segundo lugar, Clement nunca contó con los recursos económicos suficientes para homologar su campaña y su figura a la de Belinda Stronach en tan poco tiempo, realidad que colocaría a Clement como el tercero en la disputa interna, muy por debajo de sus dos contendientes.

Cabe señalar que la exposición mediática de los tres candidatos durante la campaña nacional interna provocó un incremento en las solicitudes de membresías al partido, lo cual generó algunos problemas logísticos, ya que el sitio para albergar la asamblea —convocada para los días 19 y 20 de marzo en Toronto, Ontario— resultaría insuficiente para el número de participantes interesados en asistir; y, al mismo tiempo, las nuevas afiliaciones parecían superar la capacidad técnica y logística para recabar los votos vía web.

Por este motivo, el 11 de marzo de 2004, prácticamente a una semana de la convención, Belinda Stronach sugirió posponer la asamblea, alegando que el número de miembros inscritos había provocado irregularidades en los listados, situación que podría ocasionar que miles de afiliados no emitieran su voto a través de la web, debido a que el programa diseñado para tal fin por el propio partido aparentemente no era el más adecuado (CBC, 2004c). Sin embargo, la dirigencia conservadora rechazó la propuesta de Stronach y reiteró que las fechas de cierres de campaña y la elección se llevarían a cabo tal y como se había planeado. Así, el 19 de marzo de 2004, los tres candidatos cerraron sus campañas con discursos enérgicos, entre los cuales sobresalió el de Belinda Stronach, quien señaló: “Estamos eligiendo a un líder que pueda ganar en cada parte de este país y terminar con más de once años de gobiernos liberales [...] lo digo con el corazón” (CBC, 2004c). Por su parte, Stephen Harper arengó a sus seguidores alternando su discurso en inglés y en francés

afirmando: “[...] el partido no puede permitirse el lujo de elegir a un neófito o a un político regional. El partido debe elegir a un líder que esté listo para gobernar” (CBC, 2004c).

Una vez concluida la jornada de cierre, sólo quedó aguardar los resultados de la contienda interna del día siguiente. En este estado de cosas, el 20 de marzo se dieron a conocer los resultados que incluyeron —tal y como fue acordado por Harper y MacKay— el sistema de voto directo (alrededor de cien mil votos), y también el sistema de voto por puntos (poco menos de treinta y un mil puntos):

Stephen Harper	67 143 votos (68.9%)	17 296 puntos (56.2%)
Belinda Stronach	25 345 votos (26.0%)	10 613 puntos (34.5%)
Tony Clement	7 968 votos (8.2%)	2 887 puntos (9.4%)

Fuente: Flanagan, 2009a: 130-136.

Con este nivel de contundencia, la militancia conservadora otorgó su voto de confianza a Stephen Harper, pues resultaba evidente que ninguno de sus dos opositores estuvo en posibilidades reales de arrebatarse el liderazgo de un partido que, en buena medida, fue forjado gracias a la estrategia que implementaron él y su equipo más cercano. De esta forma, con la elección de Stephen Harper como líder conservador, el día 20 de marzo de 2004 dio inicio formal la existencia del Partido Conservador como actor político y rival del gobierno liberal en el poder.

EL PRIMER LIDERAZGO DEL RENOVADO PARTIDO CONSERVADOR. STEPHEN HARPER Y SU LABOR COMO LÍDER DE LA OPOSICIÓN (2004-2005)

En cuanto Stephen Harper obtuvo el liderazgo de su partido, hizo oficial el nombramiento de Peter MacKay como líder de la fracción conservadora en la Cámara de los Comunes, lo cual hizo pensar en la existencia de un acuerdo entre ambos políticos para que MacKay no contendiera en las elecciones internas, lo que significó el paso libre a las aspiraciones de Harper para consolidar su liderazgo en el nuevo partido.²⁷ El hecho de que MacKay se hubiera retirado de la contienda interna para dirigir al nuevo partido cobra un especial significado, ya que la única figura que podría haber contenido en igualdad de circunstancias en contra de Harper era precisamente el propio Peter MacKay, pero él había decidido no participar, argumentando falta de recursos económicos.

²⁷ Por cierto, este nuevo partido político heredaría el apelativo de *tories* a sus integrantes, término característico del desaparecido Partido Conservador Progresista.

Así, y a pesar del empuje conservador como producto de su consolidación como ente político, el papel de Stephen Harper como líder de la Cámara de los Comunes fue muy discreto, pues contó solamente con seis semanas efectivas de labores legislativas. Lo anterior obedece a que el primer ministro liberal Paul Martin formalizó la disolución del Parlamento el día 23 de mayo de 2004 para dar paso a elecciones federales el 28 de junio con objeto de consolidar su cargo, ya que Martin había accedido al mismo como consecuencia de la renuncia obligada de su antecesor, su correligionario Jean Chrétien. Esto significó que Harper, quien apenas había salido avante de un proceso interno para ser elegido como cabeza de los conservadores, se viera obligado a comenzar una nueva campaña electoral nacional, pero ahora de carácter federal. La particularidad de esta contienda radicaba en que el gobierno liberal se encontraba plagado de problemas a causa de la serie de acusaciones y señalamientos emitidos por la auditora federal Sheila Fraser respecto al pago indebido de millones de dólares a empresas de publicidad en Quebec.²⁸

Esta serie de escándalos entre miembros del gobierno liberal ayudó a que Stephen Harper buscara consolidar su liderazgo dentro de la Cámara de los Comunes mediante alianzas con los demás partidos de oposición. Sin embargo, la convocatoria emitida por el gobierno liberal obstaculizó estos planes, obligando al resto de los partidos (incluida la iniciativa de Harper), a preparar sus campañas electorales.

Desde el inicio de las campañas, el líder conservador intentó orientar su estrategia hacia la crítica al gobierno liberal, debido a los escándalos de corrupción entre miembros de su gobierno. Por este motivo, el primer ministro liberal señaló que las investigaciones se encontraban ya en curso a través de la Comisión Gomery y de la auditora general, por lo que éstas eran las únicas instancias encargadas de emitir resultados al respecto. Esta táctica liberal obligó a Harper y al resto de la oposición a rediseñar sus campañas electorales, pues resultaba evidente que el tema de la corrupción dentro de las filas del gobierno liberal tendría que esperar los dictámenes oficiales.

Por esta razón, el líder conservador y su partido establecieron una campaña centrada en temas de salud, economía y la posible participación de Canadá en una nueva ofensiva militar en Irak. El mecanismo elegido para hacer llegar sus mensajes al electorado fue a través de la televisión, con menor incidencia en radio y prensa escrita. De manera paralela, se organizó una extensa gira nacional en la cual Harper trató de convencer a los indecisos de favorecerlo con su voto; el mensaje de Harper se plasmó en un panfleto titulado *Mejores exigencias (Demanding Better)*, mediante el

²⁸ Estos señalamientos se hicieron, como ya se ha mencionado, en los escándalos de patrocinios, cuya consecuencia fue la convocatoria del primer ministro liberal para crear una comisión de investigación conocida como Comisión Gomery.

cual los *tories* desarrollaron una serie de metas a seguir en caso de llegar a ser gobierno. Las metas propuestas por el Partido Conservador eran “contabilidad y cuentas claras al gobierno, una economía fuerte basada en impuestos bajos, mejor sistema de salud, mejoras a la comunidad y un Canadá más fuerte a través de mayor seguridad” (Pammett y Dornan, 2004: 89-90). Alrededor de estos ejes Harper buscó acercarse a nuevos votantes. Los buenos resultados comenzaron a notarse de inmediato, pues si a dos meses de las elecciones, el nivel de preferencia hacia los conservadores se encontraba alrededor del 23 por ciento frente a un 40 por ciento para los liberales, a tan sólo dos semanas de las elecciones ambos partidos se encontraban prácticamente empatados en las preferencias electorales, con niveles del 31 al 32 por ciento en la intención de voto (Wright, 2004). Esta sorpresiva carrera pareja entre ambos candidatos colocó a los conservadores ante la posibilidad real de asumir el gobierno en Canadá, por lo que los últimos días de campaña (que incluían los debates televisivos en inglés y francés), podrían resultar fundamentales para dichas aspiraciones.

Así, cuando aún faltaban dos semanas para las elecciones, Stephen Harper buscó separarse de su contrincante liberal al decidir emplear una táctica muy agresiva en contra del gobierno: insinuó ante la prensa que el primer ministro apoyaba la pornografía infantil: “Es una desgracia que ellos [los liberales] hayan tenido múltiples oportunidades para hacer algo y se hayan rehusado [...] Miren, esto es personal, yo soy padre de familia, soy esposo, y el que ha cruzado la línea es él, él es quien debería pedir una disculpa” (Flanagan, 2009a: 179). Lo anterior tuvo un efecto adverso para Harper, pues al carecer de pruebas, este rumor estancó el crecimiento del Partido Conservador, sobre todo una vez que se comprobó que eran puntos de vista más que pruebas contundentes los que involucraban al primer ministro en asuntos de dicha naturaleza. Esta situación hizo que los ataques de Harper se vieran como calumnias, lo cual impidió, por ende, su ascenso en las encuestas, en beneficio del Partido Liberal.

Resulta por demás interesante observar cómo y qué tanto pueden dañar a una campaña electoral las calumnias hacia los demás rivales, pues efectivamente, una vez emitidas las acusaciones de Harper en contra de su contraparte liberal, el aumento constante de dos puntos por semana que había experimentado el Partido Conservador se estancó de manera definitiva. Una vez dilucidadas las acusaciones en contra del primer ministro, el Partido Conservador y su líder vieron en los debates televisivos de los días 14 y 15 de julio, la última oportunidad para alcanzar y rebasar al Partido Liberal en las encuestas. El primer debate fue en francés y se dirigió a la sociedad de Quebec, cuyos votos se concentraban en gran proporción a favor del Bloque Quebequense. El segundo, que se llevó a cabo el 15 de julio de 2004, alcanzaría mayor impacto nacional por ser en inglés y ofreció a los nuevos *tories* otra oportunidad de que alcanzaran su objetivo. Sin embargo, Stephen Harper, pese a que intentó

mantener una imagen inalterable y se preparó con frases bien pensadas, nunca logró poner en jaque al primer ministro liberal y en cambio, recibió acusaciones no sólo del líder liberal, sino también del nuevo líder del Partido Neodemócrata, Jack Layton, en el sentido de que Harper y su partido eran un grupo de políticos intolerantes que manejaban un doble discurso de cara a la ciudadanía en temas delicados como el aborto y los derechos de la comunidad gay en Canadá.

Es importante señalar que los debates para las elecciones federales de 2004 fueron los primeros a nivel nacional para los candidatos del Partido Liberal (Paul Martin), del Partido Conservador (Stephen Harper) y del Partido Neodemócrata (Jack Layton), por lo que, a diferencia de otros debates previos, los participantes tuvieron que ser conminados por la moderadora, en más de una ocasión, para dejar de arrebatarse la palabra, interrumpirse, hablar de manera desordenada al mismo tiempo y discutir sin derecho de réplica (CBC, 2004k).

Una vez concluido el debate en inglés, resultaba evidente para el equipo de Stephen Harper que no habían alcanzado el efecto esperado, ya que las encuestas levantadas no perfilaban de manera clara a ningún ganador. De este modo, las maquinarias electorales liberales y conservadoras tendrían que esperar el voto final de los ciudadanos, en vista de lo cerrado de las encuestas a unos cuantos días de las elecciones.

Finalmente las elecciones llegaron y la noche del 28 de junio de 2004 se dio a conocer que el triunfo correspondió al Partido Liberal, pero encabezando un gobierno minoritario después de más de diez años de gozar mayoría parlamentaria. Por su parte, el Partido Conservador alcanzó noventa y nueve asientos en la Cámara de los Comunes (Parliament of Canada, 2011), con lo que consolidó su presencia como primera minoría.

El resultado final quedó expresado de la siguiente manera para ocupar los trescientos ocho asientos en disputa:

Partido Liberal	135
Partido Conservador	99
Bloque Quebequense	54
Partido Neodemócrata	19
Independiente	1

Fuente: Parliament of Canada, 2011.

Algo de lo más sobresaliente de este proceso electoral radica en que varios analistas señalaron que muchos ciudadanos decidieron salir a votar sólo hasta que vieron que el Partido Conservador se encontraba en condiciones reales de ganar la elección, según las encuestas levantadas en los últimos días. O quizá fueron más allá, como en el caso de Ontario, en donde los seguidores del Partido Neodemócrata

resolvieron cambiar el sentido de su voto en favor del Partido Liberal para evitar así un posible triunfo conservador (Winsor, 2008). Esto último manifestaba la franca animadversión que despertaban Stephen Harper y los nuevos *tories* en amplios sectores sociales canadienses, hecho que el Partido Conservador tendría que revertir tarde o temprano si es que aspiraba a gobernar en el corto plazo.

Cabe señalar que el gran triunfo *tory* en las elecciones de 2004 fue haber arrebatado veinticuatro curules a los liberales y neodemócratas en la provincia de Ontario, toda vez que en las elecciones federales de 1993, 1997 y 2000, los conservadores, ya fueran *tories* o reformistas, habían logrado ganar solamente cinco asientos. Asimismo, el dominio confirmado en las provincias de Columbia Británica, Alberta, Manitoba y Saskatchewan no dejaba lugar a dudas de la fortaleza *tory* alcanzada en 2004. De la misma forma, las provincias del Atlántico habían logrado acumular siete asientos, producto del 30.1 por ciento de los votos. En cuanto a Quebec, y pese a no haber logrado ningún asiento, los conservadores habían obtenido el 8.8 por ciento del voto popular, situación que los colocaba de nueva cuenta como actores políticos en dicha provincia de mayoría francófona (Threehundred-eight, 2008b).

La razón para este incremento *tory* en las elecciones de 2004 definitivamente tiene que ver con el impacto mediático de los escándalos de corrupción entre miembros del gobierno liberal, aunque también influyó, desde luego, la gradual fragmentación interna que comenzó a sufrir el Partido Liberal desde años antes y que terminó por proyectar una imagen negativa frente a la ciudadanía. Por lo tanto, era un hecho que este partido se había transformado de ser una poderosa agrupación política uniforme, para convertirse en una camarilla de grupos políticos resentidos entre sí. Tal situación fue permitiendo el desencanto de sus seguidores o la molestia de los electores sin filiación partidista, quienes comenzaron a orientar el sentido de su voto, ya sea hacia el Partido Conservador de derecha o hacia el Partido Neodemócrata de izquierda. Pese a lo anterior, para el caso de este último, resultaba obvio que las campañas de miedo de los liberales dirigidas a los votantes neodemócratas habían alcanzado su meta, pues aunque habían mantenido alrededor del 20 por ciento de la intención de voto durante toda la campaña, al final sólo habían alcanzado diecinueve curules, ya que muchos simpatizantes de la izquierda canadiense habían decidido votar por los liberales para evitar así el mal mayor que representaba una victoria conservadora (Flanagan, 2009a: 187).

Una vez oficializado el gobierno de minoría liberal, Stephen Harper asumió de nueva cuenta su papel como líder de la oposición mayoritaria, y desde ahí comenzó una labor de acercamiento con los otros dos líderes del Parlamento, el neodemócrata, Jack Layton y el líder del Bloque Quebequense, Gilles Duceppe. La meta fue, entonces, debilitar al precario gobierno liberal y así obligarlo a adelantar elecciones

una vez conocidos los resultados de la Comisión Gomery. Por lo tanto, desde su lugar como líder de la oposición a partir del inicio de la XXXVIII Legislatura (4 de octubre de 2004), Stephen Harper fue orillando al primer ministro a exigir la renuncia de importantes funcionarios de su gobierno, entre ellos al director del Servicio Postal de Canadá, Andre Oullet, quien fue suspendido de sus labores desde febrero del mismo año por estar involucrado en las investigaciones de la Comisión Gomery; o al presidente del Banco de Desarrollo de Negocios de Canadá, Michel Vennat, y al presidente de Via Rail, Marc Lefrançois (CBC, 2006a).

En tales circunstancias, las sesiones de los meses de octubre, noviembre y diciembre de 2004 al interior de la Cámara de los Comunes se concentraron en buena medida en ejercer presión contra el primer ministro liberal en el contexto de los escándalos de corrupción de sus correligionarios. Esta dinámica parlamentaria, con Stephen Harper encabezando la oposición, encontró una pausa una vez que la comisión encargada de la investigación pidiera al ex primer ministro Jean Chrétien, y al primer ministro en funciones Paul Martin, presentarse a declarar.

De manera paralela, Stephen Harper tuvo que enfrentarse al hecho de ser el líder de una oposición que apoyaba una propuesta liberal de legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo. Este tema generó una amplia gama de debates parlamentarios, pues el proyecto conocido como C-38 serviría como preámbulo para futuras alianzas políticas opositoras. Es decir, el Partido Conservador no podría esperar una alianza opositora si se presentaba como firme antagonista y principal obstáculo del proyecto, ya que tanto el Bloque Quebequense como el Partido Neodemócrata se presentaban como sus firmes defensores y promotores.

Por este motivo, Stephen Harper declaró, a través de una carta pública, lo siguiente:

Mi postura y definición respecto del matrimonio es ya bien conocida y bastante clara. No deriva de prejuicios personales o de tácticas políticas, tal y como algunos miembros liberales del Parlamento quieren hacernos creer con sus aires de superioridad moral. Mi posición, así como la de los miembros de mi partido, está basada en sólidos fundamentos y valores puestos a prueba con el tiempo [...]. También quiero señalar a los miembros de mi partido, incluidos aquellos que se desempeñan en los gabinetes de sombra, que son perfectamente libres de votar de acuerdo a su conciencia sin mi interferencia (*Life Site News*, 2005).

Esto significó que la propuesta C-38 no sería un tema de bandera política para Stephen Harper ni para el Partido Conservador, a pesar de la oposición ideológica que manifestaba la gran mayoría de sus miembros. Cabe señalar que, no obstante el señalamiento de Harper respecto a que los liberales politizaban la propuesta, la C-38 encontró a más liberales contrarios que a conservadores a favor. Esta situación

refuerza en los hechos la frase neodemócrata *Liberal, tory; the same old story* que alude a lo semejantes que pueden ser unos y otros en determinadas situaciones.

Al final, gracias a una mayoría parlamentaria lograda con los votos del Bloque Quebequense, neodemócratas y una fracción de liberales, la nueva ley de matrimonio civil fue aprobada y agregada a la legislatura canadiense. Lo más paradójico de esta ley fue que haya sido aprobada gracias a la displicencia conservadora, cuya estrategia no significó grandes obstáculos para impedir una reforma que, en la práctica, permitiría los matrimonios entre personas del mismo sexo (para una revisión completa de esta ley, véase Hurley, 2005).

Puede señalarse así que los dos grandes temas que concentraron la atención de Stephen Harper como líder de la oposición durante 2005 fueron, por una parte, continuar la presión en contra del gobierno liberal alrededor de los escándalos de corrupción y, por la otra, no fragmentar una posible alianza opositora surgida por desencuentros ante la propuesta C-38.

Durante el mismo año de 2005, y en medio de nuevos escándalos de corrupción que iban ventilándose ante la opinión pública canadiense, la oposición buscó adelantar elecciones a través del rechazo de los ejercicios presupuestarios planteados por el gobierno liberal poco antes del receso parlamentario de verano.

Empero, las quince propuestas sometidas a votación cuyo rechazo podría haber concedido un voto de falta de confianza hacia el primer ministro, encontraron mayoría una vez que los neodemócratas decidieron votar en bloque con los liberales, hecho que impidió que los conservadores y el Bloque Quebequense pudieran alcanzar la mayoría en un voto de falta de confianza (CBC, 2005d). Después de este intento fallido, Stephen Harper señaló que no volvería a empujar una elección adelantada sin el apoyo del Partido Neodemócrata (Flanagan, 2009a: 228). De esta forma, los diecinueve diputados neodemócratas en la Cámara de los Comunes fueron el elemento clave para mantener en funciones al gobierno de Paul Martin, lo cual se hizo evidente cuando el gobierno liberal —al depender del apoyo del Partido Neodemócrata— accedió a incrementar inversiones públicas en algunos sectores sociales, además de que favoreció las propuestas neodemócratas de legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo (Gidluck, 2012: 193).

La frágil cooperación entre liberales y neodemócratas llevó a Harper a aguardar el momento en que el gobierno del primer ministro Martin chocara abiertamente con las peticiones de la izquierda canadiense representada por el Partido Neodemócrata. Para ello, el líder conservador trató de crear una nueva estrategia para colapsar esa alianza y luego alcanzar, con el apoyo de la izquierda canadiense, los votos necesarios para emitir un voto de falta de confianza en contra del primer ministro liberal en funciones. Como parte de su estrategia, Harper, en su papel de líder de la oposición, decidió esperar a que los resultados de la investigación de los

escándalos de patrocinios se dieran a conocer. A partir de ese momento, el líder conservador se encontraría en condiciones de presionar nuevamente al gobierno liberal para que convocara a nuevas elecciones adelantadas.

Pocas semanas después de que el receso parlamentario del verano de 2005 llegó a su fin (el 26 de septiembre), se dieron a conocer los primeros resultados de la Comisión Gomery. Esto aceleró las negociaciones para destituir al gobierno liberal entre los protagonistas, no sólo entre la alianza parlamentaria de los conservadores y el Bloque Quebequense, sino también entre liberales y neodemócratas. De tal forma, resultaba evidente que el debilitamiento del Partido Liberal daba la oportunidad de que los neodemócratas impusieran su agenda en diversas acciones y programas de gobierno en el corto plazo. Con todo este escenario previo, el 1° de noviembre de 2005 se hicieron públicos los primeros resultados de la Comisión Gomery que ofrecieron datos contundentes sobre la compleja red de corrupción, tráfico de influencias y desvío de recursos protagonizados por varios miembros del gobierno liberal. Cabe señalar que, a pesar de la absolucón de los dos primeros ministros investigados (Jean Chrétien y Paul Martin), el nivel de corrupción ventilado hizo evidente que lo único que podría mantener al gobierno liberal de Martin era precisamente acceder mayoritariamente a las solicitudes neodemócratas.

Tal situación era ya muy complicada, si se considera que históricamente las élites liberales comparten valores más cercanos con los conservadores que con los neodemócratas de izquierda, quienes han sido más afines a grupos sindicales y contestatarios ajenos a los círculos de poder del país. Estas condiciones terminaron por fracturar la endeble alianza entre liberales y neodemócratas, una vez que se hizo evidente que el primer ministro Paul Martin no se encontraba dispuesto a acceder a las amplias demandas del líder neodemócrata Jack Layton, entre las que se incluía asumir compromisos públicos para evitar la legalización de aseguradoras médicas privadas como se hacía en Quebec, además de la promesa de incrementar las inversiones públicas en dicho sector, para así desfavorecer las intenciones de la iniciativa privada en ese rubro (Gidluck, 2012: 193-194).

Así, justo cuando la alianza entre liberales y neodemócratas se fracturaba, el gobierno de Paul Martin decidió no convocar a elecciones pasados los treinta días del reporte, argumentando que aún faltaban más resultados por ofrecer. Esto dio la oportunidad para que Stephen Harper, en su papel de líder de la oposición, se encontrara en posibilidades de solicitar un voto de falta de confianza en contra del primer ministro liberal, esperando en esta ocasión contar con los votos suficientes. Una vez concretado que liberales y neodemócratas no llegarían a acuerdo alguno, Harper, Jack Layton y Gilles Duceppe se reunieron para planear una estrategia de una semana, la cual permitiría que el 29 de noviembre de 2005, la Cámara de los Comunes —a solicitud directa de su líder de la oposición— resolviera declarar una

moción de falta de confianza en contra del primer ministro liberal Paul Martin (Flanagan, 2009a: 229), lo que se logró después de una votación en la cual ciento setenta y un diputados de oposición estuvieron a favor y ciento treinta y tres liberales en contra. Tal resultado significó la remoción inmediata del primer ministro y la convocatoria subsecuente a nuevas elecciones. Una vez alcanzada la meta, Stephen Harper señaló ante los medios: “Esto no es sólo el final de una agotadora jornada plagada de escándalos sin dirección del gobierno, es el principio de un brillante futuro para este gran país” (CBC, 2005c).

Cabe señalar que, justo cuando el Partido Conservador logró finalmente derribar al gobierno liberal en turno, las encuestas señalaban que los *tories* gozaban de una preferencia del 31 por ciento, contra un 28 por ciento de los liberales; mientras, los neodemócratas alcanzaban el 20 por ciento, y el Bloque Quebequense un 13 por ciento (CBC, 2005f). Estos porcentajes ponían de manifiesto que los resultados de la Comisión Gomery, los conflictos liberales internos y el desgaste de su gobierno como producto de los escándalos de corrupción habían generado un efecto nocivo hacia el primer ministro. Tal hecho, como contraparte, benefició al Partido Conservador y a su líder Stephen Harper, quien tenía más viable que nunca la posibilidad de acceder al cargo de la primera magistratura, por lo menos con un gobierno de minoría.

Una vez aprobada la moción de falta de confianza, por la cual el primer ministro liberal se vio obligado a entregar su carta de renuncia a la gobernadora general Michaëlle Jean, ésta convocó a nuevas elecciones para el día 23 de enero de 2006. Con ello daba inicio una nueva campaña electoral con duración de ocho semanas, debido a las vacaciones obligadas de fin de año.

De inmediato, y a diferencia de las campañas llevadas a cabo año y medio antes, el común denominador entre los opositores fue señalar la corrupción evidente del gobierno liberal, apoyándose para ello en los resultados de la comisión investigadora. El entorno ofrecía una amplia gama de posibilidades al Partido Conservador y a Harper, a fin de capitalizar a su favor la molestia e indignación que los escándalos habían despertado en buena parte de la población. En este sentido, los *tories* centraron la primera parte de su campaña en que el Partido Liberal era corrupto, había vulnerado la confianza de la ciudadanía y, por lo tanto, ya no era apto para seguir gobernando.

Tal estrategia surtió efecto de inmediato, pues según la casa encuestadora Ipsos, la intención de voto hacia el Partido Conservador nunca dejó de incrementarse a lo largo de las ocho semanas de campaña, al pasar del 30 al 36 por ciento. Por el contrario, los liberales mostraban un decremento de 4 a 5 puntos porcentuales durante el mismo lapso (Wright, 2006). Al respecto, uno de los mayores éxitos mediáticos durante la campaña de los conservadores fue el compromiso de Stephen

Harper de reducir el impuesto sobre bienes y servicios (*goods and services tax*, GST) del 7 al 6 por ciento durante su primer año de gobierno, y restar otro 1 por ciento cinco años después (*Tribe Magazine*, 2005).

Resultó evidente que, con este tipo de anuncios, Harper se encontraba en medio de una campaña con dos vertientes: por un lado, golpeaba y criticaba duramente el desempeño del gobierno liberal, mientras que, por el otro, planteaba una serie de reducciones tributarias que sabía serían bien recibidas por los contribuyentes. Incluso, Harper jugó con ambas estrategias al señalar, dirigiéndose a los electores: “Verán la reducción de impuestos cada vez que vayan de compras. Ningún político va a ser capaz de tomarlo sin que se den cuenta” (CBC, 2005b).

Gracias a este tipo de campaña, Harper y su partido fueron posicionándose cada vez mejor entre los electores según varias casas encuestadoras, las cuales, si bien no planteaban la posibilidad de un gobierno de mayoría para los *tories*, si preveían al menos un posible triunfo electoral conservador. De esta forma, los debates programados para los días 9 y 10 de enero resultaban fundamentales para las aspiraciones de Stephen Harper, pues se encontraría ante la oportunidad de reforzar su campaña, desacreditando y poniendo en evidencia a su desgastado competidor liberal.

Aunado a lo anterior, el malestar de los votantes neodemócratas ante la negativa de Paul Martin para garantizar la gratuidad de los servicios médicos y su postura contraria a realizar mayores inversiones públicas en dicho sector, hacía muy improbable que de nueva cuenta los votos de los neodemócratas se pasaran al lado liberal, tal y como sucedió en las elecciones federales anteriores. Curiosamente, durante la campaña, simpatizantes de los neodemócratas recibieron llamadas telefónicas por parte del Partido Liberal, en que se les pedía cambiar su voto a fin de evitar un triunfo conservador (Jeffrey, 2010: 514). Todo este entorno hacía suponer un posible incremento de la presencia del Partido Neodemócrata en la siguiente legislatura.

Finalmente, llegaron los días de los debates, y durante el primero (en inglés) efectuado el 9 de enero, un Stephen Harper confiado y seguro, contrario a lo que se esperaba, dejó en un segundo plano los señalamientos en contra de su contraparte liberal Paul Martin, y se concentró durante la primera parte en presentar sus planes de gobierno, dirigidos a los canadienses de clase media quienes, a su juicio, trabajaban duro, pagaban impuestos y respetaban las leyes, pero no habían visto beneficios en sus bolsillos; asimismo, insistió en que su propuesta de reducción de impuestos buscaba beneficiar a esta clase media. De la misma manera, planteó su compromiso por mantener el cuidado universal de salud, además de garantizar la igualdad entre las provincias, fortaleciendo al mismo tiempo a la federación (CBC, 2006d).

Durante la segunda parte del debate, un Paul Martin visiblemente incómodo y dirigiéndose en todo momento a Harper, buscó sin éxito provocar alguna reacción improvisada en el líder conservador cuando puso en duda el nacionalismo y los valo-

res del líder *tory*. Sin embargo, las respuestas de Harper no dejaron de ser precisas y cortas, pues se enfocó en conceptos simples y claros de forma contundente, lo que provocaba un efecto inmediato en su interlocutor liberal cuando éste se sentía aludido. En tal sentido, Harper reiteraba (mirando fijamente a la cámara) que los principales valores del canadiense común eran la honestidad, el trabajo duro y la claridad en las cuentas, y de inmediato giraba su mirada y atención al líder liberal para rematar afirmando: “Su gobierno no representa esos valores” (CBC, 2006e).

Una vez finalizado el debate, resultó claro que Stephen Harper había tenido una participación satisfactoria al no centrar sus intervenciones en ataques personales al líder liberal, sino a su gobierno, y canalizó sus intervenciones más bien en propuestas, con lo que desarticuló la estrategia preparada por Paul Martin, quien había llegado más dispuesto al choque y al debate duro. Dicha estrategia, de no confrontación, hizo ver al líder liberal como un político desesperado por la confrontación en su búsqueda por ganar votos.

Según datos ofrecidos por el equipo de campaña del Partido Conservador, la victoria de Harper en el debate permitía esperar un resultado similar el día de las elecciones, ya que, según datos ofrecidos por casas encuestadoras contratadas por los conservadores el 11 de enero, “justo después del segundo de los dos debates, un 30 por ciento de los encuestados pensaban que Harper podría ser un mejor primer ministro, comparado con el 27 por ciento que favorecía a Martin” (Flanagan, 2009a: 253). Mientras tanto, del lado liberal, el líder del partido y su equipo de campaña se quejaban de su mala fortuna por los temas puestos a discusión durante el debate (Martin, 2009: 450-451).

En medio de este escenario favorable hacia la causa conservadora, y a tan sólo unos días del final de las campañas, los *tories* terminaron de elaborar un documento que incluía sus plataformas electorales, titulado *Levántate por Canadá*. En sus cuarenta y seis páginas, los conservadores desarrollaron seis puntos a seguir en su futuro gobierno:

1. Levántate por una rendición de cuentas claras.
2. Levántate por oportunidades.
3. Levántate por mayor seguridad.
4. Levántate por las familias.
5. Levántate por nuestras comunidades.
6. Levántate por Canadá (Conservative Party of Canada, 2006).

A través de este compendio de propuestas, los *tories* buscaron crear una antípoda del Libro Rojo liberal, en un intento por posicionarse de manera más organizada y con propuestas concretas frente a los potenciales electores que no formaban parte de sus cotos electorales en las provincias del este.

Con estos designios, las campañas concluyeron para dar paso al proceso electoral del 23 de enero de 2006, en el que los conservadores, tal como se había proyectado, lograron arrebatar a los liberales el control del gobierno después de más de una década de administraciones ininterrumpidas. El resultado, si bien no otorgó la mayoría en la Cámara de los Comunes al Partido Conservador, al menos si permitió a Harper ocupar el cargo de primer ministro, pero con una administración que necesitaría apoyo del Bloque Quebequense y del Partido Neodemócrata para poder concretar sus acciones de gobierno en el corto plazo.

De tal modo, la trigésima novena elección federal dejó al Partido Conservador con ciento veinticuatro asientos en la Cámara de los Comunes, por ciento tres de los liberales y cincuenta y uno del Bloque Quebequense, mientras los neodemócratas lograron obtener veintinueve curules, y una fue independiente (Parliament of Canada, 2012).

Ahora, si bien la presencia conservadora se encontraba consolidada en el oeste en las provincias de Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan y Manitoba, las elecciones de 2006 pusieron de manifiesto que los escándalos del gobierno liberal habían empujado a ciudadanos de Quebec y Ontario a cambiar el sentido de su voto a favor de los conservadores, ya que cincuenta candidatos *tories* en ambas provincias habían logrado imponerse a sus contrincantes otorgando así medio centenar de asientos, sin los cuales los *tories* no podrían haber alcanzado la primera minoría al interior de la Cámara de los Comunes.

De tal modo, la irrupción del Partido Conservador en las dos provincias con mayor densidad demográfica como son Ontario (obtuvieron cuarenta asientos) y Quebec (alcanzaron diez diputaciones), minimizó el hecho de que en Columbia Británica el Partido Neodemócrata había arrebatado media decena de curules al Partido Conservador, al igual que en Ontario. Esta condición dio a los neodemócratas una mayor presencia en el nuevo Parlamento pues, con veintinueve diputados, su capacidad para desequilibrar al nuevo gobierno *tory* se incrementaba, en caso de lograr alianzas con los liberales.

No obstante, al final esta victoria *tory* dio por concluido un ciclo autodestructivo y de fragmentación conservadora en todo el país, que se gestó desde los años ochenta. Este proceso tardaría más de quince años en volver a reunir a los conservadores de todo Canadá bajo una misma agrupación política. Así, a partir de ese momento, el liderazgo de Stephen Harper se convirtió en el paradigma de la reunificación de la derecha canadiense, cuyo primer éxito electoral federal fue haber alcanzado un gobierno de minoría en las elecciones de 2006, tan sólo tres años después de la fundación del Partido Conservador.

LOS CONSERVADORES AL PODER: LLEGADA Y CONSOLIDACIÓN
DE STEPHEN HARPER COMO PRIMER MINISTRO (2006-2011)

Dos semanas después de las elecciones (el 6 de febrero de 2006), Stephen Harper fue instituido como primer ministro por la gobernadora general, Michaëlle Jean. De inmediato, el nuevo primer ministro concentró sus acciones de gobierno hacia el objetivo de concretar una serie de reformas en la maquinaria político-electoral canadiense, entre las que se encontraba definir un nuevo término de cuatro años para convocar a nuevas elecciones desde el poder. Esto pretendía contrarrestar la práctica de llamadas anticipadas a elecciones, como las que había convocado Jean Chrétien, cuando en su búsqueda por mermar a la oposición decidió adelantar las elecciones pese a contar con mayoría parlamentaria a su favor. Sin embargo, la reforma de Harper no incluía la misma obligatoriedad a la oposición, ya que ésta no quedaría imposibilitada para convocar a elecciones adelantadas desde una posición mayoritaria en la Cámara de los Comunes. En otras palabras, la oposición no vería afectada su capacidad de maniobra para derribar a un gobierno minoritario en el poder.²⁹

Una vez aprobada su propuesta en la Cámara Baja y enviada al Senado para su ratificación, Stephen Harper señaló: “Una elección con fecha establecida evita que los gobiernos llamen a elecciones adelantadas para sacar ventajas políticas en el corto plazo [...] El campo de juego es parejo para todos los partidos y las reglas son claras” (CBC, 2006b). Con este tipo de discursos, el nuevo primer ministro pretendía enviar al electorado el mensaje de que su gestión buscaría cambiar las reglas establecidas hasta ese momento en el escenario político canadiense.

Rápidamente, tras esta legislación parlamentaria fueron sumándose nuevas directrices de gobierno, entre las que destacaba hacer más transparente el ejercicio presupuestario gubernamental (Ley de la Contaduría Federal, *Federal Accountability Act*) (Treasury Board of Canada Secretariat, 2006), o la disminución del GST. Cabe señalar que estas propuestas habían sido parte central de las promesas de la campaña conservadora, y es importante mencionar que encontraron poca resistencia entre las demás agrupaciones representadas en el Parlamento, de modo que ya habían sido aprobadas en su conjunto a inicios de 2007. Esto parecía poner de manifiesto el nivel de compromiso asumido por Stephen Harper con sus electores, consciente de que en el mediano plazo tendría que enfrentarse a una nueva campaña electoral por el carácter minoritario de su gobierno. Al mismo tiempo, como todas

²⁹ Esta propuesta, conocida como Bill C-16 (Propuesta de Enmienda a la Ley Electoral de Canadá, *Act to Amend the Canada Elections Act*), estableció que sería el tercer lunes de octubre del cuarto año de gobierno cuando se deberían llevar a cabo las elecciones, en caso de no haber sido adelantadas mediante una solicitud mayoritaria en la Cámara de los Comunes. Para mayor información, véase Robertson, 2006.

estas propuestas gozaban del apoyo de la mayoría de los electores, se hizo muy difícil que la oposición pudiera ir en contra de las mismas, incluidos, claro está, los liberales. Por este motivo, la bancada liberal no tuvo mayor alternativa que sumarse y apoyar las mociones del primer ministro conservador.

Una vez cumplidas estas promesas de campaña, Harper cambió su estrategia desde inicios de 2007, cuando preparó, por medio de su ministro de Finanzas, Jim Flaherty, una serie de nuevas propuestas presupuestarias que afectarían temas sensibles para los liberales y los neodemócratas: los recortes tributarios a corporaciones, o el reajuste a los planes de jubilación, lo que se traduciría en recortes o disminución de calidad en los servicios públicos. Sin embargo, este mismo proyecto presupuestario 2007-2008 destinaba mayores recursos a la lucha contra el cáncer cérvico-uterino, u otorgaba subsidios a las familias con hijos, además de que destinaba mayores recursos a sectores sociales de Quebec; esto último garantizaba al gobierno de Harper el apoyo del Bloque Quebequense, condición necesaria para evitar una alianza opositora parlamentaria que pusiera en peligro a su gobierno.

Por estos motivos, la presentación del ejercicio presupuestal 2007-2008 se convirtió en la primera gran batalla política de Stephen Harper y su gobierno, en función de que si el presupuesto finalmente era rechazado por la oposición parlamentaria, el gobierno *tory* podría acusar a la misma de ser un elemento que obstaculizara el adecuado funcionamiento de su administración. De lograrlo, el gobierno de Harper podría colocarse como la parte agraviada frente a los ciudadanos, ante un posible llamado adelantado a elecciones.

Con esta estrategia en puerta, el gobierno *tory* ejerció una muy fuerte presión a los partidos opositores, sobre todo al Partido Liberal, al dejar en su poder la decisión de rechazar el presupuesto federal, lo que significaba convocar a una tercera elección en cuatro años. Este hecho, en definitiva, podría ser utilizado por el gobierno de Harper a su favor. Consciente de la presión generada en contra de sus opositores liberales, Stephen Harper se limitó, entonces, a esperar la decisión de ellos, pues era evidente que al no tener otras alternativas, al final optarían por apoyar el presupuesto 2007-2008, con el fin de no quedar expuestos como los responsables de una posible parálisis parlamentaria, ni como los causantes de un nuevo llamado a elecciones anticipado. De esta forma, el gobierno conservador se apuntó una nueva victoria, pues el temor liberal de convocar a elecciones adelantadas sirvió para que el presupuesto planteado por el equipo de Stephen Harper terminara siendo aprobado en lo general.

Una vez concretada la aprobación del ejercicio presupuestario, el primer ministro conservador vio fortalecida su posición y comenzó a diseñar políticas de mayor confrontación hacia el Partido Liberal, y, en menor medida, hacia el Partido Neodemócrata. La manifestación más clara de esta nueva estrategia fue la abierta

intención del gobierno de Harper de rechazar el Protocolo de Kioto firmado por Canadá durante la administración liberal de Jean Chrétien. Una de las razones se debe a que, a través de ese acuerdo, Canadá se había comprometido a disminuir la emisión de gases contaminantes, condición que desfavorecía a la poderosa industria energética del oeste del país, asentada sobre todo en la rica provincia de Alberta.

Puede señalarse que la posición del primer ministro conservador ya era bien conocida en Canadá, puesto que desde 2002 había declarado: “Kioto [es] el peor acuerdo internacional que haya firmado jamás este país, yo no creo que [los liberales] tengan las agallas para ponerlo en marcha, ya que tendría graves consecuencias para la economía y la gente común de costa a costa” (The Canada Seine, 2012). Posteriormente en 2007, ya como primer ministro, Harper tomó la ofensiva en este tema al manifestar su intención de no ratificar dicho acuerdo internacional, a través de una carta firmada por él mismo en donde señaló: “Kioto es básicamente un esquema de tipo socialista que busca extraer dinero de las naciones productoras desarrolladas [...] La puesta en práctica de Kioto paralizaría la industria del petróleo y del gas, esenciales para las economías de Terranova, Nueva Escocia, Saskatchewan, Alberta y Columbia Británica” (Star, 2007).

Con esta carta abierta al Parlamento canadiense, a principios de 2007, el primer ministro Harper inició una dura campaña en contra de sus opositores liberales, con el objeto de generar condiciones que permitieran llamar a una nueva elección federal, para de esta forma alcanzar un gobierno mayoritario *tory*. Lo anterior era posible gracias a que el líder liberal, Stéphane Dion, hizo del medio ambiente y del Protocolo de Kioto temas fundamentales de su agenda política, misma que privilegiaba también el desarrollo sustentable.

De esta forma quedó claro que, si bien el tema de la aprobación presupuestal para el ejercicio 2007-2008 había sido superado con relativo éxito gracias al sometimiento de los liberales, la abierta postura en contra de la ratificación del Protocolo de Kioto se convirtió en un punto de conflicto irreconciliable entre liberales y conservadores. No obstante, si el Partido Liberal quería convocar a elecciones adelantadas, debía contar con el apoyo de las otras dos fracciones parlamentarias, en este caso, los neodemócratas y el Bloque Quebequense.

Al mismo tiempo, y justo cuando el tema del medio ambiente comenzó a ocupar mayores espacios mediáticos, el primer ministro Harper introdujo un nuevo asunto al declarar de manera inesperada ante el pleno de la Cámara de los Comunes su intención de prolongar la presencia militar canadiense en Afganistán hasta diciembre de 2011, contraviniendo la postura fijada por el Partido Liberal, quienes insistían en regresar a las tropas, según lo pactado, a partir de febrero de 2009 (CBC, 2008h). Este anuncio sorprendió a la opinión pública canadiense, ya que como líder de la oposición Stephen Harper no había impulsado esta propuesta. Su nueva

actitud hacía pensar que su verdadero propósito era generar un ambiente de falta de consenso entre los actores políticos involucrados, lo que abriría otro flanco para convocar a elecciones anticipadas.

Sin embargo, Harper, previniendo un embate opositor en su contra que pretendiera presentarlo como un líder autoritario a favor de la guerra, señaló: “Yo quiero ver un cierto grado de consenso entre canadienses para saber cómo movernos al respecto [...] No quiero mandar gente a una misión si existe oposición en casa, en detrimento del peligroso trabajo que están haciendo en el campo” (CBC, 2007b). Con esta declaración, el primer ministro conservador buscó medir el grado de aceptación pública para su propuesta, convencido de que dominaría y polarizaría el ambiente político del país durante los meses siguientes.

Respecto al Protocolo de Kioto y al seguimiento de la disminución de emisores contaminantes, el gobierno *tory* dejó muy clara su posición, sobre todo porque la provincia de Alberta posee ricas fuentes de arenas bituminosas, conocidas también como arenas de alquitrán o arenas de petróleo; y por la posesión de aquel recurso, la provincia siempre se ha opuesto al protocolo (Melgar, 2012: 185).

Las arenas bituminosas producen un petróleo no convencional, probablemente más contaminante, pues no es puro, sino producto de un proceso industrial. Para su extracción se requiere mezclar el betumen con agua y sosa cáustica a temperaturas elevadas; posteriormente se agita la mezcla con maquinaria especial y al final queda una especie de aceite desnatado en la parte superior. Se calcula que cerca de dos toneladas de arenas bituminosas producen un barril de petróleo (ciento cincuenta y nueve litros), el cual requiere a su vez de tres a siete barriles de agua (de cuatrocientos setenta y uno a mil ciento trece litros) para su extracción. Dichas cifras suponen elevadas cantidades de agua contaminada y considerables emisiones de dióxido de carbono. Es importante señalar que las arenas bituminosas —pese a que se conocen en Canadá desde hace décadas— comenzaron a explotarse a nivel masivo cuando se supo que las mayores reservas del mundo se encuentran precisamente en el norte de Alberta, de manera específica en la región conocida como Athabasca. Si bien aún se desconoce la cantidad de reservas de arenas bituminosas que hay en Canadá, varios estudios señalan que la cantidad potencial de barriles de la mezcla podría fácilmente superar las reservas probadas de Arabia Saudita y todo el Medio Oriente.

Sin embargo, hay voces que afirman que la explotación de las arenas bituminosas en Alberta significa un enorme deterioro del medio ambiente, independientemente de la cantidad de agua que se requiere y que se contamina para su explotación. El problema más grave es la devastación de inmensas zonas naturales, que prácticamente son arrasadas para este tipo de explotación minera a cielo abierto. Entre los primeros efectos contra los seres vivos de los alrededores, se pueden contar mutacio-

nes severas en peces y aves debido a agentes tóxicos que se arrojan a los ríos que atraviesan la provincia, así como un incremento anómalo de casos de cáncer entre los habitantes nativos de esas tierras (H2Oil, s.f.). Por ello, a causa de la intensa actividad de explotación de recursos energéticos en Alberta, en particular la extracción de arenas bituminosas, el gobierno canadiense habría tenido que erogar recursos millonarios por concepto de multas al no cumplir los compromisos asumidos en el Protocolo de Kioto firmado por el gobierno liberal en 1997.

En otro orden de ideas, durante el mes de marzo de 2008, la administración de Stephen Harper se enfrentó al segundo reto más importante de su gestión: el gobierno conservador tendría que someter al pleno de la Cámara de los Comunes su moción de prolongar todavía más la presencia militar canadiense en Afganistán. Cabe señalar que un rechazo mayoritario significaba la pérdida de confianza hacia el gobierno *tory* y una nueva elección federal. No obstante, pese al rechazo expresado por parte del Bloque Quebequense y del Partido Neodemócrata, el Partido Liberal decidió respaldar la moción de Harper, se unió a los diputados conservadores en la votación y se impusieron por mayoría a los legisladores neodemócratas y quebequenses. Es oportuno señalar que este tipo de decisiones —alianzas parlamentarias pragmáticas entre liberales y conservadores— han sido ejercicios muy comunes, pues una vez en el poder, liberales y conservadores suelen ir juntos como élite política en asuntos de interés nacional, más aún en temas de carácter internacional.

Una vez concluido el debate en torno a prolongar la misión militar en Afganistán, era evidente que el tema que llevaría a los actores políticos al límite sería la propuesta del Plan Verde liberal, dirigido a combatir el cambio climático por medio de su nuevo impuesto a los combustibles de carbono. Este gravamen, conocido como impuesto al carbono, calculaba recaudar alrededor de quince mil millones de dólares en cuatro años a través del pago de cuarenta dólares por cada tonelada de energía fósil transformada.³⁰ Como contraparte a la propuesta liberal, el primer ministro conservador se centró en favorecer una mayor libertad de explotación de recursos energéticos, privilegiando las reducciones tributarias a las compañías involucradas en este sector, con el fin de estimular la creación de nuevas fuentes de empleo; el gobierno *tory* pretendió utilizar esta estrategia como electoralmente atractiva en su búsqueda de nuevos simpatizantes.

Con tales elementos, a mediados de 2008 la oposición liberal al interior de la Cámara de los Comunes presentó de manera oficial el Plan Verde, con la pretensión de posicionarlo como tema central a nivel nacional para generar las condiciones necesarias que tuvieran como resultado una convocatoria a nuevas elecciones. En este

³⁰ Para mayor información sobre el Plan Verde, así como del mecanismo para lograr la recaudación propuesta, véase "The Green Shift", en Liberal Party of Canada, 2008.

sentido, el primer ministro Harper acusó a la oposición de paralizar los trabajos parlamentarios, y los hizo responsables si se daba la convocatoria adelantada.

Desde la perspectiva de Stephen Harper, resultaba prioritario poner en marcha una campaña nacional que desacreditara la propuesta verde liberal, pues ponía en riesgo inversiones millonarias en el sector productivo energético en las provincias occidentales del país, sobre todo en Alberta. Para lograrlo, el gobierno conservador focalizó su mensaje en la aguda crisis de 2008 del mundo capitalista, pues afirmó que el gobierno canadiense no debía amenazar con impuestos a los sectores más productivos del país; según Harper, el incremento tributario propuesto por los liberales terminaría impactando de manera negativa en la creación de nuevas fuentes de empleo en todos los sectores productivos nacionales.

Con esta táctica en mente, el gobierno conservador recurrió a la estrategia del miedo para convencer a los ciudadanos de que su partido era el único capaz de garantizar los empleos para la numerosa clase media canadiense. Esto se sumó a una feroz campaña mediática en donde el Partido Conservador patrocinaba *spots* publicitarios a través de los cuales se mostraba una fotografía del líder liberal (Stéphane Dion) encogido de hombros, los ojos muy abiertos, con una expresión de extravío, un pajarillo de colores revoloteando sobre su cabeza y defecando sobre su hombro derecho, bajo el eslogan “No vale la pena el riesgo” (Canada.com, 2008a).

Esta campaña, si bien fue criticada duramente por especialistas en publicidad y académicos en todo el país, coadyuvó a generar entre la sociedad una imagen muy negativa del líder liberal, pues se le identificó como un personaje vacilante, que quería crear nuevos impuestos a capricho y como un académico torpe fuera de su entorno. La virulencia del ataque en contra del liderazgo liberal tuvo resultados positivos para Stephen Harper, pues el temor de perder sus empleos llevó a miles de ciudadanos canadienses a abrazar la causa conservadora, anteponiendo así sus intereses económicos a los tradicionales intereses medioambientales del país, lo cual se reflejó en las encuestas, pues a principios de septiembre de 2008 el índice de intención de voto a favor del líder liberal se encontraba diez puntos por debajo del primer ministro Harper. Tal situación era inmejorable para la causa conservadora, sobre todo si se considera que las mismas encuestas, tomadas seis semanas antes, colocaban prácticamente en un empate a los liderazgos liberal y conservador (Wright, 2008).

Así, una vez confirmado que Stephen Harper se encontraba en una posición de franca ventaja frente al líder de la oposición, surgió la problemática de que el mismo Harper no podía recurrir a la maniobra política de convocar a elecciones adelantadas en busca de alcanzar una mayoría —sin voto de censura de por medio—, debido a la aprobación de su propia propuesta de ley de 2007, en la cual se impedía a cualquier primer ministro convocar a comicios generales antes de la fecha de término

de su gestión, pues como primer ministro se había comprometido de manera pública a no hacerlo. Esto significaba que tendría que aguardar más tiempo, con el riesgo de que los niveles de intención de voto conservador volvieran a emparejarse con los de los liberales.

Ante este hecho, el gobierno conservador argumentó que las discusiones sobre el Plan Verde liberal y la postura contraria *tory* podían paralizar las labores parlamentarias de cara a la grave crisis económica mundial. Por consiguiente, en septiembre de 2008, Stephen Harper propuso a la gobernadora general una disolución parlamentaria. Cabe señalar que esta propuesta no violaba ninguna ley, pues no impedía al primer ministro solicitar a un tercero —en este caso, la gobernadora general—, la disolución de la Cámara de los Comunes. Para alcanzar su fin, Stephen Harper aprovechó una cláusula de su propia ley que establecía: “Nada en esta sección afecta los poderes del gobernador general, incluido el poder de disolver el Parlamento a discreción del gobernador general” (Flanagan, 2009a: 295). Mediante esta maniobra, el primer ministro Harper recurrió exactamente a la misma estrategia empleada en su momento por el liberal Jean Chrétien, cuando éste disolvió el Parlamento con la clara intención no sólo de mejorar las posiciones de su partido en la Cámara de los Comunes, sino también para avasallar a sus rivales políticos. Como era de esperarse, las acusaciones y señalamientos en contra del gobierno conservador abundaron, pues se le imputaba de mentir a la Cámara de los Comunes y a la población canadiense, ya que se escudaba en cláusulas que a fin de cuentas le permitían hacer lo mismo que tanto había criticado en el pasado, como es el hecho de convocar a elecciones federales adelantadas desde el poder.

Una vez que la gobernadora general accedió a la petición de Stephen Harper, se estableció que las elecciones generales tendrían lugar el 14 de octubre de 2008, a tan sólo dos años y ocho meses de los comicios federales previos. De inmediato, la campaña conservadora se apreció mejor preparada que la de sus contrincantes, en buena medida gracias a que el Partido Conservador había dispuesto recursos para mantener, de forma permanente, un equipo de trabajo que tuviera todos los detalles listos para emprender una campaña electoral con alcances nacionales en cualquier momento. Sólo así puede entenderse que una vez anunciada la puesta en marcha del siguiente proceso electoral, los *tories* contaran desde 2006 con un avión rentado a Air Canada, en condiciones de ser utilizado desde el primer día de campaña por Harper, su equipo de trabajo y la prensa nacional. En contraparte, el Partido Liberal sólo pudo rentar un avión hasta cuatro días después, sin contar que su aeronave sufriría diversas fallas que los obligaron a hacer pausas para su reparación (Flanagan, 2009a: 298-299).

Asimismo, la estrategia de recrudecer los ataques en contra del líder liberal se convirtió en parte fundamental de la campaña de Harper, pues esperaba que su con-

traparte hiciera lo mismo contra él por haber convocado a elecciones adelantadas, desconociendo un acuerdo pactado entre los líderes partidistas con anterioridad. La campaña conservadora en contra de Stéphane Dion lo mostró como un potencial primer ministro poco confiable, improvisado y obsesionado con aumentar impuestos al sector energético, sin importar las consecuencias; además, se señalaba que Dion no dominaba el idioma inglés por su origen francófono quebequense. En suma, el conjunto de *spots* publicitarios pagados por el Partido Conservador crearon una imagen del líder liberal como un riesgo para el país, mientras que se elevó al líder conservador y primer ministro Stephen Harper presentándolo como seguro, responsable y preocupado por los bolsillos de los electores.

Como consecuencia de esta campaña negativa y de descalificaciones, Stephen Harper y el Partido Conservador fueron ganando cada vez mayor ventaja respecto de sus rivales liberales, lo cual provocó que, a mediados de septiembre, el Partido Neodemócrata y el Partido Liberal desarrollaran una extensa campaña nacional de propuestas que involucraban incrementos millonarios al cuidado infantil. Entre las principales sobresalía, por ejemplo, privilegiar la calidad del cuidado médico, y asegurar la construcción de guarderías para los niños y niñas de todas las provincias y territorios.

A pesar de la empatía que despertaron estas propuestas entre la sociedad canadiense, el primer ministro Harper declaró que estaba en contra de llevar adelante este tipo de proyectos de la oposición, pues argumentó: “Esos anuncios de la oposición emitiéndose todo el día son algo impresionante. Si se dan cuenta de las decenas de millones de dólares que están gastando, observarán que la única manera de que sean financiables es a través del incremento a los impuestos que ellos ya están proponiendo, lo que significa grandes déficits” (Canada.com, 2008b). Esta lógica expresada por el líder *tory* proyectó la imagen de un Harper más interesado en evitar la pérdida de dinero público que en discutir la necesidad de mejorar los sistemas de salud y cuidado de los niños del país.

Por esta razón, los niveles de apoyo hacia Harper comenzaron a experimentar un descenso en las encuestas, ya que en dos semanas el Partido Conservador bajó de un 40 por ciento al 36 por ciento en la intención de voto. Sin embargo, los únicos que se beneficiaron de esta caída fueron los neodemócratas, pues incrementaron su preferencia del 16 al 19 por ciento, mientras que los liberales mantuvieron su nivel descendente del 28 al 23 por ciento hasta los debates televisivos de los días 1° y 2 de octubre (Wright, 2008).

Por lo tanto, los debates fueron el acontecimiento mediático que de nueva cuenta terminaría resolviendo en uno u otro sentido el resultado de la elección. Ahora, si bien no podía pensarse que el Partido Conservador fuera a perder el gobierno en dichas elecciones, sí al menos que los opositores podrían impedirle alcanzar un gobierno

de mayoría, el cual habría sido el principal objetivo de Harper al solicitar la disolución parlamentaria.

Así, el primer debate fue en idioma francés, y en él se estableció que el objetivo central de la oposición sería comparar la figura de Stephen Harper con la del presidente estadounidense George W. Bush. Para el debate del día siguiente (2 de octubre), los líderes opositores concentraron sus estrategias en sus propios intereses: el líder del Partido Liberal trató de convencer a los indecisos de que él era un político capaz y honesto; por su parte, el líder del Partido Neodemócrata buscó ganar adeptos para posicionarse mejor en la siguiente legislatura, mientras que el del Bloque Quebequense quiso, sobre todo, mantener sus niveles de aceptación en la provincia. El Partido Verde intentaba trascender alcanzando algún asiento en la Cámara de los Comunes por primera vez.

Previendo un debate muy agresivo en su contra, Stephen Harper se concentró en emitir mensajes breves y directos a los televidentes, para atraer su atención y minimizar las acusaciones hacia su persona. Para lograrlo, el líder *tory* dio un discurso sobre la grave amenaza que significaría cambiar de gobierno en medio de una aguda crisis económica del capitalismo, la más grave desde los años veinte del siglo xx. De esta forma, el debate se llevó precisamente al lugar que quería el primer ministro, pues restó importancia pública a las acusaciones en su contra y centró sus intervenciones erigiéndose como defensor del empleo y el bienestar de millones de canadienses. Para convencer a los televidentes, Harper insistió en que Canadá era el único país desarrollado que no había experimentado quiebra bancaria alguna por la crisis económica, y que esto precisamente era muestra de la buena gestión conservadora.

De tal modo, en un formato diferente a los demás eventos de este tipo llevados a cabo —en que los candidatos debatían de pie, cada quien en su propio pódium—, para esta ocasión se decidió que todos los líderes se sentaran en torno a una mesa ovalada, y se hizo del ejercicio una especie de intercambio de ideas con el moderador en un extremo de la mesa. Como dato curioso, una vez iniciado el debate, Stephen Harper se sentó de un lado de la mesa, y del otro extremo se aglutinaron el resto de sus opositores, excepto Elizabeth May, lideresa del Partido Verde (Harper, Dion, Layton, Duceppe y May, en *YouTube*, 2008).

Durante el debate en inglés del día 2 de octubre, cuando llegó el momento de comparar al primer ministro Stephen Harper con el presidente estadounidense George W. Bush por sus planteamientos económicos y políticos, el líder conservador sólo mostraba una sonrisa laxa y respondía en tono tranquilo, en voz baja y con palabras claras que él trabajaba solamente por el bienestar de las familias canadienses, así como por sus empleos y sus ahorros. Pero de inmediato contrataba afirmando que su gobierno nunca incrementaría impuestos, tal como lo proponían los

liberales. Así, la atención de este debate se centró en la figura de Stephen Harper, ya que todos sus oponentes no perdieron oportunidad para atacarlo, e incluso increparlo en medio de sus argumentos. No obstante, en ningún momento perdió la postura ni borró la sonrisa irónica de su rostro, consciente de que cualquier error grave podría restarle votos en las elecciones. Una vez concluido, resultó claro que Harper había superado, con éxito relativo, el embate conjunto de sus contrincantes, lo cual se reflejó en las encuestas, ya que sólo descendió dos puntos en la intención de voto de los ciudadanos.

Ya concluidas las campañas, solamente quedó aguardar los resultados electorales del 14 de octubre de 2008. Así, y de acuerdo con la tendencia mostrada por todas las casas encuestadoras, el resultado para integrar la Cámara Baja canadiense otorgó el triunfo al Partido Conservador y a su líder Stephen Harper con ciento cuarenta y tres asientos, por setenta y siete de los liberales y cuarenta y nueve del Bloque Quebequense. Por su parte, los neodemócratas lograron acumular treinta y siete curules, por dos independientes (Parliament of Canada, 2011).

Ahora, si bien el Partido Conservador había aumentado su presencia en la Cámara de los Comunes (al pasar de ciento veinticuatro a ciento cuarenta y tres diputados), estas cifras no eran suficientes para alcanzar un gobierno de mayoría, condición que dejaba a Stephen Harper en una posición de desventaja, ya que la mayoría opositora podría ejercer una mayor presión hacia su gobierno, sobre todo después del anuncio de elecciones anticipadas que él mismo había hecho a través de la gobernadora general, en un intento por diezmar a la oposición en la Cámara Baja, y de paso, violando las leyes que su propio gobierno había establecido para evitar llamados electorales desde el poder.

A fin de cuentas, resultaba evidente que esta intentona conservadora por disminuir a sus opositores al interior del Parlamento no tuvo el éxito esperado, pues si bien logró disminuir la presencia liberal en la Cámara de los Comunes (que pasó de ciento tres a setenta y siete curules), estas elecciones no habían otorgado a los conservadores el gobierno de mayoría que ellos buscaban. Aunado a lo anterior, el Partido Neodemócrata había incrementado su presencia (al pasar de veintinueve a treinta y siete diputaciones), mientras que el Bloque Quebequense había logrado mantener prácticamente intacta su representación, pues pasó de cincuenta y uno a cuarenta y nueve asientos.³¹ En suma, tales cifras significaban que la oposición mayoritaria se encontraba en posibilidades de debilitar al gobierno de Stephen Harper, y de paso, cobrarse la afrenta del llamado anticipado a elecciones a la primera oportunidad.

Asimismo, cabe destacar que las elecciones generales de 2008 confirmaron una serie de tendencias que venían gestándose previamente en el esquema social y

³¹ Cifras comparadas de Heard, s.f.d.

electoral canadiense, y se reafirmaron en ese proceso. En tal sentido, sobresale que más allá del dominio avasallador de los *tories* en la provincia de Alberta —pese a que en dichas elecciones de 2008, los neodemócratas lograron arrebatárle un curul—, el resto de las provincias del oeste había mantenido los niveles de preferencia electoral conservadora entre el 44 y el 51 por ciento. Sin embargo, la victoria *tory* más sobresaliente y emblemática provendría de Ontario, ya que con el 39.2 por ciento de los votos, pudieron conseguir para su causa cincuenta y un asientos en la Cámara Baja, cifra que prácticamente aseguraba su victoria electoral (ThreeHundredEight.com, 2008b).

Una vez iniciadas las actividades parlamentarias de la nueva legislatura el 18 de noviembre de 2008, el gobierno de Stephen Harper buscó aprovechar la inercia del proceso electoral presentando una serie de propuestas muy populares que buscaban reducir impuestos, pero que ponían en riesgo los ingresos de los partidos de oposición, pues esto disminuía (o eliminaba) ciertos subsidios hacia los partidos políticos y los obligaba a recurrir a recaudaciones particulares o privadas. Esta condición colocaba al resto de los partidos en una posición desfavorable frente a la poderosa maquinaria recaudadora empresarial conservadora.

Al mismo tiempo, una serie de propuestas del gobierno de Harper tendientes a disminuir beneficios sindicales que limitaban, de paso, el derecho a huelga de los burócratas, elevó las protestas de la oposición mayoritaria, que empezaba a ver la posibilidad de emitir una moción de falta de confianza, lo que significaría el derribo de facto del gobierno conservador de Stephen Harper y el ascenso —por primera vez en la historia canadiense— de un gobierno de coalición, lo cual fue producto de una propuesta lanzada por el líder del Partido Neodemócrata, Jack Layton. Ante la amenaza real que esto representaba, el gobierno de Harper aseguró ante los partidos de oposición que ambas propuestas serían retiradas de su discusión parlamentaria de inmediato. Sin embargo, la alianza parlamentaria ya se había puesto en marcha y la oposición en su conjunto decidió rechazar el argumento presentado por Harper.

En estas circunstancias, el lunes siguiente, es decir, el 1° de diciembre de 2008, a tan sólo dos semanas de haber iniciado las labores legislativas, los tres líderes de la oposición hicieron público su acuerdo de emitir un voto de censura en contra del gobierno conservador de Harper, para conformar, de esta manera, un gobierno coaligado con duración de treinta meses. En este nuevo gobierno, los liberales concentrarían dieciocho ministerios, dejando seis a los neodemócratas, no sin antes comprometerse ambos partidos a convocar a nuevas elecciones federales en junio de 2011 (Clark y Laghi, 2008). Lo anterior sucedía al mismo tiempo en que el Bloque Quebequense se comprometía mediante la firma de su líder, Gilles Duceppe, a no interferir con el gobierno de coalición, al menos durante un periodo de dieciocho

meses (CBC, 2008a). Este anuncio se haría efectivo a partir del lunes 8 de diciembre, una vez que la gobernadora general Michaëlle Jean regresara de una gira de trabajo por Europa.

Por ello, ante las intenciones de la oposición por arrebatar el poder al Partido Conservador, el primer ministro Harper decidió emprender una veloz campaña de legitimación de su mandato a través de un mensaje a la nación en el cual señaló, entre otras cosas, que Canadá era un país en donde hombres de distinta filiación política habían ido y venido siempre bajo un marco de tradición democrática que databa de tiempos de la Confederación. Sin embargo, afirmaba también que ahora, a únicamente siete semanas de una elección general, los partidos de la oposición pretendían imponer un gobierno de coalición sin el consentimiento de los ciudadanos ni de su voto; además, reiteró que, en tiempos de emergencia económica, la oposición insistía en anteponer sus intereses políticos. Concluyó su mensaje afirmando que el gobierno que él encabezaba haría uso de todos los medios legales a su alcance para defender la democracia, la economía y a todo Canadá en su conjunto (véase el mensaje completo en CBC, 2008c).

Una vez hecho su anuncio, al día siguiente (es decir, el 4 de diciembre), el primer ministro concertó una cita secreta con la gobernadora general Michaëlle Jean —quien por cierto, había adelantado su regreso a Canadá—. En esa reunión, Harper pidió a la gobernadora decretar una prórroga parlamentaria para así tener tiempo suficiente de redactar un nuevo proyecto de recorte de impuestos. La respuesta a su solicitud fue positiva, y de inmediato la gobernadora decretó la prórroga, que sería levantada hasta el día 26 de enero de 2009. Esta maniobra política impidió de facto la posibilidad de conformar el gobierno coaligado entre liberales y neodemócratas, ya que su formalización se había programado para el día 8 de diciembre de 2008 a través de una audiencia directa con la gobernadora general, en la que la oposición le notificaría su decisión de emitir un voto de censura en contra del primer ministro conservador y, al mismo tiempo, su consenso para instaurar un gobierno de coalición.

Sin embargo, al declarar una prórroga parlamentaria unilateral, la gobernadora desarticulaba cualquier acción partidista, ya que en los hechos la oposición se encontraba oficialmente fuera de labores legislativas.

De tal modo, bajo el amparo y asistencia de la gobernadora general, Stephen Harper logró desarticular no sólo su eventual salida del gobierno, sino que aprovechando el profundo malestar de las cúpulas liberales —ante la eventualidad de conformar un gobierno coaligado con la izquierda neodemócrata—, esperó a que la coalición opositora no lograra sobrevivir hasta la reanudación parlamentaria del 26 de enero del año siguiente. Este cálculo obedeció a algo que ya de manera reiterada se ha hecho notar en otras partes de este libro, que, en la práctica, las élites liberales suelen encontrar mayores coincidencias con las élites oligárquicas conservadoras, ya

que ambas comparten orígenes, principios e intereses. Tal situación, desde luego, no ha sido compartida con la dirigencia neodemócrata, ya que tradicionalmente ésta se ha encontrado más cercana a las causas de mayor incremento al gasto social.

El carácter profundamente conservador de las élites canadienses se puso en evidencia en diciembre de 2008, justo cuando a través de distintas maniobras impidieron el ascenso de un gobierno coaligado con la izquierda como protagonista. Fue por ello que la dirigencia liberal decidió deponer a su líder, imponer otro más y lograr acuerdos fácticos con las cúpulas *tories*, garantizando así el ejercicio ininterrumpido de este duopolio liberal-conservador en el poder.

Así, los acuerdos entre el gobierno de Harper y la renovada dirigencia liberal permitieron a los conservadores continuar con su gobierno, una vez levantada la prórroga parlamentaria del 26 de enero de 2009 y su respectivo “Discurso del Trono”, el cual, de acuerdo con la tradición británica, da paso a las labores legislativas cada inicio de periodo (Government of Canada, 2009). De esta forma, ya legitimado el gobierno de Stephen Harper, se llevó a cabo la votación del ejercicio presupuestal 2009-2010, hecho que significó la habilitación formal del gobierno conservador gracias al apoyo de los diputados liberales.

Así, paradójicamente, la administración *tory* emprendió una segunda etapa de gobierno gracias al apoyo del Partido Liberal, pero ante la incredulidad de muchos de sus electores, quienes vieron cómo los liberales se ponían del lado de los conservadores para hacerles posible un nuevo periodo de gobierno. Desde luego, el principal beneficiado de esta contradicción fue el propio Stephen Harper, ya que podía seguir manteniendo su objetivo de alcanzar una mayoría parlamentaria en el mediano plazo, consciente de que el malestar generado entre los simpatizantes liberales —debido a las decisiones tomadas por las élites del partido durante las semanas previas— colocaba al Partido Conservador en una posición privilegiada, según las encuestas del momento. Más allá de que los apartados polémicos del presupuesto original fueron suprimidos en la segunda propuesta, a fin de cuentas su aprobación para el periodo 2009-2010 significó un gran triunfo para Harper, ya que no solamente había sobrevivido a los intentos de la oposición por removerlo del cargo, sino que también había fortalecido su figura frente a la opinión pública.

Más adelante, y justo cuando sus rivales liberales se encontraban en medio de un proceso interno para la elección de su liderazgo, el gobierno conservador de Harper enfrentó uno de sus grandes retos en materia regional durante el brote de influenza detectado en México, y posteriormente en Estados Unidos en los meses de abril y mayo de 2009. En cuanto fueron confirmados los casos, Stephen Harper puso en marcha un plan regional firmado previamente por los gobiernos de Canadá, Estados Unidos y México, mediante el cual se brindaría colaboración científica y tecnológica para detectar y controlar brotes epidemiológicos de influenza, a través de

diversas medidas de control y contención del virus, con objetivo de tratar de evitar su propagación hacia toda Norteamérica.³²

Una vez superada la emergencia sanitaria en América del Norte, la atención mediática canadiense volvió a concentrarse en los debates parlamentarios en torno a la limitada información que Stephen Harper ofrecía a la oposición respecto a los egresos de su gobierno, no obstante que este asunto había sido un acuerdo entre conservadores y liberales en su oportunidad. En este sentido, a juicio de los liberales, los informes trimestrales del gobierno conservador no mostraban en realidad el estado de los ingresos ni de los egresos públicos, por lo que este tema fue el más importante en los debates de la Cámara de los Comunes hasta la llegada del receso parlamentario de verano (durante los meses de julio, agosto y parte de septiembre). Durante este receso Stephen Harper y los conservadores aprovecharon para redefinir su estrategia frente a la ofensiva liberal que se preveía una vez reiniciada la actividad en la Cámara Baja.

A partir del retorno de los diputados a sus labores legislativas (14 de septiembre de 2009), el gobierno de Harper se encontró de nueva cuenta ante la posibilidad de que fuera removido del cargo de primer ministro por medio de una moción de censura de la oposición, motivada por las inconsistencias en sus informes trimestrales. La fracción liberal acusaba a Harper de mentir en esos informes, pues el primer ministro asentaba en los mismos que su gobierno había cumplido con el 90 por ciento de los proyectos, aunque en realidad sólo había ejercido el 12 por ciento del presupuesto público disponible (CBC, 2009c). Por lo tanto, el gobierno conservador se preparó para una eventual votación que solicitaría la remoción de Harper. Sin embargo, el primer ministro sabía que este intento liberal sería estéril, ya que sus oponentes no alcanzarían el consenso necesario de toda la oposición, sobre todo por la mala relación con los neodemócratas, lo cual obedecía a que los primeros habían desconocido el pacto firmado por su anterior líder para conformar un acuerdo de coalición con el Partido Neodemócrata. Tales antecedentes hacían muy difícil que Jack Layton y este partido se sumaran a la petición de elecciones adelantadas. Este cálculo conservador cobró vigencia una vez que Layton afirmó, de manera pública, que él y su partido no se sumarían a una petición de voto de censura en contra de Harper y su gobierno (Chase y Clark, 2009).

Ante dichas circunstancias, el primer ministro Harper enfrentó con éxito la solicitud de moción de censura presentada en su contra el día 1º de octubre de 2009, pues fue rechazada con ciento cuarenta y cuatro votos (conservadores), por ciento

³² Cabe señalar que estos acuerdos trilaterales fueron firmados en torno a la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad para América del Norte (ASPAN). Sin embargo, pese a que ese organismo ha desaparecido, no puede decirse lo mismo de los acuerdos alcanzados por los tres países en esa cuestión. Para mayor información, véase Cámara de Diputados LIX Legislatura, 2006.

diecisiete a favor (liberales y Bloque Quebequense) y cuarenta y siete abstenciones (neodemócratas) (CBC, 2009c). Cabe señalar que, después de esta victoria política, el gobierno conservador se encontraría en posibilidades de volver a presionar a sus opositores liberales en el Parlamento, pues la derrota en su propuesta de moción de censura fortalecía la imagen del primer ministro en el corto plazo, en detrimento del liderazgo liberal.

Posteriormente, una vez rechazada la propuesta liberal, Harper impulsó otra prolongación de la presencia militar canadiense en Afganistán, tema que se convertiría en el asunto central de los debates parlamentarios siguientes, pues la oposición en su conjunto no compartía la intención del primer ministro de que durara aún más la presencia de la milicia canadiense en aquel país. Esto obedecía principalmente al creciente número de bajas registrado durante los últimos meses de 2009 y sobre todo, a las nuevas acusaciones de torturas infligidas por soldados canadienses en contra de miembros de la milicia talibán. Tales acusaciones llevaron a crear una comisión parlamentaria de investigación, con el fin de esclarecer los hechos y presentar sus resultados ante la opinión pública.

Este escándalo provocó una caída en los niveles de popularidad de Stephen Harper y su partido en el poder en todas las encuestas de opinión, pues manifestaron un decremento de 38 a 32 puntos (de octubre a diciembre de 2009), números que colocaron a los conservadores de nueva cuenta, tan sólo un par de puntos arriba de los liberales (ThreeHundredEight.com, 2011).

Ante la eventual caída en los niveles de aceptación, y en pleno receso parlamentario de fin de año, Stephen Harper acudió de nueva cuenta ante la gobernadora general Michaëlle Jean para solicitarle una nueva prórroga parlamentaria, misma que correría del 30 de diciembre de 2009 al 3 de marzo de 2010. El argumento en esta ocasión fue la celebración de los Juegos Olímpicos de invierno Vancouver 2010. No obstante la molestia de la oposición en la Cámara de los Comunes, la gobernadora general decidió aceptar la solicitud de Harper, congelando de inmediato toda investigación parlamentaria relativa a las torturas en Afganistán. Esta maniobra conjunta sirvió para que el gobierno de Stephen Harper pudiera armar una nueva estrategia que le permitiera negociar con la oposición el tipo de información disponible respecto a Afganistán. En tales circunstancias, resultaba evidente que había información comprometedoras que impactaba de forma negativa a la opinión pública, pues afectaba no solamente al gobierno *tory*, sino también la imagen y el prestigio de las fuerzas armadas canadienses en el exterior. Debe señalarse que las declaraciones de Stephen Harper fueron siempre de apoyo total a sus fuerzas armadas, pues en ningún momento dio posibilidad a que hubiera duda respecto a que sus militares llevaran a cabo prácticas de tortura, no obstante diversos señalamientos internacionales. Harper afirmó:

Las denuncias no se han hecho —espero— en contra de soldados canadienses [...] Estamos hablando de que aquí existe un problema, pero es entre afganos. No es un problema entre canadienses y afganos. Hablamos de problemas entre el gobierno de Afganistán y la situación en Afganistán. Nosotros hacemos todo lo posible por ayudar en esa situación, pero no todo está bajo nuestro control (Clark, 2009).

Sin embargo, pese a los argumentos del primer ministro, la molestia causada por la nueva prórroga parlamentaria impuesta por Harper en colusión con la gobernadora general aprovechando espacios de acción legales fue un factor que generó animadversión hacia el gobierno *tory* en amplios sectores de la sociedad. Tal situación derivó en una serie de inesperadas manifestaciones callejeras en más de sesenta ciudades del país en pleno invierno, sucesos que se prolongaron hasta la tercera semana de enero de 2010. En estas concentraciones públicas, los participantes afirmaban que no debía recurrirse a paralizar el Parlamento cada vez que hubiera problemas políticos, ya que esa práctica atentaba contra la propia democracia y las instituciones canadienses (CBC, 2010b).

Como resultado de esta nueva maniobra, por primera vez en todo su mandato, el Partido Conservador se encontró prácticamente empatado con los liberales en las encuestas del país, hecho apremiante entre las filas *tories*. Sin embargo, la oposición no se encontraba en posibilidades de solicitar una nueva moción de censura, precisamente porque la actividad parlamentaria había sido cancelada por orden de la gobernadora general.

Con todo este escenario alrededor, Stephen Harper sólo debía esperar que la oposición no lograra ponerse de acuerdo en las formas para presionar a su gobierno una vez iniciadas las actividades dentro de la Cámara de los Comunes. Para ello, el primer ministro hizo cuanto tuvo a su alcance para generar divergencias; ejemplo de esto es el hecho de regalar boletos a todos los diputados del Parlamento para asistir a los eventos de los Juegos Olímpicos, estrategia que provocó posiciones encontradas entre los liberales y los neodemócratas, ya que mientras los primeros decidieron aceptar los boletos (por cierto, pagados por los contribuyentes), los neodemócratas los rechazaron argumentando que, de asistir, lo harían con dinero propio, tal como lo hacían todos los ciudadanos canadienses.

Lo anterior provocó un nuevo rompimiento entre los diputados liberales y los neodemócratas, condición que se agravó una vez que los liberales decidieron no sumarse a los neodemócratas para impulsar una nueva ley que impidiera a cualquier primer ministro en el futuro solicitar prórrogas parlamentarias. La lógica prevalente entre los liberales para rechazar esta propuesta del Partido Neodemócrata derivó de que el líder liberal, Michael Ignatieff, se veía como un potencial primer ministro, poco dispuesto a mermar sus acciones políticas mediante este impedimento propuesto por Jack Layton. De tal manera, las diferencias entre liberales y neo-

demócratas fueron incrementándose, ayudando así a sobrevivir al gobierno minoritario de Stephen Harper, el cual, una vez finalizados los Juegos Olímpicos de Vancouver 2010, pudo enfrentar a una oposición con profundas diferencias, rencores y recelos mutuos, factores que, sumados, imposibilitaban su adecuado y eficaz funcionamiento como mayoría opositora.

Posteriormente, los meses de marzo a julio de 2010 transcurrieron entre acusaciones de ocultamiento de información por parte de la oposición y negativas constantes del gobierno de Harper por desclasificar ciertos documentos para investigar los supuestos casos de tortura por parte de militares canadienses en Afganistán. En este sentido, quedaba claro que el primer ministro conservador ya había puesto en marcha una estrategia dilatoria para impedir el acceso a la información que los demás partidos opositores requerían: la maniobra conservadora consistió en redactar un documento que firmarían por separado los tres líderes de la oposición, en el que el gobierno conservador ofrecería dar a conocer los documentos clasificados con la condición de que solamente pudieran ser leídos por un integrante de cada partido, sin posibilidad de hacer notas, fotografiar ni fotocopiar material alguno. Con estas condiciones, Stephen Harper decidió negociar por separado con cada uno de los líderes de la oposición.

Una vez puestas las condiciones por parte del gobierno, los líderes del Partido Liberal y del Bloque Quebequense aceptaron firmar el documento, mientras que el del Partido Neodemócrata consideró inviable aceptar un acuerdo con esas características. Después de manifestar su rechazo a la propuesta del primer ministro, el líder neodemócrata Jack Layton acusó al gobierno conservador de pretender mostrar sólo una parte de los documentos, con el fin de ocultar la verdad de lo sucedido en Afganistán al pueblo canadiense. Como consecuencia de dichas acusaciones, Stephen Harper afirmó que la poca voluntad política del Partido Neodemócrata era una muestra de que el discurso de su representante en las negociaciones con el gobierno no era muy diferente del de Hamas o de Hezbollah (Wherry, 2010). Al ser comparado el Partido Neodemócrata con grupos subversivos del Medio Oriente, fue evidente la ruptura total entre conservadores y neodemócratas para alcanzar acuerdo alguno en el futuro.

Sin embargo, el gran éxito para Harper fue de nueva cuenta la división opositora, pues los líderes del Partido Liberal y del Bloque Quebequense decidieron aceptar las condiciones y firmar el documento conocido como “Memorandum de entendimiento sobre los documentos de los detenidos en Afganistán”.³³ Con estas firmas se disolvía, de hecho, la posibilidad de una moción de censura en contra de Harper, a tan sólo un par de días del receso parlamentario de verano. Incluso, la

³³ Para una revisión de dicho documento véase Harper, Ignatieff y Duceppe, 2010.

información diseminada a través de los medios canadienses en el sentido de que Stephen Harper estaba dispuesto a colaborar para el esclarecimiento de las presuntas acusaciones de tortura por parte de la milicia canadiense, junto con las contradicciones del liderazgo liberal, fueron factores que ayudaron a que el primer ministro *tory* recuperara terreno y volviera a tomar distancia en las encuestas frente a su rival liberal a mediados de 2010.

Es importante señalar que durante el largo receso parlamentario del verano de 2010 (del 17 de junio al 20 de septiembre), un tema al parecer aislado ocupó la atención del diputado liberal por Vancouver South, Ujjal Dosanjh, quien en julio de 2010 dirigió una carta abierta al oficial de Presupuesto del Parlamento, Kevin Page. En esta misiva, Dosanjh expresó su extrañamiento en cuanto a que el gobierno canadiense hubiera decidido (el 16 de julio de 2010) comprar sesenta y cinco aviones de combate F-35 por un costo de dieciséis mil millones de dólares sin licitación pública de por medio ni discusión parlamentaria de fondo (Page, 2010). Este tema, en pleno receso parlamentario, no logró captar con oportunidad la atención nacional, ni siquiera la de los propios líderes liberales, pero muy pronto se transformaría en el asunto que habría de dominar el espectro político canadiense.

De manera paralela, justo en el momento en que deberían definirse las agendas políticas del año siguiente, trascendió que el 17 de noviembre de 2010, el gobierno de Stephen Harper había aprobado la prolongación de la misión militar canadiense en Afganistán hasta el año 2014 (CBC, 2009a) gracias a un acuerdo directo con el líder del Partido Liberal, en una acción vertical que no involucró a diputados ni a senadores liberales. Con esta acción, Harper logró superar a través de un acuerdo personal, una de las grandes dificultades que se preveían para finales de año. Lo más trascendente de esta victoria política de Harper era que había logrado el objetivo de mantener a sus tropas en territorio afgano, sin debates parlamentarios de por medio ni acusaciones en su contra que dañaran su imagen pública.

Una vez superado ese tema, el asunto de la compra de las aeronaves F-35 concentró por completo la atención de los debates en la Cámara de los Comunes, principalmente por la cantidad de dinero de la que se estaba hablando, y también porque las aeronaves no eran precisamente artefactos de defensa, sino más bien equipo militar ofensivo, cuyas características no eran compatibles con el espíritu militar canadiense. Sin embargo, pese a las duras críticas en su contra, Stephen Harper defendió su decisión de adquirir las más de seis docenas de aviones F-35, y a través de su ministro de Defensa, Peter MacKay —último líder del Partido Conservador Progresista y pilar, junto con Harper, del nacimiento del Partido Conservador—, reafirmó la intención del gobierno por reemplazar los viejos F-18, dejando en claro que podría abrirse la licitación de ser necesario (Pugliese, 2010), pero que la decisión, de cualquier manera, ya había sido tomada.

La actitud desafiante por parte del gobierno de Harper provocó la molestia de toda la oposición, pues resultaba evidente que la intención del primer ministro era no llegar a acuerdo alguno con el Parlamento, e incluso, por el contrario, su desdén expresaba la firme convicción de seguir adelante con el plan de compra de las aeronaves a toda costa. En este sentido, y en busca de apoyos populares para su causa, Harper afirmó que la actitud de los liberales, contraria a la adquisición de los F-35, ponía en riesgo a miles de potenciales nuevas fuentes de empleo que se generarían, sobre todo, en el área de mantenimiento y desarrollo de equipo de adaptación de los artefactos para el clima canadiense. Así, Harper sentenciaba: “Honestamente, no puedo entender cómo miembros del Parlamento liberales de la región de Montreal pueden querer que se cancele este proyecto. Es para no creerse” (Perreux y Lablanc, 2011).

Por lo anterior se aprecia que la estrategia de Harper para el 2011 sería la confrontación con sus opositores, pues era claro que no habría marcha atrás en su decisión de comprar los F-35. Así pues, a fin de posicionarse de manera favorable entre la ciudadanía, el primer ministro decidió emprender una especie de precampaña nacional, durante la cual visitaría todas las provincias en busca de apoyos para la compra de los F-35. Debe señalarse que uno de los factores que dio mayor motivación al gobierno conservador para seguir adelante con sus planes de renovación de este tipo de equipo militar fueron sin duda los siete puntos porcentuales que llevaba de ventaja en las encuestas frente a los liberales (ThreeHundredEight.com, 2011).

A pesar de que aún no había consenso entre la clase política para la compra de los artefactos militares, trascendió al interior del Parlamento que el costo real de los F-35 era el doble, por lo menos, pues no eran dieciséis mil millones de dólares sino veintinueve mil millones de dólares canadienses. La aparente razón de este incremento obedecía a que en la transacción original no se había incluido el precio de los motores de los artefactos, ni tampoco su mantenimiento (Fitzpatrick, 2011a). Por esto, las objeciones parlamentarias en contra de los F-35 fueron suficientes para lograr la unidad opositora en contra del gobierno de Stephen Harper, ya que este tema iba convirtiéndose de manera gradual en un asunto escandaloso por la cantidad de dinero involucrado. Una vez que se dio a conocer el costo real de las aeronaves, los tres partidos opositores en la Cámara de los Comunes solicitaron al primer ministro la documentación respectiva en que se detallara la posible adquisición. Sin embargo, esta solicitud fue rechazada de nueva cuenta por Harper, ya que el asunto involucraba temas de seguridad nacional, y por ende, no estaba obligado a hacer pública la información. Sin embargo, lo que en realidad hacía el primer ministro era presionar gradualmente más y más a toda la oposición, con el firme propósito de dejarla sin márgenes de maniobra, y así obligarla a emitir un voto de censura para proceder a nuevas elecciones federales, amparado en que su nivel de

popularidad, en las encuestas de opinión, lo ubicaba diez puntos por arriba del líder liberal. El motivo de esta distancia obedecía en buena medida a que el líder del Partido Liberal, Michael Ignatieff, había incurrido en una serie de contradicciones sistemáticas con sus electores y sus principios partidistas: debe recordarse que el líder liberal afirmaba una cosa públicamente, y a puerta cerrada, decidía otra, como fue el caso de la prolongación de la presencia militar canadiense en Afganistán sin consenso partidista de por medio.

Aunado a lo anterior, el hecho de que el liderazgo liberal decidiera aceptar condiciones del gobierno conservador, así como firmar convenios y acuerdos sin dar la cara a sus votantes, terminaron por distanciar cada vez más al liberal Ignatieff de sus seguidores, muchos de los cuales vieron en Jack Layton, líder del Partido Neodemócrata, a un político más coherente y menos ambiguo en sus principios.

Harper logró capitalizar a su favor toda esta situación, ya que con sus negativas para dar a conocer la información de la compra de los F-35 incomodó a toda la oposición, pues al ignorar sus peticiones de transparencia en los usos del dinero público los iba empujando a solicitar una moción de falta de confianza, en momentos en que el Partido Conservador podía alcanzar finalmente un gobierno de mayoría.

Una vez manifestada la posición de Stephen Harper respecto a los F-35, fue claro que en esta ocasión no sería el primer ministro quien acudiría con el gobernador general en turno a solicitarle una prórroga o una disolución parlamentaria, sino que ahora optaría por esperar a que la oposición ya no pudiera resistirse más para convocar a elecciones anticipadas, ante la actitud displicente del primer ministro conservador hacia la Cámara Baja. Así, frente a la marcada indiferencia de Harper, la mayoría opositora no tuvo más opción que solicitar al gobernador general David Loyd Johnston —en el cargo desde octubre de 2010— un voto de falta de confianza hacia el primer ministro, el día 25 de marzo de 2011. El argumento esgrimido por la oposición era que las labores parlamentarias ya no podrían llegar a acuerdo alguno, pues los partidos opositores rechazarían de ahí en adelante cualquier propuesta presentada por el gobierno minoritario conservador.

Es necesario resaltar que justo cuando la oposición solicitó la moción de censura en contra de Harper, el primer ministro gozaba ya de más de quince puntos de ventaja frente a sus rivales liberales, números que hacían muy factible un triunfo conservador, incluso hasta por una mayoría. Así, ante la parálisis parlamentaria que se avecinaba, el gobernador general emplazó a elecciones para el día 2 de mayo de 2011, con lo que se puso en marcha un nuevo proceso electoral en el país.

El inicio de las campañas giró en torno a las acusaciones hacia el primer ministro, pues los líderes opositores insistieron en que Harper no representaba a un gobierno transparente. Por su parte, el primer ministro acusó a la oposición de emplazar de manera innecesaria a nuevas elecciones, lo que significaba un dispen-

dio para los contribuyentes, ya que serían las cuartas elecciones generales en tan sólo siete años.

Sabedor de que una alianza opositora y un gobierno coaligado serían la única forma en que los conservadores podrían perder las elecciones de 2011, Stephen Harper concentró su campaña en los medios de comunicación en afirmar que los partidos opositores ya habían llegado a un acuerdo secreto para cogobernar en coalición, lo cual no era acorde con la tradición política del país. El argumento de Harper se centraría en insistir que tres partidos diferentes: liberales, neodemócratas y Bloque Quebequense, no podrían ponerse de acuerdo en la forma de alcanzar consensos de gobierno, hecho que colocaría en grave riesgo a la economía de Canadá.

Desde luego que esta estrategia buscó generar miedo en los votantes, pues el primer ministro puso a la ciudadanía en la encrucijada de tener que elegir a un gobierno conservador económicamente estable o aventurarse en un experimento de gobierno entre liberales —divididos ellos mismos—, neodemócratas —marxistas— y separatistas quebequenses; por lo tanto, habría que esperar poco, y nada bueno, de una mezcla con tales características. Incluso, el propio primer ministro afirmó que de concretarse un gobierno con actores y partidos políticos tan diferentes, se constituiría en un intento de usurpación del poder en Canadá (*The Hill Times Online*, 2011).

Al respecto, Harper fue muy claro al afirmar ante simpatizantes y miembros de la prensa en Ottawa:

El 2 de mayo vamos a elegir entre un gobierno nacional estable y un imprudente gobierno de coalición; entre un plan de impuestos bajos que impactarán en los empleos y el crecimiento, y otra agenda de impuestos elevados que va a detener nuestra recuperación, destruirá los empleos y dará la espalda a las familias [...] Los canadienses deben entender claramente, y sin ninguna ambigüedad, que a menos que los propios canadienses elijan a un estable y mayoritario gobierno nacional, el [líder de la oposición] Sr. Michael Ignatieff va a formar una coalición con el Partido Neodemócrata y el Bloque Quebequense. Ya lo intentaron antes. Está claro que lo intentarán otra vez. Y en la próxima oportunidad que tengan ya nadie será capaz de detenerlos” (Wherry, 2011).

Esta maniobra política que Stephen Harper puso en marcha en la primera parte de su campaña de 2011 obedeció a que, si bien la figura de gobierno coaligado existe en el sistema parlamentario, la realidad es que, como ya se ha mencionado, Canadá no ha puesto en práctica dicha opción, en buena medida gracias a que sus élites conservadoras y liberales no se han visto en tal necesidad. Esta actitud de las oligarquías canadienses parece obedecer a una serie de códigos políticos heredados desde los Padres Fundadores del país, en los cuales el elevado nivel de coincidencias económicas y políticas de dichas élites ha hecho innecesaria e incluso arriesgada la inclusión de nuevos actores políticos emergentes. Esta realidad ha

impedido compartir las acciones de gobierno con otras agrupaciones partidistas ajenas a los intereses contruidos y mantenidos a lo largo de los años por esos grupos dominantes, ya sean liberales o conservadores.

En otras palabras, los valores tradicionales compartidos por las élites políticas (*tories* y liberales) han sido trasladados con éxito como valores canadienses hacia buena parte de la sociedad, misma que no acepta con facilidad adoptar nuevas formas políticas, no obstante que éstas se lleven a cabo en otros países con el mismo sistema parlamentario británico, incluida desde luego Inglaterra.

En razón de lo anterior, y atendiendo la preocupación que había despertado entre buena parte de la población, el líder liberal tuvo que rechazar de manera pública la posibilidad de crear un gobierno de coalición al lado de neodemócratas y del Bloque Quebequense, lo que significó en los hechos cerrar la posibilidad a un posible gobierno en alianza. Con esto, el líder liberal reforzó la percepción de que su campaña estaba destinada al fracaso.

Una vez confirmado el rechazo de los liberales a conformar una alianza a fin de sacar a los conservadores del poder, Stephen Harper cambió el discurso y concentró sus ataques a la oposición al tacharlos de ser poco nacionalistas y solidarios con las fuerzas armadas canadienses desplegadas en Afganistán.

Con tales antecedentes, el debate nacional en inglés programado para el día 12 de abril sería el escenario final para definir el rumbo del proceso electoral de 2011 y tendría un formato más flexible para permitir el libre intercambio de ideas sin intervención del moderador. Los tres líderes de la oposición: Michael Ignatieff del Partido Liberal, Jack Layton del Partido Neodemócrata y Gilles Duceppe del Bloque Quebequense criticaron duramente al primer ministro Harper por su decisión de adquirir los aviones de combate F-35, así como por proyectar la construcción de cárceles de alta seguridad, pese a que el país gozara de bajos niveles de delincuencia. Así se desarrolló el debate en inglés, centrado buena parte alrededor de la figura de Stephen Harper. Conforme transcurría, el primer ministro trató de aclarar —con su característico tono de voz suave y armonioso, acompañado de su lacónica sonrisa— todos y cada uno de los ataques en su contra, señalando que el gasto asignado para la compra de los F-35 no provocaría un déficit presupuestal, toda vez que su erogación se encontraba proyectada para un plazo de veinte años. Además, insistió en que el mantenimiento de los artefactos crearía miles de fuentes de empleo necesarias en tiempos de crisis como los que se vivían (Harper *et al.*, 2011).

Si bien el debate del día 12 de abril será recordado por otras situaciones ya descritas en otro apartado de este libro —como el momento de choque entre Layton e Ignatieff—, en lo que corresponde a Stephen Harper el debate en inglés fue un éxito, pues no solamente había evitado una caída en el nivel de preferencias, sino que logró incrementar su ventaja frente a los liberales, pues alcanzó incluso

cuarenta puntos frente a diecinueve del Partido Liberal. Como ya se ha visto, en esas mismas encuestas el Partido Neodemócrata se colocó por primera vez en toda su historia como el principal partido de oposición, con treinta y un puntos en los niveles de intención de voto.

El día de las elecciones, tal y como lo habían proyectado las casas encuestadoras, el Partido Conservador, bajo el liderazgo de Stephen Harper, logró alcanzar un gobierno de mayoría después de su tercer intento, lo que significaba que el líder *tory* podría gobernar de manera ininterrumpida hasta la siguiente convocatoria electoral en otoño de 2015, es decir, nueve años consecutivos.

Los resultados electorales que configuraron los trescientos ocho asientos de la Cámara Baja quedaron de la siguiente forma:

Partido Conservador	166
Partido Neodemócrata	103
Partido Liberal	34
Bloque Quebequense	4
Partido Verde	1

Fuente: Parliament of Canada, 2011.

La victoria electoral de 2011 representó para Stephen Harper y para todo el bloque conservador canadiense el logro de una meta trazada desde los años ochenta, justo cuando las divisiones internas debilitaron a este grupo político a nivel nacional.

En síntesis, con todas las circunstancias que privaron alrededor de la reunificación conservadora, así como su llegada y consolidación en el poder, el asesor e ideólogo conservador Tom Flanagan hizo una analogía de las tres Guerras Púnicas de Roma en contra de Cartago, al compararlas con las tres elecciones federales de Canadá (2004, 2006 y 2008). En la primera, es decir, en las elecciones de 2004, el Partido Conservador hace acto de presencia como protagonista de peso en el escenario electoral, amenazando seriamente al Partido Liberal aún en el poder. En las segundas elecciones federales, de 2006, el Partido Conservador tomó el control del gobierno y redujo a los liberales a una minoría. En la tercera elección general, de 2008 —y extendiendo esto a las elecciones de 2011—, el gobierno conservador debía hacer todo para destruir a los liberales, tal y como Roma hizo al final con Cartago (Flanagan, 2009a: 190-193).

Si bien esta comparación resulta exagerada y desproporcionada, sí manifiesta claramente que el objetivo central de los ideólogos del Partido Conservador y de Stephen Harper no fue solamente alcanzar el poder, sino también destruir y depre-

dar políticamente a sus adversarios liberales, sin importar que con eso se destruyera el delicado equilibrio de fuerzas y cooperación política característico entre liberales y conservadores desde hace siglo y medio, comportamiento que hace pensar en un posible debilitamiento entre las estructuras de cooperación de las viejas élites políticas de ambas fuerzas, que pueden verse amenazadas por la fortaleza corporativa del pragmatismo conservador del oeste canadiense durante la primera parte del siglo XXI.